LA ROJA O LA VIRGEN ÁCRATA

NOVELA

E. P. Antúnez

CAPÍTULO I

Durante una noche primaveral y espléndida por su quietud y templanzas, se celebró en el jardín del palacio de los Duques de Montebajo una fiesta nocturna, a la que asistían las familias más linajudas de Barcelona.

Rodeando el señoril edificio, construido en uno de los sitios más pintorescos y aristocráticos del Ensanche, se veía larga fila de magníficos automóviles.

Los transeúntes se detenían frente a la puerta principal para contemplar la llegada de los invitados.

Dentro del palacio la animación aumentaba por momentos.

Los aristócratas, después de recorrer los salones de la casa, mirando con ojos indiferentes las joyas artísticas de inestimable valor repartidas por todas las estancias, se dirigían al inmenso parque, fantásticamente iluminado por millares de luces eléctricas ocultas entre las ramas de los árboles.

Desde un espeso macizo de arbustos, una nutrida orquesta dejaba oír hermosas composiciones originales de los más afamados maestros.

Los invitados circulaban por los amplios andenes, se detenían formando corros bulliciosos, o se sentaba en las sillas rústicas para disfrutar de las delicias del ambiente.

El duque de Montebajo, hombre ya maduro y muy enfermizo, a juzgar por la palidez de su semblante y lo desmedrado de su cuerpo, iba de un sitio a otro haciendo los honores de la casa con la sencilla elegancia característica de la clase.

Las atenciones del Duque eran recibidas con agrado por todos los concurrentes a la fiesta, y en especial por las señoras, en beneficio de las cuales hizo el prócer un verdadero derroche de cultísimos galanteos.

Sin embargo, el Duque no logró acaparar por completo la atención de los invitados; su hijo único, el pequeño Carlistos, niño de ocho años de edad, precioso y travieso, mermó a su padre parte no pequeña de la pública curiosidad.

El duquesito, huérfano de madre desde su más tierna edad, se aprovechó aquella noche de la relativa anchura que le daba la reciente ausencia de su aya extranjera, vuelta al país de su origen por razones de salud, y se presentó en el jardín del palacio atraído por los esplendores de la fiesta.

---

[*] Digitalización: KCL. De la novela histórico-dramática de E. P. Antúnez: "El terrorismo en Barcelona", que consta de tres tomos: I. La resurrección de Ravachol, II. La Roja o la virgen ácrata, III. El confidente de la policía.

La aparición del niño fue saludada con manifestaciones de alegría por todas las señoras. No tuvo cuento el número de caricias, de besos, de mimos, recibidos por Carlitos mientras correteaba por el jardín, desoyendo las suaves amonestaciones de su padre, pero escuchando las sugestivas órdenes de rebelión que le daban los invitados.

La fiesta se hallaba en el momento de su mayor lucidez. La orquesta, atendiendo los deseos de los concurrentes, dejó el repertorio clásico, dando al aire los alegres acordes de algunos bailes. Aquel concurso bullicioso de mujeres hermosas y hombres felices, se distribuyó por parejas. Los más viejos, o los más aburridos, fueron a tomar posiciones en el magnífico comedor del palacio.

El duquesito Carlos se cansó pronto de ser el blanco de la curiosidad de las mujeres y de la envidia de los hombres; se desprendió de los brazos femeninos que lo aprisionaban dulcemente, y echó a correr hacia el macizo donde se ocultaba la orquesta.

A espaldas de aquel macizo había un trozo de jardín débilmente alumbrado por los rayos de una luna espléndida.

Al niño le agradaron aquel silencio y aquella quietud, como agradan todos los contrastes y caminando sin rumbo fue a tropezar con la verja del parque que lindaba con uno de los poéticos caminos que conducen a la montaña.

La mirada del duquesito se fijó en un chicuelo descalzo y desarrapado que, con las narices pegadas a los hierros, parecía querer olfatear la fiesta.

El curioso tuvo un momento de vacilación al verse sorprendido en su espionaje, pero viendo que el aparecido en el jardín era también un niño, se estuvo quieto.

Carlitos, que por primera vez en su vida podía darse el gusto de hablar con uno de los rapaces, que tanto envidiara viéndolos correr a su antojo y revolcarse a su capricho, persiguiendo perros o jugando al escondite detrás de los árboles con las mangas de las bocas de riego, no quiso desperdiciar la ocasión que se le presentaba para entablar relaciones con los niños libres.

– ¿Qué haces tú ahí? -preguntó el duquesito.

– A ti ¿qué te importa? -contestó el golfo.

– Soy el dueño de esta casa -añadió el primero.

– Y yo soy el dueño de la calle -replicó el segundo.

Comprendió el duquesito que era aquel muy mal camino para llegar pronto al logro de su deseo, y cambiando de tono dijo:

– ¿Te gustaría entrar?

– ¿Para qué? –contestó el pilluelo despreciativamente,

– Pues mira -siguió hablando el duquesito- a mí me gustaría mucho andar por ahí afuera. Ustedes juegan todo el día…

– ¿Y tú no?

– ¡Yo! ¡qué disparate! Tengo que aprender francés, inglés, gimnasia, esgrima, equitación, baile, *sports*, y qué sé yo cuantas cosas más.

– Chico ¡debes de saber mucho!

– Poco más o menos como tú.

– No lo entiendo.

– Oye ¿cómo te llamas?

– *Pacorro*.

– ¿Y qué más?

– Nada más ¿te parece poco?

– Muy poco; yo me llamo Carlistos Fernández de Mejía, Ruiz de Montesa, Álvarez de Sotogrande, duque de Montebajo, conde de Presa, señor de Luciente.

– ¡Atiza! cuando te hagas tarjetas necesitarás papel continuo.

– Ahora que nos conocemos ¿quieres que seamos amigos?

– Bueno.

Hubo unos momentos de silencio. En la cabecita del niño Carlos germinaba una idea atrevida.

– *Pacorro* -dijo de pronto- me gustaría mucho correr un poco a mis anchas por ahí fuera.

– Salta por encima de la verja; yo te ayudaré.

– Pero si vienen a buscarme y no me encuentran…

– Que se aguanten; pero te advierto que vestido con tanto lujo te van a detener los guardias.

– Se me ocurre una cosa.

– Di.

– Entra tú aquí primero, cambiaremos de traje, te quedas en mi sitio y yo voy de paseo.

– Y si alguien me ve ¿qué hago yo?

– Te haces el dormido.

Gustó a *Pacorro* aquella travesura y se mostró conforme con ella. Con la agilidad de los pocos años se encaramó a la verja y cayó dentro del jardín del Duque. El cambio de traje fue obra de pocos momentos.

Ante aquella rápida transformación rieron los chiquillos la infantil hazaña, y más la rieran si mirándose en el espejo se dieran cuenta de un singular fenómeno.

El duquesito Carlos y el golfo *Pacorro*, al cambiar de traje, habían adquirido todos los rasgos de la personalidad usurpada, y es que los dos niños tenían la misma cara, idéntico color, hablaban con la misma voz, miraban con iguales ojos; era humanamente imposible encontrar un parecido más perfecto; Carlitos y *Pacorro* no se diferenciaban en nada.

– Ayúdame a subir -dijo el duquesito.

– ¡Arriba! -contestó el *trinxeraire*.[1]

Carlitos, gracias al auxilio de su amigo, salvó el obstáculo de la verja, y echó a correr calle adelante como pájaro escapado del nido.

Corriendo llegó al paseo de Gracia, y entonces notó que de su cuello pendía una cadenita de oro con un medallón.

– Mi amigo no llevaba esto -pensó el niño, y como quería que la transformación fuera completa, se quitó la joya, hizo con las manos un hoyo al pie de un árbol y la enterró.

Pacorro se quedó en el jardín desempeñando el papel del duquesito de Montebajo. La contemplación de sus lujosos atavíos le distrajo unos momentos, pero muy pronto se cansó de la quietud impuesta por las circunstancias. A los oídos del golfito llegaba el ruido de la fiesta, ecos de risas lejanas, rumores de conversaciones, los compases de los bailables, el estallido de las botellas de champagne. El deseo empujaba a *Pacorro* a curiosear lo que sucedía a sus espaldas, pero el miedo le impedía satisfacer el capricho.

De pronto cesó la música, concluyeron las risas, se acabó el baile. Silencio profundo sucedió a la bulliciosa algazara. Se dijera que sobre el jardín de los Duques de Montebajo había caído una losa de plomo.

Pasó tiempo, mucho tiempo. *Pacorro* se tumbó en el suelo para esperar a su amigo con más comodidad. La postura llamó al sueño: los ojos del pillete se cerraron y se quedó profundamente dormido.

En aquel momento dos hombres que vestían lujosa librea, dos criados de la casa, llegaron al sitio donde *Pacorro* dormía.

– Aquí está el señorito -dijo uno.

– Aquí está, señora marquesa -replicó el otro.

Una dama hermosa y espléndidamente ataviada se acercó al chicuelo.

– Duerme el pobrecillo -exclamó- mejor, así tardará más tiempo en saber la horrible noticia.

– ¿Quiere usted que lo llevemos en brazos al palacio? -preguntó un sirviente.

– Sí, con mucho cuidado para que no despierte, y acostarle en su lecho. En ausencia de su aya yo velaré por él.

Los servidores cogieron con exquisito miramiento el cuerpecillo de *Pacorro*; le llevaron, atravesando el jardín, desierto en aquel instante, a un precioso cuarto amueblado con todos los

[1] Pillete, golfo en lengua catalana.

refinamientos del lujo, y lo depositaron en el lecho espléndido del heredero del Duque de Montebajo.

El paso de los hombres que conducían al niño dormido por los salones del palacio, donde tristes y silenciosos se aglomeraban los invitados a la fiesta, fue saludado con miradas de lástima de todos los ojos.

El duquesito acababa de sufrir el más duro golpe que puede afectar a la suerte de un niño: había perdido a su padre, y siempre la orfandad reciente despertó la compasión en los corazones honrados.

Cuando el festival nocturno se hallaba en el momento de mayor animación, el Duque, víctima de un ataque apoplético, cayó al suelo, muerto como herido por un rayo.

La escena fue terrible: primero un desorden espantoso, luego un silencio aplastante, por último los comentarios en voz baja, el abandono lento de los jardines detrás del cadáver conducido por los criados, la invasión de los salones andando de puntillas, el temor retrasado en todos los rostros.

Alguien pensó en Carlitos, se le buscó por todas partes y lo encontraron tendido en el suelo, junto a la dorada verja, en la parte más ensombrecida del jardín.

El heredero de un título ilustre, de una fortuna inmensa, dormía el sueño de la inocencia en el momento de tomar posesión de su caudal y de sus honores.

Así al menos lo creyeron los que llevaron al lecho el pequeño cuerpo del dormido.

La realidad era muy distinta.

El verdadero duquesito de Montebajo se hallaba entonces padeciendo las primeras consecuencias de una travesura, que iba a influir de un modo terrible en el porvenir de dos niños y en la tranquilidad de una gran familia.

CAPÍTULO II

Después de enterrar Carlitos al pie de un árbol del paseo de Gracia el valioso medallón denunciador de la elevada clase de su dueño, se entregó el niño al placer de corretear a sus anchas por las simétricas calles del ensanche de Barcelona.

En el reloj del templo de la Concepción dieron las doce. Los transeúntes eran muy escasos y caminaban todos muy deprisa, como si fueran empujados por el deseo del reposo. Las copudas acacias dibujaban en el suelo grandes manchas negras.

Pronto los piececillos del rapaz, no acostumbrados a tales excesos, padecieron los primeros síntomas del cansancio; la oscuridad y el silencio llamaron con el temor en el ánimo del niño; se dio éste por satisfecho con aquella breve escapatoria y se dispuso a volver al palacio para deshacer el trueque de la personalidad con su reciente amigo *Pacorro*.

El fugado tardó mucho tiempo en orientarse; la perfecta simetría de las calles, el parecido de las edificaciones, la igualdad del suelo, cosas todas estas que convierten el ensanche de Barcelona en inmenso tablero de ajedrez, hicieron que el duquesillo, vestido con los andrajos de un mendigo, vacilara bastante antes de emprender con rumbo seguro el regreso al palacio de Montebajo.

La casualidad, ayudada por el instinto, llevó al niño a los alrededores de la señoril vivienda.

En la puerta principal del edificio, un grupo de lacayos escuchaba silencioso el relato de la muerte del Duque, hecho por un servidor de la casa.

En el interior del palacio se advertía movimiento desusado.

Algunas señoras abandonaban la mansión ducal tristemente impresionadas.

Carlitos fue derechamente, rodeando el edificio, al sitio por donde verificó su evasión. Se asomó a la verja del jardín en busca de su amigo, pero su sorpresa fue grande al no descubrir ni rastro de *Pacorro*. Creyendo que acaso había equivocado el lugar de la travesura, dio la vuelta completa al parque, llamando en voz baja a su cómplice. Trabajo inútil: a los gritos del duquesito no contestó nadie.

La situación del niño era tan comprometida como ridícula. A la una de la madrugada, en la calle, vestido con harapos, batallaba el rapaz entre el miedo que le producía su voluntario abandono y la vergüenza que le causaba presentarse en el palacio a tales horas y luciendo los distintivos de los pilletes del arroyo.

Otra vuelta alrededor de la verja del parque, le convenció del silencio de *Pacorro* y de la absoluta imposibilidad de entrar en la magnífica vivienda por otro sitio que la puerta principal.

Después de breve vacilación se decidió a poner en práctica el último medio.

El duquesito volvió a la calle donde se levantaba majestuosa la fachada del edificio.

Seguía el desfile lento de invitados. El número de coches estacionados a lo largo de la acera era cada vez menor. Los lacayos formando grupos conversaban en voz muy queda.

Carlitos fue deslizándose poco a poco pegado a la pared, movido por la esperanza de no ser descubierto al volver a su casa.

En aquel instante dos señoras acompañadas por un caballero pasaron junto al duquesito.

Una de las señoras dijo al acompañante:

– ¡Qué triste final de fiesta!

El caballero añadió:

– ¡Pobre Duque, quien iba a decirle cuando hacía los honores de la casa que estaba tan cerca de la muerte!

Carlitos sintió un ahogo de pena al oír frase tan horrible, y sin vacilar, resueltamente, se lanzó en el interior del edificio.

Ponía el pie en el primer peldaño de la escalera cuando se sintió cogido por un brazo.

– ¿Dónde vas granuja? -gritó una voz ronca.

Sin esperar respuesta el hombre que detuvo al niño, le llevó a rastras hasta la misma puerta y de un empujón lo tiró brutalmente en el centro de la calle.

El pobre rapaz, aturdido momentáneamente por el golpe, se levantó con trabajo, me iba a dirigirse de nuevo al palacio dispuesto a darse a conocer y pedir un severo castigo para el criado que tan mal lo trató, cuando una manaza enorme le asió por el cuello y una voz aguardentosa gritaba en los mismos oídos del niño:

– Canalla, sin vergüenza, *trinxeraire*: por fin has caído en mis manos y ahora no te escaparás.

El duquesito quiso desprenderse de las manos que lo sujetaban, pero dos soberbios puñetazos aplicados en la cabeza del niño entontecieron a éste hasta el extremo de impedirle toda manifestación de protesta.

Sólo se dio cuenta de que caminaba torpemente entre dos seres astrosos, un hombre y una mujer que lucían con el mayor desparpajo la repugnante librea del vicio y la miseria; que después de mucho andar llegaron a miserable choza situada en las afueras de la ciudad; que en la choza había algunos montones de paja húmeda y nauseabunda, y que en uno de aquellos lechos deleznables fue arrojado el niño, previo un bárbaro puntapié, con el que quiso el hombre manifestar su mal humor crónico.

Carlitos, al sentir aquella brutal caricia, creyó llegado el momento de protestar y de hacer valer los derechos inherentes a la calidad elevada de su personilla.

– ¿Quiénes son Ustedes? -preguntó.

– Escucha, *Cigüeña*, lo que pregunta este granuja -dijo el hombre- que quiénes somos.

– ¡Qué gracia! -exclamó la mujer-. ¿Y tú quién eres, monín?

– El Duque de Montebajo -contestó sin vacilar el niño.

Una carcajada estruendosa, lanzada a dúo por los dos esperpentos, fue la respuesta que mereció la espontánea declaración del niño raptado.

– ¡Anda, qué suerte! -gritó la mujer cuando la risa le permitió hablar- ¡*Pacorro*, el *trinxeraire*, convertido en Duque! ¿Has vista nada más gracioso, *Rifeño*?

Al escuchar el nombre de *Pacorro* se dio cuenta el duquesito de la verdadera causa de su secuestro, y deseoso de aclarar cuanto antes la situación equívoca creada por su cambio de traje, se levantó del montón de paja, se encaró con la pareja, y mostrando una faz llorosa que daba lástima mirarla, dijo con firmeza:

– Yo no soy *Pacorro*; mírenme ustedes bien y se convencerán.

Ante la rotunda afirmación del rapaz, el hombre y la mujer, que respondían a los apodos de *Rifeño* y *Cigüeña* respectivamente, pusieron la mirada en el niño, pero tal examen no produjo el efecto que el duquesito esperaba.

– ¿Con qué no eres *Pacorro*? -exclamó el *Rifeño* con sorna-. Pues mira; voy a tratarte como si lo fueras.

Así hablando se acercó al niño, y dándole terrible manotada, le tumbó cuan largo era en el miserable lecho.

Carlitos contestó con un gemido al brutal envite, y se acurrucó sobre la paja llorando a lágrima viva.

– Y ahora basta de bromas y a dormir -añadió el *Rifeño*-. Al que rechiste lo deslomo de un palo.

A los pocos momentos la pareja roncaba ruidosamente, y Carlitos, obedeciendo al cansancio, se entregaba también a las dulzuras del reposo, en el instante preciso en que algunos rayos de tibia claridad se filtraban por las grietas de las paredes de la choza.

El sueño del duquesito fue breve; la falta de blandura en el lecho y la sobra de cavilaciones en la mente pudieron mucho más que el exceso de fatiga, y el niño abrió los ojos cuando los de sus raptores estaban todavía cerrados a cal y canto.

Al encontrarse el duquesito tendido en aquel camastro y encerrado en tan inmundo lugar, creyó que era todo fruto de una pesadilla y tardó algún tiempo en hacerse cargo de lo extraordinario de su situación.

La memoria acudió en auxilio del niño y poco a poco el recuerdo de los sucesos de la noche anterior le hizo ver la realidad espantosa con todos sus peligros.

– Esta gente me toma por *Pacorro* -pensó el duquesito- pero cuando me vean reconocerán su error. Además, en el palacio han debido notar mi ausencia y a estas horas andarán buscándome por todas partes hasta que me encuentran.

Tan lógicas reflexiones tranquilizaron al rapaz, y gracias a ellas esperó con menos temor y casi con impaciencia el despertar de la repulsiva pareja.

Ya el sol se paseaba por encima de los terrados de las casas cuando los raptores del duquesito de Montebajo dieron fe de vida, desperezándose brutalmente en el rincón más abrigado de la cabaña.

La primera en levantarse del mezquino lecho fue la *Cigüeña*.

Era ésta una mujer alta, seca, huesuda; tenía nariz larga, ojos pequeños y pitarrosos, orejas grandes y barba afilada. Vestía falda de percal oscuro, corpiño de la misma tela, y cubría el busto con una vieja toquilla encarnada.

En cuanto la mujer abrió los ojos, se levantó del camastro perezosamente, fue a la pared, quitó una esterilla que tapaba un hueco, por el que entró un torrente de luz, y fijándose entonces en que el niño seguía tumbado en su duro camastro, gritó con voz hombruna.

– ¡Arriba, gandul!

– ¡Buen chasco se va a llevar esta gente cuando vez con la luz del día que no soy el que piensan! -se dijo Carlitos.

Así pensando, apoyó sus manecitas en la paja y se puso de pie.

El estupor del niño fue inmenso al ver que el rostro de la *Cigüeña* no se advertía rastro alguno de sorpresa. Lejos de ello, como viera que el rapaz en actitud tímida no se atrevía a dar un paso, le endilgó el siguiente discurso:

– Aviva, granuja. Parece que en tu vida, has roto un plato y eres capaz de hacer cisco la vajilla de un hospicio. ¿Dónde te metiste ayer, pillo? Todo el día campando por tus respetos y nosotros buscándote por todas partes. ¿No quieres trabajar, verdad? Peor para ti. Te dejaremos atado hasta que te pudras.

El duquesito, por toda respuesta, quiso de nuevo valer su verdadera personalidad.

– Yo no soy lo que ustedes piensan -dijo con voz temerosa-. Yo soy el duque de Montebajo.

– ¿Otra vez la bromita de anoche? -gruñó el *Rifeño*, sentado en el camastro a falta de mejor asiento-. Mira, *Pacorro*, que no está la madera para cucharas, que nos tienes hasta encima de los pelos con tus escapatorias, que la de ayer fue la última, porque ahora mismo te ato a la pata de esa mesa y aquí te pasas la vida igual que un mochuelo clavado en la pared.

– Digo y repito que no se trata de una broma; que soy el heredero de Montebajo; que me llamo Carlos y no *Pacorro*.

– ¡Calla! -exclamó la *Cigüeña*- ahora que pienso; ese Duque es el que según dijo un guardia murió anoche de repente.

En aquel momento recordó Carlitos la frase oída a uno de los invitados. La desgracia era cierta: el pobre niño no tenía ni el consuelo de llorar sobre el cadáver de su padre.

Aquello dio al traste con todas sus energías del rapaz; de sus ojos saltaron dos torrentes de llanto; se arrodillo delante de sus raptores, y con las manos juntas en ademán suplicante, hizo todo lo posible por ablandar los corazones de aquellos seres endurecidos con el incesante contacto con la desgracia.

– Por Dios -exclamó el duquesito- por lo que más amen ustedes, por su madres, por sus hijos, llévenme al palacio para que pueda dar el último besó a mi padre, a mi padre que lo era todo para mí y que al morir me ha dejado solo en el mundo.

El *Rifeño* y la *Cigüeña* se miraron un tanto sorprendidos por la actitud del rapaz.

Este, interpretando aquel silencio de un modo favorable a sus deseos, insistió en términos cada vez más sentidos, y por si esto fuera poco, quiso tentar la codicia de sus verdugos con las siguientes palabras:

– Sí, llévenme al palacio y yo prometo darles lo que más apetezcan de él.

Este ofrecimiento fue oído por un individuo alto, grueso, mal carado, que respondía al apodo de *Terremoto*, puesto a tal sujeto por las amenazas de destrucción que continuamente salían de su bocaza enorme.

– ¿Qué le pasa a *Pacorro*? -preguntó el hombre.

– Pues le pasa -le contestó la *Cigüeña*- que se ha empeñado en que no es *Pacorro*.

– Pues ¿quién es?

– Un duque.

La carcajada con que el *Terremoto* recibió esta ocurrencia estuvo a punto de arrancar de cuajo el techo de la miserable vivienda.

– Tiene gracia -exclamó.

– Y lo afirma tan serio -añadió el *Rifeño*- que casi nos ha hecho dudar. Pero todo es comedia, nada más que comedia. Lo que sucede es que quiere dejarnos para campar por sus respetos y trabajar a sus anchas. ¡Pillo, más que pillo! ¿Es ese el pago que quieres dar a quienes sin obligación alguna te dan un pan ganado tú sabes a costa de cuantos peligros?

– ¡Yo quiero ver a mi padre! -gritó el niño con toda la fuerza de sus pulmones.

– Tú no tienes padre -le contestó *Terremoto*.

– Ya lo sé, por mi desgracia; pero tengo casa…

– Tú no tienes nada.

– Y quiero ir a ella; sí, iré aunque ustedes se opongan.

Así hablando quiso el duquesito huir de aquella choza, ganando rápidamente la puerta, pero el *Rifeño* descubrió el intento, y cogiendo al niño, le sujetó con las piernas, pidió una cuerda a la *Cigüeña*, y a los pocos instantes el rapaz yacía tendido en el camastro, imposibilitado para hacer movimiento alguno.

Pero si no logró el niño hacer uso de los brazos y de las piernas, pudo mover la lengua a su antojo, y tales cosas dijo con la idea de llevar al ánimo de los carceleros el convencimiento de su verdadera personalidad, que el *Terremoto*, quien escuchaba silencioso y preocupado las amargas lamentaciones del huérfano, se dio de pronto un golpe en la frente, exclamando a la vez:

– ¡Ya caigo! no puede ser otra cosa.

– ¿Qué piensas? -preguntaron la *Cigüeña* y el *Rifeño* a dúo.

– Que todo está explicado.

– ¿Cómo?

– De una manera muy sencilla que debió ocurrírsenos desde el primer momento. Este chico se ha vuelto loco.

– ¡Loco! -dijo la mujer.

– ¡Loco! -repitió el hombre.

– Sí, loco perdido. No hay más que verlo. A casi todos los locos les da la locura por decir que son personajes.

– ¿Y qué hacemos ahora? -preguntó la *Cigüeña*.

– Por lo pronto -respondió el *Rifeño*- tenerlo bien atado para que no se escape. Después ya veremos. Y ahora hablemos de nuestros negocios.

CAPÍTULO III

Pacorro despertó, y su primera mirada se dirigió a la tibia claridad que se filtraba por la tupida malla de riquísimas cortinas que cubrían el hueco de un balcón.

El rapaz se restregó los ojos, y no contento con esto, se pellizcó con fuerza. Creía que era víctima de una pesadilla.

Muy pronto la memoria acudió en auxilio del chicuelo y éste pudo darse cuenta exacta de lo extraordinario de su situación.

Su primer impulso fue reír; la vista de tanto mueble lujoso, la contemplación de tanto objeto de uso desconocido para el niño, la blandura del lecho, el roce acariciador de las sábanas riquísimas, cosas fueron que llamaron en el corazón del niño con la aldaba del pasmo y del contento.

Pero pasado el primer instante de alegría acometió a *Pacorro* miedo invencible, el miedo que inspiraban todas las imposturas, hasta en los seres más débiles.

Con el miedo le entró un deseo intensísimo de emprender la fuga antes de que llegara gente, antes de que viniera el legítimo dueño de aquel lecho a echar al usurpador, antes de que fuera descubierta la superchería y castigada con mano dura por los criados de la casa.

Huir, sí ¿pero cómo? ¿por dónde? Además, vestido *Pacorro* con un traje que no correspondía a la pobreza de quien lo llevaba ¿cómo volver al lado de los suyos sin riesgo a convertirse en blanco de las burlas más crueles?

Meditaba el pilluelo acerca de los peligros de su situación excepcional, cuando se abrió la puerta de la estancia, y una mujer hermosa, vestida de riguroso luto, se adelantó hacia el lecho donde descansaba el niño.

El rapaz la vio y se estuvo quieto, esperando el grito de estupor que escaparía seguramente de la garganta de la mujer cuando ésta descubriera la travesura de los niños.

Con gran sorpresa del *trinxeraire*, la dama lo contempló con la mayor indiferencia y hasta sonrió al mirarlo.

Detrás de la señora entró un criado que lucía lujosa librea.

– ¿Desea algo la señora marquesa? -preguntó.

– Nada -respondió la interrogada-. Retírese usted; quiero quedarme sola con el Duque.

– ¡Con el Duque! -pensó *Pacorro*-. ¡Claro! esta mujer me toma por el otro. Ahora será ella, cuando se acerque y se fije en mi cara.

La marquesa se acercó, se sentó junto a la cabecera del lecho, puso sus ojos en los ojos del rapaz, y cuando el niño esperaba una explosión de gritos y de insultos, escuchó atónito las siguientes palabras:

– Carlitos, hijo mío, has dormido bien ¿no es cierto? Seguramente te sorprende verme aquí tan temprano, a mí a quien solo veías muy de tarde en tarde; y vestida de negro, del color de la tristeza, quien siempre lució los tonos claros de la alegría… Ten conformidad, Carlitos, sé hombre para el dolor… La desgracia nos acecha siempre; la muerte se presenta cuando menos se la espera…

Calló la marquesa esperando que la curiosidad del niño le diera motivo para poner término a su penosa empresa; pero como en el semblante del rapaz no se advertía síntoma alguno de sobresalto, se dispuso a ser más explícita en las manifestaciones de su dolor.

– Sí, Carlos -dijo-. Tu pobre padre… ¿Quién iba a esperar desgracia tan grande? En plena fiesta… cuando todos reían… sin dar tiempo a que llegaran los médicos…

La marquesa creyó oportuno en este momento hacer una ofrenda de ternura a la memoria del prócer muerto, y con esa facilidad que tienen las mujeres para abrir los grifos del llanto, derramó algunas lágrimas, que bajaron lentamente por las mejillas de la dama para caer sobre las ricas fundas de las almohadas del lecho.

– Pero no te aflijas, hijo mío -siguió hablando con frases cortadas por sollozos-. Si has perdido a tu padre no quedas solo en el mundo; yo, tu parienta más próxima, velaré por ti con el cariño de una madre amantísima.

A *Pacorro* no le afligió la noticia, pero al ver llorar a la dama se acordó de que también él tenía lágrimas, y como el miedo andaba buscando un pretexto para manifestarse, se aprovechó del contagio de la pena y se transformó en gruesas y calientes gotas que brotaron en los ojazos del rapaz.

Después de un largo intervalo de silencio se incorporó la marquesa y dijo:

– Serénate, hijo mío, ten conformidad y ruega por tu pobre padre. Te dejó porque hago mucha falta en el palacio. Voy a ordenar que vengan a vestirte, pero no salgas de tus habitaciones hasta que yo te avise. Adiós, hijo mío; dame un beso.

– *Pacorro* besó a la marquesa de un modo maquinal.

Se retiró la dama y a los pocos momentos entró un criado.

El hombre mostraba la cara triste impuesta por las circunstancias.

– ¿El señor Duque desea levantarse? -preguntó.

El silencio del rapaz fue interpretado por el sirviente como señal de asentimiento, y cogiendo prenda por prenda las de un traje negro que llevaba a prevención fue colocándolas en el cuerpo de falso duquesito con todo el respeto debido a la elevada jerarquía del chicuelo.

Mientras el criado cumplía su servil tarea, *Pacorro* se preguntó mentalmente si una franca confesión de sus cuitas y confusiones al hombre aquel que tan cariñoso se mostraba, no le sacaría sin daño del grave aprieto en que se veía metido por culpa de una travesura, pero otra vez el miedo ató su lengua y el generoso y laudable impulso desapareció bajo el peso de un temor invencible a las consecuencias del descubrimiento del engaño.

Cuando el criado concluyó de vestir al rapaz, se retiró de la estancia diciendo:

– Voy a traer el desayuno al señor Duque. La señora marquesa ha dispuesto que no baje al comedor.

El tiempo que tardó en volver el sirviente lo empleó *Pacorro* en curiosear por su lujoso dormitorio, extasiándose en la contemplación de magníficos cuadros que colgaban de las paredes y riquísimas chucherías repartidas por muebles y rinconeras.

Apareció el criado llevando el desayuno en espléndida bandeja de plata repujada.

El desayuno lo componían suculento chocolate, un tazón de humeante leche y algunos apetitosos bollos.

El sirviente puso la bandeja sobre un velador, acercó una silla y se retiró haciendo profundas reverencias.

En aquel momento se dio cuenta *Pacorro* de que tenía hambre, y sin consideración alguna a la tristeza de su reciente orfandad, se zampó el soconusco, la leche y los bollos sin dejar rastro de aquél, gota de la segunda ni migaja de los últimos.

Confortado con aquel excelente refrigerio, volvió de nuevo a meditar en su situación, que le parecía más agradable y menos peligrosa a medida que pasaba el tiempo.

Lo que no acertaba *Pacorro* a explicarse era que la marquesa y el criado no hubieran descubierto el engaño, y que el niño, víctima de aquella farsa, siguiera sin reclamar sus derechos usurpados inocentemente por un desconocido.

Al llegar la hora del mediodía el mismo sirviente entró a *Pacorro* un exquisito almuerzo, compuesto por platos completamente desconocidos del rapaz, pero a los cuales hizo el niño los más altos honores animado por un hambre devoradora.

El *trinxeraire* empezó entonces a sentir las delicias de su situación y a desear que se prolongara la farsa todo el tiempo posible.

A media tarde el criado volvió a la estancia para decir a *Pacorro* que la marquesa le esperaba en el salón, donde la familia recibía el pésame de las personas más allegadas.

– Ahora se descubrirá el pastel -pensó el niño, cuando precedido por el sirviente se dirigía, cruzando lujosas habitaciones, al magnífico salón que aun conservaba rastros de la fiesta nocturna.

Los temores del rapaz no se vieron confirmados.

Un grupo de señores vestidos de negro rodeaba a la marquesa y a un hombre de elegante porte, al que llamaban marqués los visitantes.

Pacorro, temeroso y encogido, recibió besos ruidosos de las señoras y cariñosas palmaditas de los hombres. Después se sentó al lado de la marquesa.

En el palacio se advertía gran movimiento. Era la hora del entierro.

Un señor anunció con voz campanuda que la fúnebre comitiva estaba dispuesta.

Entonces se discutió si el niño heredero debía o no presidir el acto, pero en consideración a la poca edad del interesado se decidió que lo representara el marido de la marquesa.

Se fueron los hombres para incorporarse a la comitiva y se quedó la marquesa, siempre con el niño al lado, acompañada por algunas personas de su intimidad.

La conversación, difícil e insustancial al principio, fue a caer en el punto interesante del porvenir del niño.

– Hemos pensado con mi marido -habló la marquesa- que la mejor solución es emprender con Carlitos un largo viaje en automóvil. La educación rutinaria, por mucho cuidado que se tenga en la elección de preceptores, es siempre deficiente. Nada instruye tanto como el viajar.

Las damas asintieron con una leve inclinación de cabeza.

– ¿A dónde piensa ustedes dirigirse? -preguntó la más curiosa.

– No hemos fijado todavía el itinerario, pero seguramente muy lejos y a países raros, poco conocidos.

– ¿Y emprenderán pronto la marcha?

– Cuanto antes mejor. Es preciso expansionar al niño, hacer que olvide pronto la desgracia. Precisamente hace pocos días recibió mi pobre hermano un automóvil de cincuenta caballos: lo probaremos con este largo viaje.

Pacorro no despegó los labios mientras hablaba la marquesa, pero abría unas orejas mayores que ventanales de catedral.

Llegó la noche, volvió el marqués del entierro, se retiraron las vistas haciendo protestas firmísimos de afecto a la familia, y el niño fue llevado de nuevo a su habitación.

En ella comió opíparamente, se desnudó ayudado por el hombre puesto a su servicio, y a los pocos momentos se durmió con la mayor placidez, como si en vez de un mísero *trinxeraire* fuera el auténtico heredero del Duque de Montebajo.

CAPÍTULO IV

El *Rifeño* y la *Cigüeña* podían ser ofrecidos a los ojos del observador como ejemplares notabilísimos del hampa y la miseria.

Hijos del vicio, criados en un ambiente de perpetua vagancia, los unió la casualidad, no importa saber dónde ni cómo, y el delito afirmó la unión.

Huyendo siempre de la justicia, que los perseguía por todas partes con el empeño con que se persiguen los animales dañinos, recorrieron España entera, haciendo largas paradas en no pequeño número de cárceles de partido; y si se libraron de dar con sus huesos en las lobregueces de un presidio, torpeza fue de los encargados del orden y de los servidores de la justicia, que a poner éstos y aquéllos mayor celo y diligencia en el desempeño de sus respectivos oficios, tiempo hiciera que los dos malvados hubieran liquidado sus largas cuentas con el código penal.

Pero llegó un día en que la vida nómada se hizo muy difícil para la pareja; su facha astrosa despertaba el recelo en el vecindario de cuantos pueblos servían de momentáneo albergue a los malhechores; cada encuentro con la guardia civil era un gravísimo peligro del que se salvaban a fuerza de piernas y de ingenio, y entonces, como único medio para soportar la miseria con relativa tranquilidad, decidieron sumar sus mañas y malos instintos a la corriente tumultuosa que convierte las grandes ciudades en torbellinos violentísimos, formados con los sedimentos de todos los vicios y pasiones.

Y a Barcelona se dirigieron, seguros de que esta ciudad reunía las condiciones apetecidas para convertirla en escenario de hazañas vituperables, ya que la extensión de su espléndido caserío, su cosmopolitismo, su vecindad con el mar y sus intrincadas montañas, todo contribuía a convertirla en inmejorable campo de operaciones para toda clase de malandrines.

El *Rifeño* y la *Cigüeña*, adoptando el semblante y trazas de dos inofensivos pordioseros, fueron acercándose a Barcelona siguiendo el amplísimo camino de la playa, y deteniéndose el menor tiempo posible en las bellas ciudades del litoral.

Dormían durante el día al abrigo de un terraplén o bajo las arcadas de un puente de la línea férrea, y caminaban de noche, notando en los pies las caricias de las menudas olas del Mediterráneo. Pronto a sus ojos se ofreció la montaña de Montjuich con su montera de murallas aspilleradas; en el cielo flotaba la nieblilla gris que cubre las grandes ciudades; se acercaba el término del largo y penoso viaje a través de una comarca pletórica de vida.

La maltrecha pareja despertó de su sueño diurno, y se dispuso a dar comienzo a la última etapa de su peregrinación, siguiendo siempre el camino trazado por las olas. En aquel momento el mar, como si quisiera oponerse a la tranquila marcha de los bandidos, empezó a gruñir como perro encadenado; fuerte viento, que se convirtió pronto en huracán, sopló de levante; en la superficie acuosa se levantaron en tamaño y dieron principio al asalto de la tierra, llevando cada vez más adentro la línea ondulada de algas.

– Arrimémonos al terraplén del ferrocarril -dijo *Rifeño*-. Esto se pone feo.

– Andando -contestó la *Cigüeña*.

Siguiendo el consejo del hombre, la pareja se acercó todo lo posible a la vía férrea, que en aquel sitio se desarrollaba en la misma playa a pocos metros del mar. Este se enfurecía cada vez más. El cielo se encapotó con negro nublado. A la luz amarillenta de los relámpagos se veía el alocado galopar de las olas, que se perseguían furiosas mordiéndose en sus crestas de espuma.

El viento y el mar, soplando aquél con fuerza irresistible y resolviéndose el segundo como epiléptico monstruoso en su inmenso lecho, hicieron imposible todo intento de avance por parte de *Rifeño* y la *Cigüeña*, quienes, convencidos de su impotencia para resistir a las enormes sacudidas de los elementos, se pegaron al terraplén de la línea férrea dispuestos a encaramarse talud arriba si a ello les obligaba el continuo avance de las olas.

De pronto oyeron un agudo silbido, y a los pocos momentos notaron la trepidación de un tren que pasaba con velocidad vertiginosa. Al levantar la cabeza los dos malvados, vieron tan sólo el desfile rápido de unos cuantos resplandores, emitidos por las ventanillas de los coches lujosos de un expreso.

En aquel momento cedió algo la fuerza del huracán, y a los oídos de los malhechores llegó distintamente el quejumbreo débil de la vocecilla del niño.

– ¿Has oído? -preguntó el *Rifeño*.

– Es el llanto de un chiquillo -contestó la mujer- y muy cerca de aquí.

– Veamos -habló el hombre.

Habían dado muy pocos pasos por la playa cuando los pies de la *Cigüeña* tropezaron con un bulto que rebullía en la arena.

– Aquí está -grito.

Se acercó el *Rifeño* y junto con su compañera procuraron descubrir la naturaleza del bulto.

Era efectivamente un niño, pero un niño bellísimo y lujosamente vestido.

¿Cómo aquel infante, cuyo traje denunciaba la elevada calidad de su dueño, se encontraba en la playa a tal hora y con tal abandono?

El mismo niño con su torpe lengüecilla dio la clave del enigma al contestar a las preguntas de la *Cigüeña*.

Iba con sus padres en uno de los coches del expreso, se apoyó en la portezuela del vagón, se abrió ésta y el infeliz cayó a la vía, no recibiendo daño alguno por la blandura del suelo.

– Y ahora ¿qué hacemos con él? -preguntó la *Cigüeña*.

– Con un chico así se pueden hacer muchas cosas -dijo el *Rifeño*-. Pero mientras pensamos cual es la mejor, larguémonos de aquí. El tren llegará pronto a la estación y no tardará mucho tiempo en venir gente recorriendo la vía.

– Pero ¿dónde vamos?

– Siempre playa adelante. Cuando lleguemos a Montjuich buscaremos una cueva cualquiera en la que podamos meternos sin necesidad de pedir permiso al casero.

Así lo hicieron. El hombre cogió en brazos al niño, que aturdido por el golpe se hallaba imposibilitado para caminar, y seguido por la mujer se encaminó a la montaña de Montjuich, que se destacaba como mancha negra en la oscuridad del ambiente.

Al *Rifeño* le fue fácil encontrar un refugio provisional en un agujero abierto por las aguas y los vagabundos, en la vertiente de la montaña que da la espalda a la ciudad. Allí, en aquella deleznable guarida, trazarían un plan para lo venidero. El problema de la habitación estaba resuelto por el momento. El ingenio de los miserables se encargaría del resto.

El primer cuidado de la pareja cuando, después de instalados en la cueva, recibieron la visita del sol que se paseaba por un cielo límpido, poco antes entenebrecido por espesos nubarrones, fue examinar detenidamente al chiquillo que dormía plácidamente envuelto en vieja toquilla de la *Cigüeña*.

El niño rubio, sonrosado, bellísimo, debía tener unos cinco años. En los bolsillos de su marinera no llevaba objeto alguno que orientara a la pareja en sus afanes investigadores. La mujer le registró con cuidado la ropa interior y descubrió en la camisita una marca que consistía en una corona y una letra.

– ¿Qué dice aquí? -preguntó la hembra.

– ¡Yo que sé! -contestó el bandido.

A la ejemplar pareja, por faltarles todo, les faltaba hasta los rudimentos de la más ligera instrucción: eran analfabetos.

– Bueno -siguió hablando la mujer- ¿y ahora qué hacemos con este embeleco?

– Esperar.

– Esperar ¿qué?

– No lo sé.

– ¿Y no sería mejor que lo entregáramos a sus padres? Esto nos valdría una buena propina.

– ¿Y qué resolvemos con una propina, aunque sea buena, cosa que está por ver? ¿Sabes tu el partido que podemos sacar de esto con el tiempo?

– Es verdad. Pero si lo tenemos que mantener…

– Un chiquillo, bien manejado, se gana la vida mejor que un hombre. La cuestión es dirigirlo bien. Muchas veces te he dicho que nos hacia falta un chico.

– Tienes razón. Y hasta querías robarlo.

– Y mira por donde se nos viene a la mano.

– Pues no se hable más del asunto.

Los forajidos contemplaron al niño, que seguía durmiendo el plácido y profundo sueño de la inocencia, ajeno por completo al espantoso cambio que iba a operarse en su porvenir.

– Oye -preguntó el *Rifeño*- ¿y cómo le vamos a llamar?

– Como tú: Paco -contestó la mujer.

– Mejor sería *Pacorro*.

– Como quieras.

El niño rebulló en su menguado lecho, cambió de postura, y heridos sus párpados por los ardientes rayos del sol, abrió los ojos. Su primera mirada fue de sorpresa, su primer ademán de miedo, su primer palabra un grito de pena.

La *Cigüeña* quiso consolar al pobrecillo, agotando su corto repertorio de palabras cariñosas. El hombre callaba, declarándose impotente para toda manifestación de ternura, y convencido de su inutilidad en tamaña empresa, tomó la determinación de marcharse para explorar el terreno de sus futuras fechorías, dejando integra a su compañera la tarea de secar las lágrimas en los ojos y suprimir el miedo en el corazoncillo del rapaz.

No fue empeño de fácil consecución el acometido por la *cigüeña*, pero ayudada por la prontitud con que en la mente de un niño se borra todo recuerdo triste, y más que todo gracias al

desparpajo de la mujer al pintar a su víctima un porvenir risueño en aquel rincón de montaña, bañada por un sol espléndido, consiguió, si no llevar al niño a los extremos del contento, hacerle pisar cuando menos los linderos de la conformidad, y así cuando el *Rifeño*, de vuelta de su primera excursión de la ciudad, se refugió en la cueva por él descubierta, merced a ese instinto de orientación que rara vez abandona a los tunantes, se quedó sorprendido viendo que la *Cigüeña* y *Pacorro* departían trabajosa pero amigablemente, como si entre ellos no existiera otro lazo de unión que el hecho por la desgracia.

Aquella noche, al acurrucarse la pareja en el rincón más abrigado del agujero, dijo la mujer al hombre.

– Estoy pensando en que tienes razón. Este chico nos puede hacer muy buen papel. Es listo como una ardilla.

– Y de su familia ¿qué? -preguntó el *Rifeño*.

– Lo único que he podido sacar en limpio de su lengua estropajosa es que sus padres son gente de postín.

– Mejor que mejor. Pero ¿cómo se llama?

– No lo sabe decir.

– Pues sería bueno averiguarlo.

– Tiempo tendremos para eso.

Poco a poco fue perdiéndose en *Pacorro* todo recuerdo del pasado de grandeza, se acomodó más a las penurias del presente, y cuando transcurridos algunos meses y convertido el traje lujoso en un montón de harapos, siguió a la pareja en las correrías por la ciudad y en los cambios de domicilio, hasta dar con sus huesos en miserable barraca levantada en los linderos del bosque, donde termina el risueño caserío de Horta, el niño había adoptado todas las trazas del *trinxeraire*, sin que a su mente se asomara ni una vez siquiera el pensamiento de las pasadas harturas y tibiezas cuando pasaba hambre y frío en la compañía de los miserables seres que lo arrebataron el cariño de una familia ilustre.

Pacorro creció en tamaño, en travesura, en picardía. El *Rifeño* estaba orgulloso de los adelantos de su discípulo. Pronto supo éste rondar por los mercados para meter las manos en los montones de las mercancías averiadas, aprendió a pedir fósforos a los transeúntes y limosna a las beatas. Figuró en las puertas de los teatros en la grey de *golfos* auxiliares de los cocheros, asaltó los tranvías para limpiarlos de colillas, e hizo todos los oficios de menor cuantía que tienen por objeto engañar al hambre con la visión del sustento.

Pero si *Pacorro* se prestó de buen grado a corretear el día entero por la población a caza de las pequeñas gangas de los vagabundos, se resistió tenazmente a coadyuvar con sus secuestradores en andanzas más expuestas y pecaminosas, resistencia que más de una vez le valió brutales tratos por parte de aquéllos, quienes se habían propuesto sacar del chicuelo partido más sustancioso que las miserias piltrafas llevadas por *Pacorro* a la choza como único fruto de una libertad absoluta y de una privación perpetua.

– Este mocoso -solía decir el *Rifeño*- no desmiente la sangre. Nos sale demasiado señorito.

– Déjalo -contestaba la *Cigüeña*- es muy pequeño; él se enmendará.

En espera de esa enmienda pasaron meses y años, y llegó un día en que el chiquillo dejó de aparecer por su cabaña. La inquietud de la pareja fue muy grande al advertir la ausencia de su víctima, y no porque el trato diario con el niño hubiera hecho brotar en los corazones de los bandidos el más pequeñísimo retoño de cariño, sino porque la desaparición del *trinxeraire* echaba por tierra un castillo de proyectos levantado por los bandidos sobre los cimientos de sus perversos instintos.

– Será preciso ir a buscar a ese desagradecido -dijo el hombre.

– Vamos -contestó la mujer.

En busca de *Pacorro* fueron, y como averiguaran que en los alrededores de un palacio del Ensanche había crecido número de coches y automóviles esperando la salida de los individuos a una fiesta aristocrática, se dirigieron a dicho sitio por si *Pacorro* se encontraba allí desempeñando los oficios de lacayo auxiliar y voluntario.

Efectivamente, en la puerta principal del palacio, encontraron a *Pacorro* en el momento en que un portero galoneado desahogaba sus iras en el chicuelo, y apoderándose de éste le llevaron a la choza para darle a entender de brutal manera los inconvenientes de querer libertarse demasiado pronto de la tutela de aquellos seres miserables. Sucedió entonces que al niño le entró la manía de decir que era nada menos que un Duque, y tal acento de persuasión había en sus palabras, que ya la duda germinaba en las anquilosadas mentes de sus secuestradores, cuando la llegada de un compinche de éstos, poniendo las cosas en su verdadero punto y lugar, les hizo ver el asunto tal cual era: *Pacorro* se había vuelto loco.

Mientras pensaban la solución más conveniente en caso tan extraordinario, era necesario ejercer gran vigilancia sobre el chiquillo, y como sus raptores harto tenían que hacer con dedicarse a sus ordinarios merodeos, decidieron dejarlo en la choza bien atado para impedir todo intento de fuga.

Se fueron los bandidos y quedó solo el niño, tendido sobre el montón de pajas, e imposibilitado de mover brazo ni pierna por culpa de recios cordeles anudados en la espalda del rapaz. Pero si los malhechores procuraron imposibilitar a su víctima para que abandonara el escenario de sus suplicios, se olvidaron de amordazarle para que no pusiera la lengua al servicio de sus deseos de libertad, así es que cuando el ruido de los pasos de sus verdugos se perdió en el silencio del ambiente, se puso a gritar el secuestrado con toda la fuerza de sus pulmones, seguro de que no sería tan grande su desgracia que por los alrededores de aquel inmundo albergue no pasara un alma caritativa que se condoliera al escuchar los gritos del pobre niño.

El infeliz gritó y lloró durante mucho rato, y ya su garganta enronquecida y sus fuerzas se acababan por momentos, viendo la inutilidad de sus voces y ante la certeza de su abandono, cuando la puerta de la choza se abrió de pronto y se destacó en ella, en fondo de cielo, la figura esbelta de una mujer.

Al contemplar aquella aparición reunió el niño todos sus esfuerzos a un ¡ay! tan amargo y desgarrador que la mujer se precipitó sobre la víctima, creyendo que aquel lamento era la última manifestación de una vida.

El rapaz se había desmayado, y el verlo tendido en el suelo y sujeto con recias cuerdas excitó la compasión de la mujer, de tal manera, que rápidamente hizo propósito de salvar a la víctima de la crueldad de sus verdugos. Para ello se inclinó sobre el niño, lo libertó de las ligaduras, lo cogió en brazos, haciendo alarde de unas energías impropias del sexo, y saliendo de la choza se encaminó con rapidez por una vereda que se perdía en las frondosidades de la montaña.

En el momento en que la mujer perdía de vista la miserable cabaña, teatro de aquella buena acción, se detuvo un instante, contempló al niño que descansaba la cabecita sobre el hombro de su salvadora, y murmuró ésta:

– ¡Luego dirán que la *Roja* no tiene corazón!

CAPÍTULO V

La *Roja*, hija de un terrorista muerto con sus compañeros a causa de la explosión prematura de una bomba en el mismo antro donde aquellos miserables fraguaban sus odiosos atentados, se salvó de aquella catástrofe por inescrutables designios de la suerte.

Se hallaba la mujer tendida en su mezquino lecho al ocurrir el accidente, y la fuerza del explosivo que acababa de estallar en la cueva de la vivienda, le lanzó con la techumbre a muchos metros de distancia, pero sin causarle más daño que leves contusiones, que no le impidieron salir arrastrándose del montón de escombros que la envolvía, ni le trastornaron el juicio hasta el punto de no dejarla pensar en los graves peligros que la amenazaban si no se alejaba al momento del lugar de la catástrofe.

Antes de que el espantoso ruido de la explosión llevara gente al sitio del siniestro, y sin esperar a que se disipara la nube de humo que se apoderó de la sima donde se ocultaba la guarida de los terroristas, la *Roja* ganó con la mayor presteza el borde de la hondonada y se ocultó en el agujero que noches antes sirvió de observatorio al inspector de policía Claudio López, que con el nombre de Bofarull se dio maña bastante para descubrir el antro tenebroso, donde se fraguaban los planes horribles que fomentaban el espanto y la ruina en las calles de la populosa ciudad.

Allí, acurrucada en el agujero de la roca, se entregó la *Roja* a las manifestaciones de su dolor, pero no de un dolor aparatoso y chillón que se exteriorizara en lamentos y lágrimas, sino de una pena fuerte, enérgica, que tuvo su expresión en un momentáneo encogimiento del espíritu. La mujer no abrigó duda alguna acerca del horrible fin de todos los hombres encerrados en la cueva; era indudable que su padre muerto junto con sus compañeros, y si el fantasma de su soledad futura no se presentó ante sus ojos, fue porque se encargó de ahuyentarlo el recuerdo del hombre que abrió el corazón de la mujer a las delicias del primer cariño.

– El vendrá -pensó la *Roja* en el momento en que el ruido de pasos cercanos le anunció la proximidad de gente.

Los que llegaban eran agentes de policía, que iban al lugar del suceso requeridos por el inspector Claudio López. Desde su escondrijo les vio la *Roja* desaparecer uno a uno en las profundidades de la sima; contempló también los grupos de curiosos estacionados en el borde del precipicio, y como la oscuridad era muy grande y no tenía la *Roja* miedo alguno a ser reconocida por ninguno de aquellos desocupados, que acudían allí como van las fieras detrás de la carne muerta, después de breves momentos de vacilación, salió de su escondite y se acercó a la masa compacta de mirones.

Como sucede siempre en tales casos, un individuo situado en la primera fila alardeaba de estar en el secreto de todo lo sucedido en el fondo de la hondonada, y sus oyentes le escuchaban

con la boca abierta para no perder concepto ni palabra. En la sima se advertía el ir y venir de los guardadores del orden, que recorrían el lugar del suceso alumbrándose con humeantes hachones.

La *Roja* se arrimó a los curiosos y pugnaba por ganar un puesto desde el que pudiera observar lo que sucedía en el sitio donde se levantó su miserable morada, aunque la contemplación de tanta desdicha le partiera el alma, cuando a sus oídos llegó la voz del curioso parlanchín que decía con el énfasis del que pretende saberlo todo:

– El que sale perdiendo en esto es el inspector que había descubierto el negocio. Tenía preparado el copo para esta noche…

– ¿Y quién es ese inspector? -preguntó uno de los curiosos.

– Claudio López.

Al escuchar aquel nombre se estremeció la *Roja*. Aquel nombre era el del compañero aparecido en la misma puerta de la choza, y en cuyos ojos quedó presa para siempre la voluntad de la mujer. A la sorpresa del primer momento siguió una sospecha horrible. Acaso el inspector y el compañero fueran la misma persona; acaso la *Roja* sirvió de víctima a una burla cruel, a un engaño incalificable. Para salir de dudas forcejó hasta ganar el borde de la sima y miró al fondo.

Al principio no vio nada: resplandores amarillentos, pequeñas columnas de humo, hombres que se movían como mineros a la luz indecisa de los hachones. La mujer afiló la mirada, clavándola con fijeza en un grupo; en el centro de él accionaba un hombre; este hombre fue poco a poco tomando rasgos conocidísimos de la *Roja*: era Claudio López.

El curioso hablador dijo verdad: bajo la piel del compañero, del amigo, del primer hombre amado por la *Roja*, se ocultaba un agente de policía. La mujer fue burlada y vendida. ¡Horrible desengaño sufrido en la misma puerta del abandono!

El desaliento de la mujer duró muy poco tiempo; la certeza de la muerte de su padre, la contemplación de los restos calcinados de su vivienda, la ruina total de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus amores, no consiguieron que se acobardara hasta el desmayo el ánimo varonil de aquella hembra, educada en la montaraz escuela de los peligros y de las privaciones. Muy al contrario, la vecindad del riesgo centuplicó sus energías, y como su permanencia en aquel lugar podía tener por término una detención que colmara los deseos policíacos de su burlador, se decidió a dejar para siempre el sitio que había sido teatro de sus correteos infantiles, de sus primeras risas, de sus primeras amarguras, librándose todo lo posible a la persecución de que iba a ser objeto cuando los agentes de la autoridad, y Claudio López el primero, advirtieran que entre los escombros de lo que fue albergue de los terroristas no se encontraba rastro de la *Roja*.

A fuerza de codazos se abrió paso en el grupo de curiosos; muchos de éstos agradecieron el envite, al ver que lo producía el cuerpo esbelto de una mujer hermosísima; no faltó quien susurró chicoleos en los mismos oídos de la triste; pero había tanta energía en la actitud de la *Roja*, que los instintos conquistadores de los más atrevidos se moderaron como por encanto para obedecer a las órdenes del respeto.

Al separarse del grupo se ofrecieron dos caminos a la *Roja*: el que llevaba a la ciudad y el que conducía al monte. ¿Cuál seguir? La ciudad era completamente desconocida para ella; dirigirse al macizo inmenso de casas que se divisaba allá abajo, cubierto por tenue nube de fosforescencia artificiosa, significaba tanto como correr al extravío, al peligro, a la detención; ir

al monte era encaminarse a la fatiga, a las privaciones, pero no a lo desconocido: todos los caminos, todos los campos, todas las montañas se parecen; allí estaba la salvación.

La *Roja* se dio a caminar sin rumbo, dando la espalda a la ciudad y subiendo siempre. De pronto se levantó ante los ojos de la fugitiva la negra mole del castillo de Montjuich. Vaciló un momento; buscando la soledad se encaminó hacia el silencio, y el silencio la llevó a la vertiente de la montaña que dominaba al mar.

Derecha sobre una roca miró el precipicio de piedras y el abismo de agua. Un instante cruzó por su mente la idea del suicidio como medio infalible para poner término a sus penas, pero se acordó de su padre muerto, de su amor ultrajado, de sus ilusiones burladas, y el pensamiento de la venganza pudo más que las voluptuosidades de la agonía voluntaria.

– Viviré -dijo- viviré para vengarme.

En aquella roca le sorprendió el amanecer; vio al sol asomarse rodeado al ras del agua; observó el hormigueo de los obreros del puerto; acariciaron sus oídos los mugidos de las sirenas, los pitos de los capataces, los rumores sordos de las máquinas lejanas, de las grúas, de los carros de transporte…; ¡todo aquello era la vida manifestándose en todo su esplendor frente a una mujer que llevaba en el corazón el peso horrible de sus amores muertos!

La *Roja* pasó el día vagando por la montaña, bebiendo agua en las fuentes naturales, mascando raíces, tallos de plantas, hojas de árboles, sin fijarse en si eran o no comestibles, pero recreándose en fraguar planes de venganza dignos por su crueldad de la magnitud de la ofensa.

La mujer aquella, más hermosa cuanto más enérgicos se dibujaban en su bellísimo rostro los rayos de la ira, había convertido su amor en odio. Todo el cariño sentido por Claudio López, desde el instante en que el falso compañero alteró con su presencia la placidez de la vida de la hija del terrorista, se transformó en un aborrecimiento imposible de saciar con los más crueles suplicios y las más espantosas represalias. En lo sucesivo la existencia de la *Roja* iba a tener un móvil, una aspiración, una necesidad: devolver a Claudio López golpe por golpe, dolor por dolor, desengaño por desengaño, burla por burla, todas las burlas, desengaños y dolores sufridos por la bravía mujer.

Llegó la noche y la *Roja* sintió la necesidad de buscar un albergue; todas las energías de su espíritu valeroso no triunfaron en absoluto de las fatigas del cuerpo, y éste, rendido por muchas horas de correteo por los vericuetos de la montaña, pedía descanso con la flojedad de los músculos y el magullamiento de la carne. La mujer miró a su alrededor, sin que sus ojos descubrieran otra cosa que rocas mondas y cortaduras sin relieves. Frente se desarrollaba la hermosa planicie que baña el Llobregat, esmaltada con risueñas masías y blanquísimos caseríos; pero aquello sobre estar muy lejos no ofrecía albergue seguro; allí se advertía la huella del hombre, y lo que la *Roja* buscaba era soledad completa, no para gemir a solas, sino para odiar con anchura.

La fugitiva empezó a descender lentamente, mirando con afán a derecha e izquierda en busca de una hendidura, de una concavidad, de un agujero cualquiera, que por angosto que fuera bastaría para dar albergue momentáneo al cuerpo esbelto de la *Roja*, y ya renunciaba a su deseo y se disponía a pasar la noche tendida sobre un lecho de guijarros, bajo un pabellón de estrellas, cuando una mancha negra al pie de disforme hacinamiento de piedras amontonadas en las orillas de la falda montañosa, le hizo recrearse nuevamente con la esperanza de un sitio de refugio.

Haciendo equilibrios en las rocas, con riesgo a desnudarse a cada paso, consiguió llegar a la mancha negra, iluminada en aquel instante por los rayos suavísimos de una luna magnífica. Sus ojos no le engañaron: la mancha era la entrada de una cueva abierta por los vagabundos quitando pedruscos de la base de la mole.

La *Roja* se dirigió resueltamente al albergue; bajó la cabeza para no tropezar con las salientes rocas, y al enderezarse en el interior, se quedó muda y estática por el pasmo: la cueva estaba ocupada.

– ¿Quién va? -gruñó una voz desde el rincón más entenebrecido.

La *Roja* instintivamente se echó fuera.

– ¿Quién va? -preguntó otra vez el inquilino con acento airado.

– Una mujer -contesta la interpelada-. Me perdí en la montaña y pensaba pasar la noche aquí.

En el interior de la cueva se escuchó nuevo gruñido, luego rumor de desperezamientos, más tarde ruido de pasos, y por último en la puerta del cubil apareció el ser más estrafalario que pudiera crear la imaginación del más despierto de los folletinistas.

Era pequeño, flaco, cabezudo, de piernas cortas, de brazos larguísimos; se boca enorme estaba en comunicación por ambos extremos con las orejas más grandes todavía; sus ojillos desaparecían como dos taladros bajo una frente estrecha y peluda; la nariz formaba ángulo agudo con la barba afilada. Vestía un chaquetón amplísimo formado por harapos que se sostenían milagrosamente; pantalón con flecos en los extremos; cubría la cabeza con desteñida barretina, y ocultaba los pies en dos zuecos de madera que por su amplitud obligaban a su dueño a caminar haciendo equilibrios.

La aparición de aquel esperpento estuvo a punto de hacer brotar la risa en los labios de la *Roja*; la presencia de la mujer, cuyas hermosas facciones recibían de lleno el resplandor de la luna, logró en cambio producir un movimiento de estupor en el ánimo del ser estrafalario.

Los dos permanecieron mudos, contemplándose de hito: ella a él con asco, él a ella con embeleso. Jamás la mujer hubo visto cosa más ruin que la que tenía delante: aquello era un mono, un cabezudo, una cucaracha muy grande, un elefante muy pequeño, todo menos un hombre. Nunca los ojillos del fenómeno se habían recreado como entonces en la contemplación de un rostro tan bello, de unas facciones tan perfectas, de un cuerpo tan esbelto. Y con mirarse durante mucho tiempo no disminuyó el asco en ella ni menguó la admiración en él.

El silencio fue roto por la *Roja*, diciendo al inquilino de la cueva:

– Vine aquí porque me figuré que no había nadie.

– Pues se equivocó usted -habló el esperpento con vocecilla cascada.

– Es cierto, y como no me gusta estorbar, me voy.

– Tanto como estorbar, no -balbuceó el inquilino algo emocionado-. La cueva es bastante grande, y una noche de cualquier modo se pasa.

Vaciló un momento la *Roja*, pero obediente a los requerimientos del cansancio, que cada vez llamaba con más fuerza en su desmayado cuerpo, se decidió a aceptar la invitación del

monstruo, quien, al saber la determinación de la fugitiva, no pudo disimular una sonrisa de alegría que se perdió en los pliegues de su bocaza inmensa.

– Bueno, pues entre usted -dijo el inquilino.

La *Roja* entró. El fenómeno tenía razón: en aquel agujero cabían holgadamente dos personas. Allí no se veía barrunto de comodidad ni asomo de mueble. Un hornillo de cemento resquebrajado y sucio, algunos cacharros de cocina averiados y pringosos y un puñado de algas secar amontonadas en un extremo: esto era todo. En cambio abundaban las estalactitas de telarañas, los colgadores de puntas de roca y las irregularidades en el suelo, donde ni por casualidad se encontraba un hueco donde acomodar la cabeza sin riesgo de clavarla en su guijarro.

– Ahí tiene usted mi cama -habló el monstruo, señalando con la mano el montón de algas-. No tengo otra.

La fugitiva no se hizo repetir la invitación. Se arrodilló sobre el deleznable lecho, buscó el sitio más conveniente donde apoyar la cabeza, se tumbó encogiendo las piernas dentro de las faldas, para no ofrecer parte alguna de su cuerpo a la curiosidad del inquilino, y a los pocos momentos, rendida por el cansancio, dormía profundamente, como si su corazón no fuera en aquellos instantes una fábrica de odios y venganzas.

El monstruo se acurrucó en otro extremo de la cueva. Desde su sitio, se veía perfectamente a la mujer bañada en la misteriosa y halagadora luz de la luna, que asomaba su cara rubicunda y burlona en el mismo dintel del cubil. La *Roja*, tendida sobre las algas, respirando plácidamente para mover sus senos con cadenciosa voluptuosidad, cubierta la frente por dorados mechones de pelo escapados de la revuelta cabeza, la boca entreabierta para lucir las perlas de los dientes en marco de coral, los ojos cerrados por un broche de sedosas y larguísimas pestañas, estaba más bella que una tentación.

El hombre se incorporó, y poco a poco se acercó a la dormida. Jamás en su existencia miserable se había deleitado en la contemplación de belleza semejante. Nunca pudo pensar que anduvieran por el mundo mujeres tan hermosas. Y aquella mujer acababa de entrársele por las puertas de su cueva, sin sospechar que todo lo que había allí dentro era del inquilino, del usufructuario, del monstruo…

El fenómeno se acercó más y más a la mujer. En aquel momento la durmiente se movió sobre su camastro, alargó las piernas y puso de manifiesto ante los ojillos hambrientos del hombre, bellezas que éste no pudo soñar siquiera en su vida miserable de monstruo en libertad.

– ¿Y por qué no he de atreverme? -pensó el inquilino-. Todo el mundo es dueño de lo que se encuentre; mucho más de lo que se le viene a la mano.

Se arrodilló junto a la *Roja*; vaciló; puso su caraza deforme al nivel del rostro bellísimo de la víctima; recibió en la boca el cálido aliento embriagador despedido por la dormida, y aquella dulce caricia, poniendo término a las dudas del sátiro, le hizo aproximar sus labios a los de la mujer y depositar en éstos un beso seco, áspero, desagradable.

Al sentir aquel roce ingrato la *Roja* entreabrió los ojos, y los abrió por completo al ver cerca de su semblante la cara repulsiva del monstruo, cuyos ojillos menudos despedían rayos de lujuria.

– ¿Qué significa esto? -murmuró la mujer con asco.

Por toda respuesta el enano extendió los brazos y fue a caer sobre su víctima, pero ésta, vuelta de la sorpresa que el suceso le produjo, se enderezó rápidamente y con fuerte empujón echó lejos de si al malaventurado seductor.

– Largo de aquí, esperpento -gritó la *Roja*-. ¡Pues no faltaba más! ¡Vaya un tío!

El sátiro, temblando de lujuria y rabia, se pegó a la pared de la cueva, encogiéndose dispuesta a saltar sobre su víctima. Esta le miró de hito en hito extrañada de que aquel montón de fealdades pudiera esconder un corazón de hombre. El monstruo vaciló un momento, se rascó la cabezota con los dedos negros y huesudos, se mordió los labios y dijo tartamudeando:

– ¿Para qué has venido? Yo no te fui a buscar; serás mía; mía aunque no quieras.

– Ven a cogerme, adefesio -gritó la *Roja*.

El hombre fue; bajó la cabezota, abrió los brazos se lanzó como una fiera hacia la mujer. La lucha duró poco rato. Otra vez el sátiro, despedido por los nervudos brazos de la *Roja*, rebotó con las paredes de la cueva, cayendo de bruces sobre el empedrado suelo, pero al momento se incorporó, metió la mano derecho entre los andrajos que cubrían su cuerpo, la sacó armada de afilado puñal y se abalanzó por segunda vez contra la mujer. el nuevo combate fue duro y formidable: el monstruo, sintiendo centuplicadas sus fuerzas por la lujuria, babeando de rabia, los ojillos menudos asomándose a las órbitas, levantada en alto el arma a la vez que se aferraba en hacer presa en la víctima para derribarla. La *Roja* se defendía con sonoros puñetazos, que sonaban a hueco en la piel apergaminada del fenómeno, logrando con uno de ellos, aplicado en los nudillos de la mano derecha del hombre, que cayera al suelo el arma amenazadora esgrimida por el atrevido asaltante de su honra. Los dedos de éste se enredaron entonces en el corpiño de la víctima del atropello, y tirando con fuerza, lo rasgaron de arriba a bajo, haciendo que por el roto de la tela asomara la carne blanca y apetitosa; pero aquel incidente, que llevó al paroxismo del delirio del violador, hizo que en el blanco de aquellas repugnantes acometidas aumentaran el coraje y el asco, y que llevando la *Roja* sus manos al cuello del monstruo, juntara los dedos en un apretón sobrehumano, zarandeara aquella cabezota repugnante, que se movió como badajo de campana, y enviara el manojo de huesos y de andrajos a chocar bárbaramente contra las aristas de los pedruscos de la cueva.

Cayó el sátiro, definitivamente vencido, gruñendo como fiera castigada, y cuando ante la actitud del hombre se convenció la *Roja* de que no era de temer un tercer ataque a la fortaleza de su honra, se arregló los desperfectos de su traje, cogió el puñal caído para ocultarlo entre los pliegues del corpiño, y encarándose con el monstruo, que rebullía como inmenso gusano en un rincón de la cueva, le dijo con acento imperioso y ademán enérgico:

– Ahora largo de aquí; vete con las sabandijas, con las cucarachas, con los sapos, con tus iguales. Esta cueva es mía, sólo mía, no lo olvides; me estorbas, me das asco… Largo, sin chistar.

El hombre no se movía, contemplando siempre a la mujer, más bella cuanto más airada, y así pasara la noche entera comiéndose con los ojos aquel cuerpo gentilísimo por cuya posesión diera la vida, si la *Roja* no reiterara el mandato con acompañamiento de persuasivos puntapiés aplicados en las partes menos descarnadas del lujurioso.

El usufructuario del cubil volvió a gruñir como un perro, pero convencido de su impotencia ante los arrestos varoniles de la hembra, se arrastró por el suelo de la cueva y abandonó su miserable vivienda, perdiéndose en la sombra de las rocas próximas.

Cuando la *Roja* se vio sola, lanzó un suspiro de satisfacción, se tumbó sobre el montón de algas secas, puso su mano derecha en contacto con las empuñaduras del puñal, y cerrando los ojos se entregó sin resistencia a los imperiosos requerimientos del cansancio.

CAPÍTULO VI

El sol, acariciando con sus rayos calientes el rostro de la dormida, le hizo abrir los ojos. Su primera mirada fue de profunda extrañeza. Aquella cueva angosta, aquel pedazo de mar que se veía detrás del marco de guijarros, aquel techo de telarañas, le sorprendieron al principio como sorprende todo lo que no se espera. Pero al momento despertó su memoria, y al dar un rápido repaso al memorial de sus desdichas, se sintió víctima de los ahogos de la pena, y lloró ¡lloró por vez primera en su vida!

¡Y qué sensación tan extraña le produjo el cosquilleo de las lágrimas deslizándose lentamente por las mejillas!

Aquello fue un instante de debilidad; pronto reapareció la hembra montaraz, la mujer bravía, y el recuerdo de su trágica orfandad reciente, de su desengaño amoroso, de su miseria, de su abandono, de sus peligros, se borró en el encerado de la memoria con la esponja de una idea halagadora y predominante: la idea de la venganza.

Venganza, sí; hacer sufrir al hombre que le robó villanamente el corazón, dolor por dolor, pena por pena, engaño por engaño, burla por burla, cuantas burlas, engaños y penas habían producido las víctimas de la explosión en la hondonada de Montjuich; no una venganza rápida, no: la muerte lleva en sí el consuelo de ser término de sufrimientos; una agonía lenta, inacabable, eterna, era lo que la *Roja* deseaba para el hombre que le abrió el corazón con la llave del amor para que lo inundara el odio.

¿Pero cómo vengarse una mujer obligada a vivir oculta, sola, pobre, misérrima? ¿De qué manera llegar hasta el traidor para poder herirle, una, cien, mil veces? ¿Qué camino conducía más derechamente a la venganza? ¿Cómo recorrerlo?

Estas preguntas se hacía la *Roja* al mismo tiempo que se asomaba a la boca de la cueva para refrescar su frente con las brisas matinales. Los ojos de la infeliz se pasearon por el mar azul y risueño, por los verdes y floridos tableros de la campiña del Llobregat, y cuando los bajó para contemplar las rocas puntiagudas que servían de amplísima escalera a la gruta, descubrieron un bulto que, sentado en una piedra, parecía montón de trapos tirados en un vertedero de la montaña.

Al ver aquel bulto se acordó la *Roja* del incidente de la noche última, de su lucha con el sátiro, de su triunfo sobre el fenómeno, de su asco. El monstruo estaba allí; a veinte pasos de distancia, y se deshojaba mirando a la mujer, pero no con hambre de caricias, con sed de besos, con lujuria, sino humildemente, cobardemente, amorosamente. No se atrevía a moverse ni a decir palabra. De su boca salía un rumor parecidísimo al que producen los sollozos.

La *Roja* meditó un momento; se acordó de su soledad absoluta en un mundo en el que la suerte le permitió conocer tan sólo las lobregueces de una sima; se dijo que el odio al hombre, alimentado por reciente desengaño, no podía alcanzar a tan equívoco representante del rey de

la creación como aquel que miraban sus ojos; pensó que el fenómeno acaso estuviera arrepentido de sus atrevimientos pasados…

La fugitiva hizo un gesto de decisión y apuntando con la mano al bulto, la movió pausadamente, uniendo a la acción un ligero siseo de los labios. El bulto se enderezó con torpeza, se quedó en actitud indecisa, pero tras una nueva invitación de la mujer avanzó medroso y vacilante. Cuando estaba a dos pasos de la mujer se detuvo.

La *Roja* contempló a su enemigo vencido y se quedó estupefacta ante tanta fealdad; si de noche, lleno de lujuria, le pareció horrible, de día, a la luz del sol, en plena naturaleza, lo encontró sobrehumanamente espantoso. Podía la *Roja* hablar con él sin quebrantar el propósito de odio implacable al hombre; aquel ser tenía de humano lo mismo que un espantapájaros: los harapos.

– ¿Cómo te llamas? -preguntó la mujer.

– No lo sé -contestó el fenómeno.

– ¡Cómo qué no lo sabes!

– No, desde chico me llaman de una manera, pero creo que no es mi nombre.

– ¿Cómo te llaman, pues?

– *Rap*.

– ¿Y qué es eso?

– Un pez muy negro y muy cabezudo, que tiene la boca muy grande, los ojos muy pequeños…

– ¡Ya! -murmuró la *Roja*, no pudiendo disimular una sonrisa-. ¿Y de qué vives?

– De muchas cosas. Pido limosna, voy a buscar las sobras del rancho en los cuarteles, cojo colillas, tiro del *art*; todo lo que sale.

Hubo unos instantes de silencio. Los dos interlocutores no se miraban, absortos en sus respectivos pensamientos. Fue la mujer la que reanudo el palique.

– ¿Estás arrepentido de lo de anoche? -preguntó.

El hombre, por toda respuesta, avanzó los dos pasos que lo separaban de la *Roja*, se arrodilló humildemente, movió los párpados para que se desprendieran los gruesos lagrimeos, y murmuró con voz tan débil que apenas acarició los oídos de la ofendida:

– ¡Perdón!

En presencia de tanta humildad sintió también la *Roja* un amago de enternecimiento. Aquel monstruo, con todas sus fealdades, era un desgraciado; lo mismo que ella con todas sus bellezas. Podrían entenderse.

– Perdonado -dijo la mujer- pero prométeme no hacerlo más.

– Lo prometo, lo juro. Anoche estaba loco, rematadamente loco. No sé como me atreví a mirarla siquiera. ¿Pero de veras no me guardará usted rencor?

– De veras.

– Pues entonces hágase cuenta que tiene delante un perro. Si me manda que me vaya, me iré; si su gusto es que me quede, me quedaré. ¿Qué hago?

– Quédate.

– Y usted ¿qué piensa hacer?

– Me quedo también.

– ¿Conmigo?

– Contigo.

El hombre no salí de su estupefacción; el cambio de la cueva en maravilloso palacio no le causara mayor sorpresa que verse obligado a compartir su mísera vivienda con una mujer tan soberanamente hermosa; y para que diera crédito a las palabras de la *Roja*, fue preciso que ésta se permitiera una pequeña expansión con su futuro compañero.

– Como tú, estoy sola -le dijo-. He sido burlada y vendida. No tengo cama donde dormir, silla en que sentarme, palabra de consuelo para la pena, pedazo de pan para el hambre. En mi corazón no hay más que odio, odio para un hombre, odio para todos los hombres, porque todos son iguales, todos.

– ¿También yo? -preguntó *Rap* con miedo.

– Tú no eres hombre -contestó la *Roja*-. Pero por lo mismo que no eres hombre puedes acompañarme, comprenderme, ayudarme. ¿Tú no sientes como yo odio hacia todo el mundo?

– Sí.

– ¿No darías lo que te queda de vida por repartir tu abandono, tus desgracias, tus fealdades entre todos los demás?

– Sí.

– ¿No sientes necesidad de herir, de hacer daño, de matar, de vengarte?

– Sí.

– Ya ves como me puedes acompañar, comprenderme, ayudarme.

– Y te acompañaré a donde vayas, te comprenderé hasta donde pueda, te ayudaré en todo lo que me mandes. Tú ordenas y yo obedezco. Por ti, por complacerte, por servirte, me creo capaz de todo. Y como premio a mi lealtad me daré por satisfecho con que de tarde en tarde permitas que te mire; nada más que mirarte, y con que si algún día, rodando por el mundo, encuentras algún hombre que te convenga, me lo avises con tiempo para ir a contar mis penas a los pulpos del mar.

– No tengas miedo a lo último, *Rap*; si tú no eres hombre, yo tampoco soy mujer; esta carne se pudrirá sin que nadie la haya tocado. Y respecto a lo primero, mírame cuanto quieras; a la fuerza de contemplarme es posible que te parezca fea, como a fuerza de verte es posible que te encuentre hermoso; todo es cuestión de costumbre.

– ¿De modo -preguntó el hombre- que serás siempre mi dueña?

– Tu dueña no; tu igual, tu amiga, tu compañera.

– ¡Mi compañera! -murmuró *Rap* radiante de alegría.

– Sí, tu compañera.

– Yo no quiero tanto. Pero te lo agradezco ¡vaya si te lo agradezco! Y en prueba de ello voy a darte una prueba de confianza. ¿Tienes dinero?

– ¿Y qué es eso? -preguntó la *Roja*.

Rap se echó a reír y riendo dijo:

– ¿De veras no sabes lo que es el dinero?

– No lo he tenido nunca. Sólo sé que es una cosa muy sucia, muy mala…

– Pero muy necesaria.

– ¿Para qué?

– Para todo.

– ¿También para vengarse?

– También para eso.

– Pues no lo tengo.

– Afortunadamente yo no digo lo mismo.

Así hablando se quitó *Rap* la barretina, buscó en el forro un sitio donde la tela ofrecía mayores garantías de solidez, descorrió un zurcido burdo, y del interior de la sobada prenda sacó un pequeño envoltorio.

– Este es el dinero -dijo- que ha pasado por mis manos durante toda la vida. Yo no he gastado un céntimo en casa, en comida ni en vestido. Aquí están todas las limosnas, todas las propinas, el producto de todas las ventas de colillas, de trapos, de desperdicios. Mira, hay plata, hay billetes; más de cien duros. No es mucho, pero para empezar puede ser que baste. Aquí lo tienes, tuyo es, tíralo si en ello encuentras gusto. ¡Luego dirás que no te agradezco el que me hayas llamado compañero!

La *Roja*, un tanto conmovida ante aquel arranque de generosidad, agradeció el ofrecimiento de *Rap*, con promesa de utilizarlo cuando fuera conveniente a los propósitos de venganza de la varonil mujer.

– ¿Y ahora qué hacemos? -preguntó el hombre.

– Pensémoslo -contestó la *Roja*.

Para pensarlo con más comodidad se sentaron en la entrada de la cueva. Frente a ellos se desarrollaba el mar en inmensa y brilladora planicie; a sus espaldas el macizo de la montaña de

Montjuich; detrás de la montaña la ciudad populosa entregándose con febril empeñó a los afanes de la vida.

En la conversación de la *Roja* y *Rap*, llevó el hombre la voz cantante, alardeando en presencia de la montaraz belleza de su conocimiento del mundo, adquirido a costa de burlas y puntapiés; y fruto de aquel palique fue determinarse la pareja alquilar un tenderete cualquiera en el sitio más oculto de los alrededores de la población, en el que pudieran dedicarse a la modesta industria de los merenderos de menor cuantía.

Decidido este extremo, faltaba elegir el punto donde iban a sentar sus reales, y como *Rap*, por su condición de anfibio, tenía necesidad de vivir en las proximidades del mar, propuso que fuera aquella misma montaña teatro de sus futuras empresas, pero la *Roja* se opuso terminantemente a tal pretensión, diciendo que aquel montón de pedruscos coronados por un castillote negro le inspiraban profunda antipatía.

– Bueno -replicó humildemente el hombre- pues donde tú quieras.

– ¿No hay montañas también al otro lado? -preguntó la *Roja*.

– ¡Ya lo creo!

– Pues vamos a ellas; cuanto más lejos de aquí mejor.

Se levantaron; se arregló un poco la mujer, sacudiendo las faldas y atusándose el pelo con instintiva coquetería, hizo el hombre un atillo con media docena de chismes de cocina, pero en el momento de emprender la marcha dijo la *Roja*:

– ¿Para ir a ese sitio habrá que pasar por la ciudad?

– Naturalmente.

– Entones no voy.

– ¿Tienes miedo? -preguntó *Rap* extrañado de aquella determinación.

– ¡Miedo yo! -exclamó la mujer-. Lo que tengo es rabia.

– Una cosa podemos hacer -habló el fenómeno-. Subiremos hasta Sans y luego por San Gervasio vamos a Horta.

– Como tú quieras.

– ¿Andando?

– Andando.

La singular pareja necesitó casi todo el día para dar el rodeo enorme, deteniéndose tan solo breve rato en un ventorro, donde hicieron frugalísimo refrigerio que supo a la *Roja* a sibarítico banquete, y ya el sol rozaba la cumbre del Tibidabo, cuando *Rap* dijo a su compañera:

– Ya estamos; aquí hay sitios muy a propósito para lo que queremos.

La *Roja* miró a su alrededor, y efectivamente, el lugar le pareció de perlas; montañas vestidas con pinares, barranqueras, fuentes, arboledas, *torres* lujosas de trecho en trecho, *masías* viejas, cabañas miserables; un conjunto abigarrado que marcaba los linderos de la ciudad y el campo.

La suerte favoreció los planes de la pareja; habían dado muy pocos pasos recorriendo a la ventura aquella vericuetos, cuando en un rincón escondidísimo, junto a manantial abundoso, dentro de espesa arboleda, vieron un tenderete de madera y un cartel en el que el dueño anunciaba su deseo de traspasar el merendero.

Rap se puso al habla con el industrial, un tipo mal encarado que vivía solo en el cuchitril y que abandonaba el campo por pésimo cariz del negocio, y al poco rato de conversación se último el asunto, entrando en el traspaso, no solo el tenderete y útiles más necesarios para la modesta industria, sino también el mísero menaje del vendedor.

– Toma y daca -dijo el compañero de la *Roja*- y quitándose la barretina, puso moneda sobre moneda, en la manaza abierta del industrial, el precio del traspaso.

– Salud y buena suerte -gruñó el hombre embolsándose buena parte del tesoro del fenómeno-. Y no dudo que la tendrán; tú por feo y ella por guapa van a ser ganchos de primera.

Quedaron solos la *Roja* y *Rap* en su nuevo domicilio, que aunque angosto y miserable, podía aceptarse como un palacio comparado con el que acababan de dejar, y tuvo entonces el monstruo la primera satisfacción legítima de su vida: se encontraba en su casa, le estaba permitido darse el goce de cerrar una puerta, se sentaría en una silla, y hasta durmiera en una cama si en al choza hubiera más de un catre y éste no correspondiera de derecho al gentilísimo cuerpo de su compañera.

– Esto va bien -dijo *Rap* frotándose las manos de gusto-. Ese hombre tenía razón. Pienso que haremos negocio. ¿No te lo parece a ti también?

– No.

– ¿Por qué?

– Porque aquí no hemos venido a hacer negocio.

– ¿A qué venimos pues?

– A vengarnos.

– ¿De quién?

– Primero de un hombre, después de todos los hombres. Ya sabes lo que hablamos en la cueva. Los dos hemos sido burlados, engañados, escarnecidos. Tenemos deudas de sangre por satisfacer, mentiras que pagar. Ahora mismo, al venir a estos lugares y ver esos palacios magníficos, esos jardines espléndidos, esos coches riquísimos, todo para el goce de unos cuantos, que son los menos y que no son los mejores, pensé en mi padre, en mi pobre padre, en los compañeros, y pensé también en el infame, en el traidor, en el espía…

La *Roja* calló; la rabia le impidió hablar; sus ojazos negros despedían rayos de cólera, sus dientes blanquísimos mordían sin lastimar en las pulpas de los labios, sus senos se agitaban con descompasado movimiento. En aquella actitud, derecha e inmóvil en mitad de la mísera estancia, mirando con fijeza el fantasma de su odio, estaba imponente y también hermosa, más hermosa que nunca, y así debió comprenderlo *Rap*, quien la contemplaba mudo, absorto,

estático, pronto a caer de rodillas para adorarla como se adora una imagen, y lamerle los pies como los lame un perro.

De pronto la mujer se encaró con su compañero, le miró de alto a bajo, y después de breves instantes de meditación, le habló despacio y con halagador acento:

– Esta mañana te dije que no eras un hombre.

– Y no lo soy -murmuró el fenómeno- y no lo soy porque tú no quieres que lo sea.

– Pues he cambiado de opinión; necesito que seas hombre, tan hombre como el primero.

– ¿Para qué? -preguntó *Rap* con desaliento y tristeza.

– Para ayudarme, para servirme, para obedecerme en todo. ¡Y quién sabe! Tan grandes pueden ser tus obras que acaso algún día hagan el milagro de que me parezcas hermoso.

CAPÍTULO VII

El merendero de *Rap* lo componían un cobertizo sostenido por cuatro maderos, dos largas mesas, cuatro bancos rústicos, todo esto destinado a los parroquianos, y un casucho de tablas mal unidas, dividido en tres compartimentos que recibían luz y aire por estrechas ventanas abiertas casi al ras del suelo.

El negocio daba muy poco de sí. Únicamente los domingos llegaban al rincón aquel alguna pequeña muestra del desbordamiento de la alegría de la ciudad. Los restantes días de la semana transcurrían sin que alma viviente se acercara al tenderete.

Es verdad que a tal lentitud en la marcha del negocio contribuía el carácter de la *Roja*, pues a querer ella usar del anzuelo de su belleza en la pesca de parroquianos, no bastara el cobertizo para servir de albergue a los hombres que acudieran al rincón aquel de la montaña, deseosos de rendir tributo admirativo a la compañera de *Rap*. Lejos de esto, la mujer hacía estudio especial para no abandonar el escondrijo de la cabaña siempre que escuchaba rumor de voces en el cobertizo, manera de proceder que, aunque resultara en daño del negocio, colmaba los deseos de *Rap*, quién, desempeñando a conciencia su papel de perro leal, gruñía sordamente siempre que la miraba de un consumidor se afanaba en descubrir lo que se ocultaba detrás del tabique de tablas que separaba la vivienda del cobertizo.

Aquella existencia monótona y enervante hubiera producido el hastío en el ánimo de la *Roja*, si ésta, para alivio de su aburrimiento, no se dedicara a todas horas al repaso de su desgracia y a la reiteración de sus propósitos de venganza. Discurría constantemente en el medio más rápido de llevar a la práctica sus insanos deseos, sin que en su perezosa, imaginación brotara la luminosa idea, y ya iba sintiéndose acometida por la rabia de la impotencia, cuando, un incidente que alteró la calma absoluta en que vivían aquellos dos seres originales, sirvió de acicate para que los proyectos de la mujer cristalizaran en una realidad próxima y vituperable.

Un día, tras de breve ausencia, volvió *Rap* al merendero llevando un paquete de periódicos viejos. Era la hora triste del atardecer, más tiste todavía en aquel lugar escondido entre pinos y

zarzales, al que no llegaba ni el más leve rumor de denunciara la vecindad cercana de una población inmensa. La *Roja* y *Rap*, después de hacer simplísima colación, se disponían a entregarse a sus respectivas cavilaciones, cuando la primera, acordándose del lío de papeles llevado al merendero por el hombre para envolver en ellos las ruines mercancías de su comercio, preguntó al monstruo:

– Dime, *Rap* ¿sabes leer?

– Y escribir también; me enseñó un maestro de escuela que tiraba del *art* conmigo.

– Pues entonces léeme cualquiera de esos papeles. Esto nos distraerá.

Rap, obediente como siempre a los menores caprichos de su amiga, deshizo el paquete, cogió el primer periódico con que toparon sus manos y se dispuso a leerlo a la luz temblona de viejo quinqué, adquirido, como todos los utensilios de la vivienda, en la feria de los Encantes.

El lector paseó la vista por el pliego impreso la detuvo en un título que en letras muy grandes decía «El terrorismo en Barcelona».

– ¿Quieres que lea esto? -preguntó *Rap*.

– Ya lo creo -murmuró la *Roja* estremeciéndose ligeramente.

Rap leyó, y fue casualidad grande que en el periódico aquel correspondiente al día que siguió al de la explosión en la cabaña de Montjuich, se hacía un relato detallado del suceso y se comentaba éste en forma que a la memoria de la *Roja* volvieron todos los recuerdos de la horrible catástrofe. Por este medio vio la mujer confirmadas todas sus sospechas, supo la parte principalísima que tenía en sus desdichas el falso anarquista Claudio López, y averiguó que, lejos de recibir el traidor el castigo merecido por su felonía, había alcanzado el infame un ascenso en su carrera.

Cuando *Rap* terminó la lectura, se sorprendió viendo a su compañera derecha en mitad de la estancia, la mirada fija en las tablas del techo, los labios apretados, las mejillas encendidas, el pecho palpitante y los puños prietos, en la postura y el ademán de quien está próxima a dejarse arrastrar por el demonio de la ira.

– ¿Qué te pasa, *Roja*? -preguntó el hombre.

– Lo vas a saber -dijo ella- y te voy a dar con esto una prueba de confianza que no sé si mereces.

– Sí, la merezco -gritó el fenómeno.

– Luego lo veré. Acabas de leer que en la falda de Montjuich hubo una explosión en una cabaña…

– Sí.

– Esa cabaña era la mía. Que en la explosión murió un hombre llamado Damián…

– Sí.

– Ese hombre era mi padre. Que el que descubrió la existencia de la choza, el que averiguó la vida de sus moradores, el que preparó su detención, se titulaba inspector de policía y se llamaba Claudio López…

– Sí.

– Pues ese traidor era mi novio. Sí, mi novio. Un día se apareció a mis ojos vestido con el traje de los que trabajan, me dijo que era un compañero, me gustó su aspecto, sus modales, y yo que no sabía nada del amor, porque enterrada en vida en las honduras de una sima, jamás me vi en ocasión de aprenderlo, le quise, con toda mi alma, como sólo se quiere una vez. Y aquel hombre era lo que parecía; me engañó con su traje, con sus palabras, con sus miradas; me mintió, y no contento con haberme robado la alegría, me dejó sin padre, sin amigos, sin casa… ¿Puede haber, *Rap* mayor infamia?

Rap escuchaba anhelante y mudo de sorpresa. Comprendía entonces muchas cosas, que no acertaba a explicarse, de la vida de su compañera; su aparición misteriosa en la cueva de Montjuich, su empeño en huir de la ciudad, su odio hacia los hombres, sus afanes de venganza…

– Y ese infame -siguió hablando la *Roja*- se pasea tranquilo por la población, disfrutando el premio de sus felonías, mientras yo me veo condenada a esconderme a vivir abandonada, sola…

– Sola, no -interrumpió *Rap*-. Me parece que yo…

– Tú no puedes acompañarme, porque no puedes odiar como yo. Tú te conformas con tu suerte, no envidias, no aborreces. Eres demasiado bueno; o mejor dicho, demasiado tonto.

– Yo odio tanto como tú y más que tú -gritó *Rap*-. Si me ves callado es porque nada puedo hacer; pero en vano he sido blanco de todas las burlas, víctima de todos los ultrajes, objeto de todos los atropellos.

– ¿De modo que tú también aborreces a Claudio López?

– A ese más que a nadie, tanto por haberme amado como por haberme vendido.

– ¿Te vengarías de él?

– Sí.

– ¿Cómo?

– Matándolo.

– Es poco.

– ¡Poco!

– Sí, muy poco. La muerte es padecimiento muy corto.

– Pues di ¿cómo?

– Primero robándole la tranquilidad, después la honra y por último la vida.

– Piensa como he de hacer todo eso, y tardarás tú más tiempo en quererlo que yo en ejecutarlo.

– Lo pensaré.

Desde aquel momento se entregó la *Roja* con afán digno de mejor causa a madurar proyectos de venganza, y ocupándose en tan innoble tarea llegó la hora en que ordinariamente se entregaban al descanso los inquilinos del merendero de Horta.

En el instante en que la *Roja* se disponía a encerrarse en el cuchitril donde se extendían las tijeras del catre, dejando a su compinche que durmiera sobre el duro suelo, la detuvo el monstruo para preguntarle con voz temblona:

– Oye, *Roja* ¿estás bien segura de que no quieres a ese hombre?

En los ojos de la *Roja* brilló un relámpago de ira, y con retintín, llevándose el compás con duro taconeo, dijo:

– Lo aborrezco tanto que me veo dispuesta a amar al que me ayude en mi venganza.

Aquella noche la pasó la mujer en vela, trazándose un plan de venganza; *Rap* tampoco cerró los ojos, soñando despierto con dichas embriagadoras. El nacimiento del día sorprendió a la pareja sin haber pagado al cansancio el tributo de unos minutos de ensueño.

Cuando la *Roja* apareció en la puerta de su camaranchón estaba radiante de hermosura y de felicidad. Se había trazado una senda que la llevaba en derechura al logro de sus propósitos.

– Una cosa me ha sorprendido mucho de lo que me leíste anoche -dijo a *Rap*.

– ¿Qué?

– Pues que en todo aquello ni una sola vez sale mi nombre; cosa que no deja de ser muy chocante.

– Es verdad.

Los dos compinches hablaron largo y tendido del plan pensado por la *Roja*, y en cuyo desarrollo jugaba el hombre papel muy principal. Entonces pudo verse el dominio absoluto que tenía la mujer sobre su compañero. Este no hizo la más pequeña observación, ni manifestó la menor sorpresa que pudiera interpretarse como vacilación a cobardía.

Cuando terminó el palique, *Rap* abandonó la choza y se encaminó a la ciudad. La *Roja* se encerró en el merendero, quitando antes del cobertizo todos los objetos denunciadores del comercio que allí se practicaba. En su plan entraba la cesación de la industria para vivir en completa soledad.

A media noche volvió *Rap*. Se encerraron en la cabaña, y el hombre sacó de los inmensos bolsillos de su chaquetón varios paquetes y un libro sucio y sobado.

– Me ha costado mucho tiempo encontrar el escondrijo, pero escarbando donde me dijiste pude dar con ello y aquí lo tienes.

– ¿Te ha visto alguien? -preguntó la *Roja*.

– Nadie; por los alrededores de la sima no pasa alma viviente. ¡Vaya un sitio escondido! Aun quedan restos de su casa.

– Bueno -interrumpió la *Roja*- ya es tarde. Vamos a dormir y mañana manos a la obra.

El siguiente día lo empleó la pareja en manipulaciones extrañas. *Rap* leía en el libro fórmulas, la *Roja* le escuchaba lentamente; luego metían sustancias, clavos y pedazos de hierro en un recipiente; aquello debía ser cosa muy delicada y expuesta, a juzgar por los cuidados puestos sen la operación. Al caer la tarde habían concluido el trabajo, y la *Roja* y *Rap* se miraron con el íntimo goce de quien ha dado término a una empresa arriesgada. Y sin embargo, entonces empezaba el verdadero peligro.

El merendero de Horta fue testigo de original disputa. El monstruo se rebeló por primera vez contra la voluntad omnímoda de su ídolo.

– He de ser yo -gritó *Rap*-. No quiero que tú te expongas, que te descubran, que te cojan.

– Pues yo digo que sí, y que sí ha de ser -replicó la mujer.

– ¿Por qué?

– Porque estas cosas las hace una mujer mejor que un hombre. Un paquete en mis manos no llamará la atención de nadie.

– ¿Y el peligro?

– No hay peligro. Entro en cualquier casa sin portería, subo al primer tramo de escalera y al salir… cuestión de un momento.

– Pero…

– No hay pero que valga. Es cosa decidida -*Rap* calló; contra la voluntad de la *Roja* no le quedaba ni el recurso de la fuerza, porque recuerdos tenía de los vigores de la hembra; oponerse a las determinaciones de aquella mujer bravía era tanto como empeñarse en derribar un roble a soplos.

Amaneció el día siguiente; pasaron largas, interminables las horas de la mañana, y al empezar la tarde cogió la *Roja* un bulto envuelto en un pañuelo, y despidiéndose de *Rap*, que la vio ir con los ojos preñados de espanto, tomó el camino de la ciudad.

La singular mujer no conocía Barcelona; alguna que otra vez asomándose a lo alto del precipicio de la montaña de Montjuich, que servía de muralla a su curiosidad infantil, vio la mole gris del caserío inmenso, cubierta por la neblina espesa de los humos del trabajo; esto era todo; pero si no conocía la ciudad, en cambio la odiaba por creerla teatro de todos los crímenes, centro de todas las infamias, foco de todas las injusticias, y se la figuraba de esta manera, porque así la pintaban los odios insaciables y las envidias inextinguibles de los terroristas.

Siguiendo las instrucciones de *Rap* se entró por el poblado de Horta, y sin perder de vista los rieles del tranvía, caminó sin descanso hasta llegar a las calles céntricas de la población. El contacto de la gente, el movimiento del tráfico, el timbreteo de de los tranvías, el rodar de los carruajes, el rumor de las conversaciones sostenidas en voz alta por los transeúntes, la contemplación de casas magníficas, de tiendas lujosas, de portales exuberantes de luz, los codazos, los pisotones, los gritos de los vendedores ambulantes, no consiguieron un momento distraerla de sus propósitos insanos. Muy al contrario: su imaginación anquilosada por el

machaqueo del odio, le hizo creer que todas las gentes eran felices, que todos los hombres eran malos, que todos conspiraban contra la paz y la dicha de los humildes, de los pobres, de los buenos… Indudablemente lo que su padre realizaba era una obra de justicia, y ella cumplía un deber prosiguiéndola, aunque en ello se jugara la vida.

A su paso por las calles de la ciudad algunos transeúntes, sorprendidos por la belleza de aquella mujer, que corría mejor que andaba, como si le corriera mucha prisa llegar al punto de su destino, le tributaron homenaje del requiebro debido a las hermosas; pero la *Roja*, lejos de agradecer el obsequio, lo tomó a burla, y aquellos atrevimientos le dieron alas para pasar por las calles como una ráfaga de aire.

Siguiendo la *Roja* las ondas de ruido y de claridad que venían del centro, llegó a la Rambla; la recorrió en un buen trecho; se metió por una de las calles que desembocan en la vía amplísima; acortó el paso para mirar el interior de los portales; vio uno en el que la oscuridad y el silencio le dieron a entender la falta de guardianes; entró; subió unos cuantos escalones, y al no escuchar ruido alguno, bajó de nuevo; esperó un momento en que por la acera no pasaba nadie; agachándose con rapidez dejó en un rincón del portal el bulto, sin olvidarse de invertirlo, y fuera otra vez a la calle para mezclarse con la muchedumbre que se desbordaba por todas partes en masa compacta de carne sudorosa y anhelante.

La *Roja* se paró a mirar los escaparates de las tiendas, sin que ninguno de los ricos objetos que veía le llamaran la atención: también es cierto que no conocía el uso de ninguno de aquellos chirimbolos. Un mozalbete se atrevió a murmurar en los oídos de la mujer una proposición amorosa; ella extendió el brazo, y el atrevido fue a chocar con el soporte de hierro de una farola, sin ganas para repetir el envite. Un guardia del orden público que presenció el varonil arranque no pudo disimular una sonrisa de satisfacción, y estuvo a punto de felicitar a la iracunda moza.

Pasaban los minutos: la *Roja* se impacientaba y miraba con el rabillo del ojo el portal donde había depositado el bulto; al ver que el tiempo transcurría en balde, tuvo miedo, miedo a su torpeza, a la torpeza de *Rap*, o a la inutilidad del librejo llevado por el fenómeno al merendero de Horta.

De pronto, del portal salió una llamarada inmensa, y se escuchó una detonación seca, ensordecedora, formidable. Al estallido bárbaro siguieron gritos de angustia, de dolor, voces de auxilio, rumor de gente que huye despavorida. La *Roja*, siguiendo el impulso de la gente, se alejó del lugar del suceso, para acercarse más tarde con los primeros curiosos. Sentía una curiosidad muy grande de ver los efectos de su obra, y sobre todo de descubrir entre las personas que formaban en primera línea una cara tan conocida como odiada.

Logró sus deseos; en el mismo portal, manoteando como quien da órdenes, pálido por la indignación, mordiéndose los labios de rabia, estaba un hombre: aquel hombre era el inspector Claudio López.

Al ver a su novio de un día, al que con palabras engañosas le abrió los ojos al amor, al causante de la muerte de su padre, el autor de su dicha de una hora y de su desgracia eterna, sintió la *Roja* en su cerebro una oleada de sangre. En aquel momento se convirtió la amiga de *Rap* en imagen del odio y en símbolo de la venganza.

El desbordamiento de las malas pasiones no fue tan grande que obligara a la *Roja* a cometer una imprudencia, y como de continuar en aquel sitio corría el peligro de ser descubierta por su enemigo, y como nada tampoco le quedaba por hacer en el teatro de su crimen, decidió tomar sin pérdida de tiempo el camino del merendero.

El regreso no era empresa fácil para quien como ella desconocía completamente las calles de la ciudad. Para orientarse, como antes se dejó guiar por el ruido, ahora iba en busca del silencio; y el silencio la llevó al puerto. Al verse la mujer en la oscuridad de los muelles se dio cuenta de que se había extraviado, y como a la hora aquella era inútil el auxilio de los ojos para hacerlos servir de brújula que la guiara a un sitio relativamente cercano a su vivienda, donde pudiera preguntar a cualquier transeúnte sin temor a despertar sospechas, decidió pasar la noche al abrigo de un montón de mercancías, esperando pacientemente a que el sol acuerda en su auxilio.

Pasó la noche acurrucada en un hueco de tablas. Al despuntar el día salió de su escondrijo y se puso a mirar a la ventura; el instinto le llevó al parque; vio montañas cerrando el horizonte y se dirigió hacia ellas por el paseo de San Juan; en esta vía observó rieles en el suelo; los siguió decididamente, y al llegar al templo en construcción de la Sagrada Familia y reconocer la mole de piedra por haberla visto el día anterior, se creyó por fin orientada.

Pero sucedió que al salir de Horta equivocó la senda por la llevada al merendero, y subiendo siempre por la falda de la montaña, llegó a un sitio desde el que se veía el cobertizo ocultándose en las frondosidades de una barranquera. Tenía que bajar otra vez, y después de detenerse breves momentos estudiando el terreno para no sufrir nueva pérdida de tiempo, se fijó en una choza solitaria como punto de orientación segura para luego ir en línea recta en demanda de su vivienda.

Descendió al llano, llegó a la choza que le servía de norte, y en el momento de dirigirse derechamente al merendero, se detuvo para escuchar desgarradoras voces de auxilio que salían del interior de la cabaña. Aquellas voces eran producidas por la garganta de un niño, y como siempre las penas infantiles excitaron la compasión hasta en los pechos más endurecidos por el sufrimiento, la *Roja*, después de breve vacilación, apoyó su hombro izquierdo en la puerta de la choza, cedieron al vigoroso empuje las tablas carcomidas, y al penetrar la mujer en la estancia, vio sobre un montón de paja sucia a un niño fuertemente maniatado que, después de reunir sus fuerzas en un supremo grito, se desmayó sobre su lecho ruin.

La *Roja*, obedeciendo a uno de esos generosos impulsos tan frecuentes en la mujer, se inclinó sobre el niño, le libertó de las ligaduras, y cogiéndole con sus robustos brazos tomó con él rápidamente el camino del merendero.

¡Contraste inexplicable! La que horas antes sembraba la muerte en las calles de la ciudad para satisfacer su odio, obedecía luego los mandatos de la compasión realizando una obra de amor.

CAPÍTULO VIII

Hubo un día en que Claudio López pudo ser el hombre más feliz del mundo. Fue este día aquel en que la explosión de una bomba en Montjuich, dentro del escondido refugio de los terroristas, dio al afortunado agente crédito y fama bien ganados. El triunfo del noble investigador, que tomando el nombre de Bofarull supo descubrir los secretos y desbaratar los planes de una banda terrible de enemigos de la humanidad, ocupó la atención de la gente durante mucho tiempo. El ascenso ganado por tan meritoria hazaña, fue premio insignificante para Claudio López si se le compara con la explosión de plácemes de que hizo blanco la gratitud del vecindario.

Y sin embargo, el héroe policíaco distaba mucho de ser feliz. Cogido en las mismas redes que él tendiera, presa del amor en la misma mansión del crimen, enamorado locamente del objeto de sus persecuciones, los aplausos, los parabienes, los premios, sonaban en sus oídos con ecos lúgubres de burlas sangrientas. ¿Qué le importaban la gloria y la fortuna sino tenía a quien ofrecerlas? Pongan a un hombre en una isla desierta, cólmenle de honores, de privilegios, de grandezas, y verán que el favorecido con tantos dones siente por ellos absoluto desprecio: ese hombre era Claudio López, quien al no descubrir rastro de la mujer amada, se creyó solo en el mundo, y la soledad jamás se distrajo con necias vanidades.

A la brutal emoción causada a López por el estallido de la cueva en la hondonada de la montaña, siguió un ansia loca por descubrir los restos de la hija del terrorista; para ello descendió al fondo del pozo, ayudó a los obreros en la triste tarea de recoger los restos de las víctimas, y cuando se convenció de que en aquel montón de miembros despedazados no había ninguno que, por su delicadeza y finos contornos, pusiera ser atribuido a cuerpo de mujer, tuvo un instante de intima satisfacción.

Indudablemente María, la hija del terrorista, se había salvado de la catástrofe; pero ¿cómo? ¿por dónde? El agente hizo un examen detenido de la sima; a pocos pasos de la choza humeante descubrió la techumbre intacta, y bajo ella un lecho en el que todavía se advertían las huellas del durmiente. Su olfato de enamorado venteó al ser querido.

– Aquí estaba ella en el momento de la explosión -se dijo-. Vive, vive, no me cabe la menor duda. Mientras yo corría a la ciudad en demanda de auxilio, la infeliz huyó por instinto de este antro. Vive, y acaso me espera, acaso me busque; la encontraré, aunque tenga que revolver la ciudad hasta en sus cimientos, aunque pierda la vida en mi empeño, aunque me juegue la honra…

Efectivamente, desde aquel día se consagró Claudio López en cuerpo y alma al descubrimiento del lugar donde se ocultaba su amada. Para obrar con mayor libertad fingió un cabo suelto en la madeja del terrorismo, y la verosimilitud del embuste después de tan sonado servicio, le dio anchura para dedicarse de lleno a las exigencias de su cariño. Tras el logro de su propósito se lanzó con sin igual denuedo, poniendo en juego los recursos del cargo y las travesuras del ingenio. Disfraces, espías, confidentes, promesas de dinero, registros, detenciones, no hubo medio al que no apelara el enamorado para la satisfacción de su afán. Todo fue inútil; la hermosa moradora en la cabaña de Montjuich no aparecía por parte alguna; ni la mujer con la que López anduvo en tratos durante sus primeras investigaciones, ni otros terroristas reducidos a prisión y sujetos por el inspector a detenidas requisitorias, no los agentes distribuidos estratégicamente por todos los barrios de la ciudad; nadie arrojó un rayo de luz en las tinieblas del triste amante. Y el hombre, cuanto mayores eran los fracasos, mayor era también su empeño; a compás de los desengaños crecía la pasión: su amor estaba próximo a convertirse en locura.

A todo esto la ciudad, tranquilizada por la destrucción del foco del terrorismo, había recobrado la calma. Poco a poco se olvidó el vecindario de las incertidumbres del pasado, de las luchas con el misterio, de las nerviosidades del peligro. La población entera se entregó con ansia indecible a las delicias del vivir.

Aquella placidez iba a durar muy poco tiempo. Un día, cuando nadie sospechaba ni remotamente la reproducción de sucesos tristísimos, un estallido enorme, un aterrador desbordamiento de ayes y maldiciones, una nueva bomba sembró otra vez el pánico en el vecindario y el desconcierto en los encargados de velar por la tranquilidad pública.

Volvían las hazañas del terrorismo; la providencial catástrofe de Montjuich fue tan solo un capítulo más de aquella negra historia; quedaban todavía seres malvados capaces de realizar el

más nefasto de los crímenes. ¡Espantosa situación la de una ciudad bellísima, juguete de la infamia de unos cuantos miserables!

Las miradas de todo el vecindario convergieron entonces en el inspector Claudio López; quien una vez se dio tan buena maña para descubrir el antro donde se fraguada el delito, acaso supiera poner término a su meritoria obra; y siguiendo el impulso de la opinión unánime, los jefes superiores llamaron a López, le dispensaron de toda clase de servicio y le encomendaron especialmente el descubrimiento a toda costa de los autores del más reciente de los atentados.

El inspector se alegró de verse de nuevo obligado a preocuparse en una tarea muy conforme con sus gustos y aptitudes. Además, el corazón le decía que de aquel modo se acercaba a la mujer amada. Acaso ésta buscó refugio entre los compañeros de su padre, escondidos en un nuevo antro que era preciso descubrir. Persiguiendo a los terroristas, se acercaba tal vez al objeto de su cariño.

¿Pero cómo ponerse en campaña sin temor a despertar sospechas entre los perseguidos? Pensar en el antiguo nombre de guerra era imposible: a *Bofarull* lo había muerto la publicidad dada por los periódicos a la hazaña de Claudio López. Tenía que discurrir nuevos medios, nuevas habilidades, y cuando para encontrarlos llamó en su despierta imaginación, se encontró con que ésta estaba ocupadísima por otro empeño mucho más urgente: el de encontrar el rastro de la mujer amada.

Pasaron muchos días. El inspector López vagaba a la ventura por las calles de la ciudad, absorto en la contemplación de sus propias penas. Fatigado de caminar sin rumbo, se decidió a encerrarse en su oficina para discurrir a solas el medio de hacer un poco de claridad en las tinieblas de su mente. Se encontró en la Rambla a la hora del anochecer, cuando la espaciosa vía se convierte en arteria por donde circula a chorros la savia de la ciudad. Aquello era una masa compacta de carne que se movía lentamente, y en la que resultaba imposible avanzar más que arrastrando los pies en el entarugado pavimento. El inspector, para libertarse de aquellas mallas, se dirigió al arroyo lateral. En aquel instante un timbreteo rabioso le anunció la proximidad de un tranvía eléctrico. El hombre se detuvo; el coche pasó velozmente, mostrando el interior alumbrado con esplendidez; pero por rápida que fue su marcha, dio tiempo al viandante para que la mirada de indiferencia dirigida a los pasajeros se convirtiera en estremecimiento de alegría.

– ¡Ella! -gritó el hombre.

Pasado el primer momento de estupor, se lanzó Claudio López en persecución del tranvía. Este, al llegar a una bocacalle, acortó la marcha. Ya Claudio López, jadeante de cansancio y manoteando para que el conductor detuviera el vehículo, estaba próximo a cogerse al asiento de la plataforma posterior. Por fin, después de tanto tiempo de pesquisas inútiles, de amarguras crueles, de esperanzas, de desengaños, iba a…

En aquel instante un estallido seco, formidable, que venía de una de las calles que desembocan en la Rambla, le detuvo instintivamente.

– ¡Otra bomba! -gritó la muchedumbre en espantoso vocerío.

Claudio López de la primera sorpresa, se acordó del cumplimiento de su deber, y se dirigió al lugar de la nueva explosión. Efectivamente, una nueva bomba acababa de sembrar la muerte en una de las calles más céntricas de la ciudad. Allí se congregaron las autoridades, los jefes superiores de la policía, individuos de la Cruz Roja, siempre diligentes en acudir donde hay sangre que restañar, periodistas, nunca tardos en personarse donde hay curiosidad que satisfacer. Todos pusieron los ojos en Claudio López con mirada interrogadora; todos excitaron

el celo del inspector, y le ofrecieron nuevos medios de investigación. El hombre callaba sin oír nada, sin ver nada, atento sólo a una voz que le decía en el interior de su pecho: «Era ella, era ella; búscala».

Cuando ya nada quedaba a López por hacer en el teatro de la más reciente explosión se dirigió lentamente a su oficina, y al tomar asiento frente a su mesa de trabajo, recibió aviso de que una mujer vieja estaba esperando la llegada de un inspector para hacerle una denuncia.

En las circunstancias normales porque atravesaba Barcelona, la palabra «denuncia» sonaba en los oídos de los guardadores del orden con ecos imperativos de urgentísima curiosidad. Así es que, en cuanto Claudio López recibió el anuncio de la visita de una mujer desconocida, se dio prisa a ordenar que fuera conducida a su presencia.

En el despacho del inspector entró una mujer vieja, sucia y desarrapada.

– ¿Qué se le ofrece a usted? -preguntó el funcionario con tono seco.

– Pues verá usted -contestó la mujer-. Yo vivo con un hombre desde hace muchos años.

– ¿Es su marido?

– No, señor.

– ¿Pues qué es?

– Un amigo.

– ¡Ya! Siga usted.

– Pues mi hombre y yo recogimos hace tiempo un chiquillo y este chiquillo hace muchos días que no aparece por casa.

– ¿Y qué desea usted? -preguntó el inspector deseoso de acabar cuanto antes con una visita que en nada se relacionaba con las tribulaciones que torturaban su espíritu.

– Pues deseo que busquen al chico y que lo traigan a casa.

– Bueno ¿cómo se llaman ustedes?

– A mí me conocen por la *Cigüeña* y a mi hombre por el *Rifeño*.

– ¡Ilustres apellidos! -dijo el inspector con sorna.

– Verá usted, cada uno se llama como quiere la mala voluntad de la gente.

– ¿Ha concluido usted?

– Al momento. ¡Vaya una prisa! El caso es que el chico pensamos que se haya vuelto loco.

– ¿Porque piensan ustedes eso?

– Porque el día que desapareció de casa, después de volver de una escapatoria, no cesaba de decir que él no era lo que nosotros creíamos, que él era persona muy principal, marqués, conde, o cosa muy parecida…

– ¿Y ustedes que contestaron?

– Nos echamos a reír; para que no escapara otra vez lo dejamos en casa muy bien atado, y al volver, el pájaro no estaba en la jaula.

– Se desataría el mismo.

– Imposible: nudo que hace mi hombre no lo desata un chiquillo.

– Entonces lo libertó alguien.

– Eso pensamos nosotros al principio, y de eso estamos seguros ahora porque el *Rifeño* ha visto al chico esta mañana con un hombre muy feo y de una mala traza. Quiso seguirlos, pero se le perdieron en una revuelta del camino.

– Indudablemente el chico no quiere vivir con ustedes.

– Pues a nosotros nos debe todo lo que es.

– Que no será mucho.

– Verá usted, los pobres hacemos lo que podemos. Y como el chico no sabemos de quien es hijo, y a última hora se empeñó en asegurar que era un personaje y… la verdad, no quisiéramos que otro se llevara el fruto de nuestros sudores.

– ¿De manera que ustedes quieren que se busque al chico?

– Sí, señor.

– Se buscará.

Esta promesa la hizo el inspector para poner término de una vez a la impertinencia, y sin ánimo de preocuparse lo más mínimo del asunto, pero en el momento en que clavaba la mirada en la mujer para despedirla con un gesto; se acordó de sus agobios de funcionario y de sus penas de enamorado, y como se sabía de memoria que una de las armas que esgrime la policía con mayor fortuna es la de la casualidad, y el tipo de su interlocutora era de los más a propósito para colaborar en los proyectos del agente, borró de su semblante el gesto de despedida y encarándose con la mujer le preguntó con brusquedad:

– ¿Y ustedes de qué viven?

– De lo que se puede, señor inspector -contestó la vieja después de una ligera vacilación.

– ¿Y de qué pueden ustedes vivir?

– Vamos, que no tienen ustedes oficio ni beneficio.

– Diré a usted -replicó la vieja, que iba sintiéndose molesta con aquel interrogatorio; y decidida a pedir auxilio a la mentira, añadió:

– Diré a usted: ya sabrá que a Horta va a parar toda la ropa sucia de Barcelona, y como a veces faltan manos para lavar tanta porquería…

– Bueno ¿y el hombre?

– El hombre… pues, el hombre ayuda a traer la ropa a la ciudad.

– Poco trabajar es eso.

– Lo bastante para morirse de hambre. Pero no hay otra cosa.

– ¿Y si yo le propusiera el modo de vivir con algo más de anchura?

– No se burle usted, señor.

– No me burlo. Déjeme las señas de su domicilio y es posible que nos veamos pronto.

La *Cigüeña* dio al inspector todas las explicaciones necesarias para que pudiera dirigirse a la cabaña de los alrededores de Horta con relativa facilidad, y satisfecho el deseo del funcionario salió la mujer de la oficina, no sin decir desde la puerta:

– Y sobre todo, no se olviden del chiquillo.

– Descuide.

– Podía ser de verdad un personaje y no nos hace gracia perderlo después de tanto sacrificio.

CAPÍTULO IX

Después de una noche de crueles angustias e incertidumbres, la sorpresa de *Rap* fue casi tan grande como su alegría, al ver a la *Roja* entrar en el merendero jadeante de cansancio y llevando en sus brazos un niño dormido.

– ¡Por fin! -dijo el fenómeno- creí que no volvías nunca.

– Me perdí por aquellas calles -contestó la mujer- y pasé la noche donde pude. Al amanecer encontré el camino y aquí me tienes con este embeleco.

– ¿De dónde has sacado este chico?

– De no muy lejos de aquí. Gritaba como un condenado dentro de una cabaña. Entré, le vi sujeto con cuerdas, lo desaté y aquí lo tienes.

– ¿Y qué vamos a hacer con él?

– No lo sé. Esperemos a que despierte y lo pensaremos entonces.

La *Roja* entró en su camaranchón, depositó en el catre el cuerpecillo del niño y se reunió de nuevo con su compañero.

– ¿Y de nuestro negocio, qué me cuentas? -preguntó *Rap*.

– Todo ha ido como una seda.

– ¿No te han visto?

– Naturalmente, puesto que estoy aquí.

– Mira -habló el hombre- todas las penas del infierno no son nada comparadas con la que pasé esta noche, pensando que te hubieran cogido y que no te volvería a ver más. No es posible que te deje otra vez sola; si te empeñas en ir, haremos la cosa juntos.

– Sería peor, tonto; una mujer sola se escabulla por cualquier parte. No tengas miedo; cuando hoy no he sufrido un percance no lo sufriré nunca.

– ¿Por qué?

– Porque le he visto.

– ¿A quién?

– ¡No lo adivinas! Al traidor, al espía, al causante de todas mis desgracias.

– Al inspector López.

– Al mismo. Al verlo, dándose importancia en el portal donde puse el bulto, me dieron ganas de tirarme a él y estrangularlo. ¡Cuánto le aborrezco, *Rap*!

– ¿Y le aborrecerás siempre lo mismo?

– Siempre; del amor se va al odio; del odio rara vez se vuelve al amor.

El palique de la pareja fue interrumpido por el rebullir del niño en el interior de la cabaña. Fue la *Roja* a su camaranchón y volvió al momento llevando el chiquillo en brazos.

El pobre niño, presa de indecible espanto, miraba a todas partes con ojos desmesuradamente abiertos, y al fijarse en el rostro feísimo y facha monstruosa de *Rap*, se estremeció de terror.

La *Roja*, sentando al niño sobre sus rodillas y prodigándole caricias, hizo todo lo posible para tranquilizarlo, y como en ayuda de los esfuerzos de la mujer acudió la memoria del rapaz, recordando el rapto de la noche anterior y los malos tratos de que le hicieron víctima la brutalidad de sus raptores, pronto los halagos de la esperanza borraron del rostro de la víctima las huellas del miedo.

– ¿Cómo te llamas, monín? -le preguntó la *Roja*.

– Carlitos.

– ¿Y qué más?

– Carlitos Fernández de Mejía, Ruiz de Montesa.

Al escuchar la *Roja* y *Rap* aquella retahilla de apellidos, no pudieron disimular un gesto de asombro. Les pareció una broma el que se pudiera tener tantos nombres, cuando a ellos les bastaba un apodo para distinguirse del resto de los mortales.

– ¿Y cómo estabas en la cabaña donde te encontré? -siguió preguntando la mujer.

El niño, torpemente, balbuceante, mezclando sollozos con palabras, hizo breve historia de su desdicha. Al concluir su relación hubo largo paréntesis de silencio. La *Roja* meditaba.

– Aquí hay un misterio -dijo de pronto la mujer-. ¿No te parece lo mismo, *Rap*?

– Claro que me lo parece, y por eso pienso que lo más urgente es averiguar si todo lo que dice este chico es cierto.

– Sí que lo es -interrumpió el niño.

Rap se llevó un dedo a la frente e hizo el ademán con el que se quiere dar a entender la duda acerca del equilibrio mental de una persona. La *Roja* le contestó con un gesto de asentimiento.

El niño, sin parar mientes en aquella mímica, siguió protestando de la veracidad de su relato.

– Y si lo dudan ustedes, llévenme al palacio y se convencerán.

– Ya iremos -contestó la *Roja*- pero más tarde. Primero mandaremos a *Rap* para que te traiga ropa. Con esos andrajos no puedes presentarte en tu casa. Espera un poco y luego arreglamos este negocio.

La *Roja* salió al cobertizo seguida por *Rap*, y ambos convinieron en que el hombre fuera a la ciudad y procurara averiguar lo que hubiera de cierto en la aventura de Carlitos.

Así lo hizo el monstruo, poniendo en la comisión el gusto y diligencia que demostraba en todos los asuntos de su compañera. Esta, durante la ausencia de *Rap*, procuró hacer soportable al niño la reclusión a que estaba condenado dentro de las negruras del merendero. El infeliz había cambiado una prisión por otra, pero ganó considerablemente en el carcelero. Al semblante adusto y modales bárbaros de la *Cigüeña*, sucedió el rostro bello y trato cariñoso de la *Roja*.

Al caer de la tarde volvió *Rap*, y llamando aparte a su compañera, le habló de este modo:

– Es verdad que en la calle donde dice el chico hay un palacio muy hermoso, que allí vive un Duque y que el Duque ha muerto repentinamente, dejando en el mundo muchísimo dinero y un hijo; pero también lo es que éste se halla viajando al cuidado de unos tíos marqueses. De manera, que mal puede ser este chico el hijo del Duque, cuando el verdadero está corriendo mundo. Indudablemente todo eso que cuenta del otro chico, del cambio de traje, de la escapatoria, lo ha soñado…

– No cabe duda, el pobrecillo no está bueno de la cabeza -contestó la *Roja*; pero después de breve momento de meditación, añadió-: Y sin embargo, para un sueño, son demasiados detalles.

– Bueno ¿y qué hacemos ahora con el chico? -preguntó *Rap*.

– Esperemos.

– ¿Lo vamos a tener con nosotros?

– Es claro; no lo vamos a dejar perdido en mitad del bosque.

– Podemos volverlo a donde estaba.

– Para que lo maltraten ¿verdad? De ninguna manera. Ahora lo que tenemos que hacer es no llevarle la contraría.

Pasaron muchos días. La *Roja* hizo verdaderos alardes de habilidad para contener la impaciencia del pequeño Carlitos, constituyéndose en su compañera mejor que en su guardiana, y *Rap* no salí de su admiración ante el carácter extraño de la singular mujer que, deseosa de concluir con el mundo a fuerza de dinamita, se desbordaba en atenciones y cariño para el primer desgraciado que encontró en su camino.

Los juegos y los ratos de ruidoso palique con el rapaz no distrajeron un solo momento a la *Roja* de sus propósitos de venganza; para realizarlos aprovechaba las horas en que Carlitos dormía, y se entregaba con el monstruo a las odiosas maquinaciones que tenían por objeto sembrar el espanto y la destrucción en las calles de la ciudad.

Un día se ausentó la *Roja* de la cabaña, dejando solos a *Rap* y Carlitos. Estos no hablaban palabra; el primero se entregó al miedo, el segundo a la tristeza. La soledad hizo que a la mente del niño volvieran los recuerdos de su desgracia, y con estos recuerdos, el de un suceso insignificante al parecer, pero que iba a producir alteración profunda en la existencia de los moradores del merendero.

– ¿Cuándo volverá la *Roja*? -preguntó Carlitos a *Rap*.

– No tardará mucho -contestó el monstruo.

– ¿A dónde ha ido?

– A… comprar… no sé qué.

– ¡Cuánto tarda!

Al caer el día *Rap* salió al cobertizo. Le devoraba la impaciencia. Con los ojos apuntados a la neblina que se cernía sobre la ciudad, y los oídos atentos al más leve rumor, parecía un espantapájaros muy propio para alterar el plácido sueño de un niño. El ambiente iba obscureciendo poco a poco; el bosque se entregaba al sueño, arrullado por esos ruidos misteriosos que preludian el descanso en la Naturaleza.

De pronto el fenómeno de fealdad dio un respingo de gusto; por la senda que conducía al merendero se acercaba un bulto; aquel bulto parecía una mujer; la mujer era la *Roja*.

– ¿Qué? -preguntó el hombre a gritos, no pudiendo contener su impaciencia.

– Sin novedad -contestó la *Roja*-. Lo mismo que la otra vez.

El hombre no dio gracias a Dios porque hacerlo fuera profanación horrible.

– Hoy has venido mucho antes -dijo *Rap*-. Tomé un tranvía para largarme más deprisa.

– Hiciste bien. Pero mira, que sea la última; ya sabes que a la tercera va la vencida.

– La tercera será la mejor.

– Pero tú…

– No, no seré yo.

– Pues cuando quieras…

– Ni tú tampoco.

– Entonces ¿quién?

– Ya lo sabrás.

El rumor del palique sostenido por la pareja en el cobertizo, sacó a Carlitos de la modorra de su tristeza, y asomándose a la puerta y viendo en el rostro de su amiga retratada la más diabólica de las alegrías, se acercó tímidamente a la *Roja* para decirle con acento quejumbroso:

– Tú estás muy contenta y yo muy triste.

– ¿Por qué dices eso, monín?

– Porque no te acuerdas de mí, porque me engañas, porque no me quieres.

– No seas tonto, pobrecillo; no me olvido de ti.

– Mentira; lo que sucede es que no me creen; y mira, pensando esta tarda en todo esto, he recordado una cosa que acaso les haga cambiar de opinión.

– ¿Qué cosa?

– Cuando salí de palacio llevaba en el cuello una medalla muy buena de mi madre; como aquel adorno sentaba muy mal con este traje, la enterré junto a un árbol…

– ¿Y qué?

– Que si me llevan a un paseo muy ancho que hay cerca de palacio, encontraré el árbol y también la medalla…

La *Roja* y *Rap* se miraron. Indudablemente no había razón para oponerse al deseo del chiquillo. Si aquello era un nuevo sueño, acaso el despertar a la realidad influyera favorablemente en la salud del niño. Si el hecho era cierto, tenían una base sólida para futuras determinaciones.

– Bueno -dijo la mujer- vas a ir con *Rap* al sitio donde dices y él te ayudará a buscar la medalla.

– ¡Vamos! -exclamó el niño palmoteando de alegría.

– ¿Ahora mismo? -preguntó el hombre-. ¿De noche?

– Sí, sí -replicó Carlitos-. De noche mejor que de día: de noche la escondí y de noche la encontraré.

– Tiene razón el chico -añadió la *Roja*-. Además, de noche, llamaran menos la atención,

Entraron los tres en el interior del merendero, hicieron frugalísima colación, y cogiendo *Rap* la mano del pequeñuelo, se dirigió con él a la ciudad. El niño iba contentísimo; al verse mezclado al bullicio de las calles, al sentir en los ojos el cosquilleo de las luces de gas que bailoteaban dentro de los encristalados faroles, al escuchar el ruido sordo del tráfico, le pareció que volvía a la vida. Su compañero caminaba silencioso y un tanto avergonzado al mezclar su fealdad a los esplendores de la vida ciudadana.

Era ya muy cerca de la media noche, cuando después de dar vueltas y más vueltas por las calles del Ensanche, para prueba de la paciencia de *Rap*, quien no daba crédito alguno a los asertos de Carlitos, se detuvo éste, y alzando el brazo derecho dijo con firmeza:

– Este es.

Se encontraban en el paseo de Gracia, señalado por cuádruple línea de lucecillas que se perdían en las frondosidades de los copudos plátanos. La amplísima vía estaba solitaria a la hora aquella. Tan sólo de tarde en tarde el paso rápido de algún automóvil, dejando rastro de malos olores, turbaba el silencio del ambiente.

– ¿Hacia dónde? -preguntó *Rap*.

El niño vaciló un momento, y después de mirar a derecha e izquierda, contestó:

– Por allá arriba; por lo más oscuro.

Subieron por el paseo de Gracia, y al llegar a su último tercio, añadió el niño:

– En uno de estos árboles fue; lo recuerdo perfectamente; junto a un banco…

– ¿Enterraste mucho la medalla? -preguntó *Rap* por decir, algo.

– Muy poco; la tierra estaba muy dura.

El niño, seguido de su acompañante, se dirigió a un árbol próximo, se agachó y se puso a arañar la tierra con sus manecitas. Después de un rato de inútil escarbeo, se levantó diciendo:

– Aquí no es.

– Vamos a otro -exclamó *Rap*.

Los esfuerzos del rapaz en el árbol más cercano, dieron también un resultado negativo.

– Tampoco en este -dijo.

– A otro -murmuró *Rap*, acompañando sus palabras con un gesto de compasión.

El tercer árbol tampoco guardaba la medalla de Carlitos, ni el cuarto, ni el quinto, y ya el compañero de la *Roja* pensaba en la conveniencia de persuadir al niño de la inutilidad de sus esfuerzos, para regresar con él al merendero, cuando el chicuelo, que en aquel momento arañaba con todas sus fuerzas en las raíces de un árbol, lanzó un grito de alegría, y se incorporó poniendo una joya ante los ojos atónitos del fenómeno.

– Aquí está -dijo Carlitos-. Ya ves como es verdad cuanto te dije. Ahora vamos al palacio; debe estar muy cerca; vamos sin perder momento.

Rap no sabía qué pensar ni qué hacer, pero comprendiendo que no era aquella hora la más a propósito para presentarse en parte alguna, hizo esfuerzos inauditos con objeto de moderar la impaciencia del niño y convencerlo de que lo más prudente era volver al merendero para poner a la *Roja* en autos del suceso.

Los razonamientos del monstruo, ayudados por el cariño que el rapaz sentía por la *Roja* después de muchos días de trato incesante con la mujer, triunfaron de las resistencias de

Carlitos, y con la ligereza que les daba la satisfacción al uno y el estupor al otro, tomaron ambos el camino de Horta.

Habían ya dejado a su espalda el poblado cuando notaron que eran seguidos por un hombre; volvió Carlitos la cabeza y con trabajo pudo contener un grito de terror.

– Es él -dijo- es él.

– ¿Quién? -preguntó *Rap*.

– El hombre que me robó otra vez…

– No tengas miedo -habló *Rap*- pero pensando entonces que acaso fuera conveniente despistar al perseguidor, añadió:- Aprieta el paso lo que puedas; trabajo le doy si quiere averiguar donde nos metemos.

Así diciendo, se metió con el niño en un bosque de pinos que cubría próxima colina, estuvieron quietos dentro de un macizo de árboles, sin dejar de observar a su perseguidor, y cuando vieron que éste, perdido el rastro, se alejaba de aquellos sitios, tomaron en derechura el camino del merendero.

Si fue grande el pasmo de *Rap* al confirmarse las palabras de Carlitos, no fue menor la sorpresa de la *Roja* cuando le dijo el niño a gritos al entrar en la cabaña:

– Ya está aquí la medalla.

Pero la última palabra de Carlitos expiró en su garganta; su manecita, que hasta entonces había guardado cuidadosamente la joya, estaba vacía.

– ¡Se me ha caído! -exclamó el niño con desesperación inmensa-. Aquel hombre tuvo la culpa… me asustó…

– No te desesperes -dijo la *Roja* para consolarle-. La buscaremos cuando amanezca.

– ¿Y si no la encontramos?

– Si no la encontramos tampoco importa. ¿Tú la has visto *Rap*?

– Sí -contestó el interpelado.

– Pues eso basta.

CAPÍTULO X

La prueba valiosísima dada por Carlitos de que la historia de su desgracia no era fruto de un sueño, ni consecuencia de grave perturbación de la mente del rapaz, sumió a los inquilinos del merendero en la mayor de las confusiones. Comprobado el punto de la medalla no había derecho a dudar de los demás extremos de la aventura del niño recogido por la *Roja* en la

cabaña del *Rifeño*. ¿Pero cómo explicarse satisfactoriamente tan estupendo suceso? ¿Cómo admitir la suplantación de un niño por otro, siendo el suplantado hijo de nobilísima familia y el suplantador uno de de tantos pilluelos que andan por las calles gozando la libertad absoluta de los perros vagabundos?

– Aquí hay un misterio -dijo la *Roja* a *Rap*, hablando mano a mano en el cobertizo, mientras el rapaz dormía a pierna suelta el sueño de la inocencia-. Aquí hay un misterio.

– Seguramente. ¿Y qué hacemos ahora? -preguntó el hombre.

– No lo sé.

– ¿Quieres que te dé un consejo?

– Dámelo.

– Pues abandonemos al chico…

– Jamás.

– Llevémosle entonces a su casa.

– ¿No dijiste tú que en su casa no hay nadie?

– Así me lo aseguraron.

– Pues entonces no sé que es lo que vamos a hacer con el chiquillo.

– Si cuando menos fuera un pobre, un hijo sin padres, un chiquillo tirado como muchos otros por estorbo -murmuró la *Roja*.

– ¿Qué quieres decir?

– Nada.

La mujer quedó pensativa; meditaba en lo extraordinario de su situación, en las contradicciones de su conducta. Ella, la mujer fuerte, la mujer creada en un ambiente de odio hacia la humanidad entera y en especial hacia los favorecidos por la riqueza, la mujer burlada por uno de los cancerberos de los poderosos, la mujer bravía, la mujer terrible, la mujer terrorista, salvó de un peligro, recogió en su pobre morada, prodigó mimos y consuelos a un cachorro de la nobleza, a un futuro explotador, a un verdugo de los pobres. ¡Podía darse inconsecuencia más grande! Si su padre, si sus compañeros, destrozados por la explosión en la cueva de Montjuich, levantaran la cabeza y vieran a la hija, a la amiga, convertida en servidora de un chiquillo representante de la sórdida burguesía, volvieran a morir avergonzados de tanta infamia. Su deber le ordenaba convertir al niño en blanco de sus odios, despedirlo, hacerle víctima de las iniquidades de su propia clase; pero la *Roja* no era una fiera, el trato con Carlitos la hizo cobrar afecto al chiquillo, y sentía desprenderse de un rapaz que le hizo gozar los únicos consuelos de su vida triste de mujer abandonada.

Largo rato estuvo la *Roja* dándole vueltas a su tribulación, y sus agobios morales aumentaron cuando escuchó la vocecilla argentina del rapaz que llamaba a su amiga desde el mísero catre.

El despertar de Carlitos fue aquel día mucho más alegre que de costumbre; al abrir los ojos, después de largo y profundo sueño, recordó el hallazgo de la medalla y no tuvo duda alguna de que tan venturoso suceso iba a influir en el inmediato despejo de la incógnita de su situación.

– Oye -dijo a la *Roja* cuando la mujer se aproximó al lecho- ¿no es verdad que hoy mismo me llevaran a palacio?

– Sí -contestó la mujer maquinalmente.

– ¡Cuánto me alegro! -siguió hablando el niño; y después de un momento de silencio añadió:- pero antes de ir me has de prometer una cosa.

– ¿Qué cosa?

– Que no te separarás nunca de mí.

– ¡Qué disparate! -dijo la *Roja* no pudiendo contener una sonrisa amarga; pero en aquel instante cruzó por su imaginación una idea extraña, y para retenerla, para darle forma, cerró los ojos y se abismó en su pensamiento. Después de algunos instantes de meditación, hizo un gesto de conformidad consigo misma, y murmuró en voz alta:- ¿Por qué no?

¿Qué idea se agarró a la mente de la *Roja* en aquel breve ensimismamiento? Una idea atrevida, local, estupenda: la idea de vengarse de sus opresores con sus mismas armas; la idea de convertir un palacio en tribuna de la rebeldía; la idea de subir a la cumbre más alta de la posición social para despeñarse luego desde allí arrastrando prestigios, honores, riquezas…

– ¿Y por qué no? -volvió a preguntarse la hermosa mujer.

– ¿En qué piensas, *Roja*? -dijo el niño.

– Pienso en que forzosamente habremos de separarnos; tú en tu palacio, yo en este cuchitril.

– Separarnos, no, te digo que no. Vamos juntos y nos quedamos allí los dos. Así como así yo soy el amo y puedo hacer lo que me plazca.

– ¿Y qué dirán tus parientes, los amigos de tu familia, la gente de tu clase?

– Que digan lo que quieran. Es cosa resuelta: O yo no me voy de aquí o te vienes conmigo. ¿Qué dices?

– Lo pensaremos.

– Pero pronto, muy pronto. Verás que cosas tan bonitas tengo en mi casa. Todas serán para ti, todas…

El niño se interrumpió porque las últimas frases del diálogo las había escuchado *Rap*, quien, derecho en mitad de la miserable estancia, apartaba de la *Roja* sus ojos húmedos por las lágrimas para clavarlos preñados de rabia en la carita risueña del rapaz. Sorprendió la mujer las mudas manifestaciones de la pena del monstruo, y con ánimo de tranquilizarle le dijo:

– No te apures, *Rap*: lo que sea de mí será de también de ti. Suceda lo que suceda, correremos los dos la misma suerte.

Al escuchar aquellas palabras consoladoras, cayó el mísero de rodillas a los pies de su compañera, y cogiéndole las manos las besó en demostración de agradecimiento.

Para completa tranquilidad de *Rap*, el niño, al ver aquella prueba de lealtad del hombre, dijo:

– Yo también te quiero, *Rap*, y te aseguro que nunca pensé en dejarte solo.

– Bueno, bueno -interrumpió la *Roja*- basta ya de jeremiadas y pensemos con tranquilidad en el asunto. Aquí hay un misterio y es preciso que tú, Carlitos, nos ayudes con tu memoria a descubrirlo. Cuéntanos todo lo que recuerdes de tu niñez, todo; hasta los más pequeños detalles: tal vez la cosa más insignificante nos hará ver claro en la cosa.

El niño procuró satisfacer los deseos de la mujer, pero con gran desencanto de ésta ninguna de las palabras del rapaz consiguió llevar un rayo de luz a las tinieblas que les rodeaban.

– ¿De modo, que tú crees -preguntó la *Roja*- que el niño con el que cambiaste el traje ocupa ahora tu puesto? ¿Y cómo no descubrió el engaño tu padre?

– Mi padre debió morir aquella misma noche.

– Es verdad ¿pero los criados? ¿y esos marqueses que según dice *Rap* acompañan al chico?

– No lo sé.

– ¿Esos marqueses son parientes tuyos?

– Ella es hermana de mi padre.

– ¿No tienen hijos?

– No.

– ¿Ni los han tenido?

– Creó que sí. Recuerdo haber jugado con un niño que decían que era primo mío y que se parecía mucho a mí, pero ese niño murió de una manera muy extraña.

– ¿De qué manera?

– No lo recuerdo bien; le cogió o se cayó de un tren: no estoy seguro.

– Nada -habló la *Roja*- seguimos como antes: completamente a oscuras. ¿Qué hacer?

– Vayamos a palacio.

– ¿Para qué, si no hay nadie? Tus tíos con tu igual, están de viaje. Los porteros no nos dejarán entrar.

– Entraremos por la puerta del jardín.

– Es una idea, pero no tenemos llave.

– Se hace.

– Por eso no te apures -exclamó *Rap*- con un hierro cualquiera abro yo todas las puertas.

– Buen -dijo la *Roja*- esperemos a que anochezca, y de ahora hasta entonces pensemos lo que conviene hacer. Yo, antes de ir a la ciudad, husmearé un poco por aquí cerca. Acaso no pierda el tiempo.

Pasó el día, haciendo Carlitos planes espléndidos para el porvenir, entregado *Rap* a sus miedos y a sus requemores, y meditando la mujer en lo extraordinario de las circunstancias en que la colocaba el tropiezo en su camino con las tribulaciones de un rapaz. Pero en obsequio de la verdad, hay que decir que, aunque la *Roja* se preocupó todo lo debido de la aventura corrida por su amiguito, no por eso se olvidó de sus propios asuntos, ya que el culto a la venganza estaba tan arraigado en el ánimo de la terrorista, que todos sus planes, todos sus cariños, se subordinaban al logro y saciamiento del más insano de los apetitos.

El sol, se ocultaba tras la barrera de verdes montañas, dejó que las tinieblas fueran apoderándose poco a poco del espléndido llano de Barcelona; pronto bajo el cielo oscurecido se advirtió el velo de claridad artificiosa, tejido por las oleadas de resplandores lanzadas por la población; empezaba la noche y se acercaba la hora de obrar en el merendero de Horta.

Cuando la oscuridad fue lo suficientemente densa para favorecer los planes de la *Roja*, se echó ésta una toquilla sobre la cabeza, recomendó a Carlitos y a *Rap* que le esperaran sin impacientarse y salió del merendero.

Después de caminar corto trecho por el sendero, se internó en el bosque, y resguardándose por los recios pinos, se acercó a una cabaña levantada en un claro de árboles. Aquella mísera vivienda era la choza del *Rifeño* y de la *Cigüeña*. Dentro había gente a juzgar por los rayos de claridad que escapaban por las junturas de las tablas.

Se proponía la mujer, como si fuera un táctico consumado, darse cuenta exacta de la naturaleza del terreno antes de presentar batalla al enemigo. Para más fácil logro de sus propósitos, se acercó paso a paso a la cabaña, buscó la grieta que daba paso a mayor cantidad de luz, aproximó su ojo derecho al intersticio y se puso a observar lo que pasaba en el interior.

El *Rifeño* y la *Cigüeña*, sentados en dos sillas desvencijadas y mugrientas, trataban de algo muy importante a juzgar por el manoteo de los interlocutores. La *Cigüeña* exhibía una camisita de niño a su compañero; éste miraba alternativamente a la prenda y a un objeto que tenía en la palma de la mano.

– Te digo que es la misma marca -habló ella.

– Sí, no lo dudo -respondió él- pero la corona es distinta.

– Pero lo de abajo es igual: dos castillos, dos ramas de no sé qué, una franja; igual, completamente igual.

– ¿Y qué quieres decir con eso?

– Pues que todo es muy extraño. ¿De dónde ha sacado *Pacorro* esa medalla? Que la hubiera llevado cuando le recogimos en la playa después de caerse del tren, pase ¿pero ahora?

La *Roja* al escuchar las últimas palabras de la *Cigüeña*, pudo con trabajo reprimir un grito de sorpresa. Se contuvo y siguió escuchando.

– No te calabacees más y no vuelvas a meter la pata como anoche.

– ¿En qué la metí?

– ¡Casi nada! ¿A quién se le ocurre mezclar a la policía en nuestros asuntos?

– Para que nos ayude.

– O para que nos reviente. ¡Cualquiera diría que no tenemos nada que temer de nadie! Valía mucho más buscar al chico por nuestra cuenta y entonces pensar lo que nos convenía hacer.

– ¡Si, como no lo busques con candil! Además, el inspector que me habló parece una buena persona; me dijo que vendría y hasta me hizo no sé que promesas.

– Fíate de esos tíos y verás lo que nos sucede. Y no te olvides de que la policía anda ahora loca con eso de las bombas, y que a cualquiera le echan el guante por decir que hacemos.

– ¡La verdad es que la cosa tiene mucha gracia! Después de lo de Montjuich, y cuando lo creían todo concluido, vuelta a empezar. ¿Y tú no piensas quien pueda ser?

– Yo no; muertos aquellos valientes, no sé de nadie que tenga bastantes agallas…

– Fue una desgracia muy grande. Y oye, de la hija de Damián ¿no se ha sabido nada?

– Ni palabra; lo mismo que si se la hubiera tragado la tierra. Los compañeros la han buscado, pero como si no.

– ¿La conocías, tú?

– No, su padre no la dejaba salir nunca de la cueva. Pero muchas veces le oí decir a *Ruanillo* que era muy guapa.

– ¡Pobrecilla!

– Bueno, dejemos eso que no tiene remedio y volvamos a nuestro asunto. Ya que has metido la pata con eso de la policía, si ves al inspector, guárdate muy bien de decirle una palabra de lo de la medalla; lo mejor sería pulirla cuanto antes. ¡Parece de oro!

– ¡Qué bruto eres, *Rifeño*!

– Mira lo que hablas, bruja.

– Lo digo y lo repito. ¿Sabes tú ya el partido que con el tiempo podemos sacar de eso?

– Puede que tengas razón.

– Ya lo creo que la tengo.

Los interlocutores callaron; la *Roja* se alejó entonces algunos pasos de la cabaña para ocultarse al abrigo, de un macizo de árboles. Necesitaba pensar, discurrir acerca de las palabras salidas de los labios de aquellos seres astrosos. La varonil mujer se enredaba cada vez más en la madeja de coincidencias, de marcas idénticas, de accidentes parecidos. Los inquilinos de la choza hablaban de un *Pacorro*, que se había caído de un tren; Carlitos le habló también de su primo, víctima de un accidente igual. ¿Qué relación podía existir entre estos dos chiquillos? Para llevar al colmo las confusiones de la *Roja*, acababa de oír hablar de su padre, y este recuerdo despertó en su corazón todas las ideas de venganza. Sin embargo, el descubrimiento

de la condición y calidad de los miserables moradores de la cabaña, facilitaba mucho las gestiones de la terrorista; podía dirigirse a ellos con relativa anchura; acaso esto fuera lo mejor…

La *Roja* vaciló breves instantes; le dolía mucho abandonar el misterio absoluto en que se deslizaba su existencia; pero era preciso para resolver de una vez el asunto de Carlitos y también para el desarrollo de sus planes de venganza. Miró la mujer a la luna que se asomaba entonces a la cima de la montaña, arrojando sobre el llano plateada claridad, y se encaminó decididamente a la cabaña.

Después de dar la vuelta al conjunto de tablas carcomidas que componían la vivienda, se disponía a llamar medrosamente en la desvencijada puerta, cuando ligero ruido de pasos, que turbaba el silencio del lugar, le hizo volver la cabeza.

Por el sendero, caminando despacio, como quien se guía con la brújula del instinto, recibiendo de lleno las caricias de la luna, se acercaba un hombre.

La *Roja* se alejó rápidamente de la cabaña y se puso en observación, agachándose detrás de próximos zarzales. Desde allí podía observar, sin temor a verse sorprendida, la maniobra del viajero.

El hombre se detuvo en el sendero, se le vio dudar, miró a su alrededor, y luego decididamente se dirigió a la cabaña.

Cuando estuvo bastante cerca para que la *Roja* pudiera distinguir las facciones del hombre, la mujer hizo esfuerzos inauditos para no descubrirse.

Aquel hombre era Claudio López.

CAPÍTULO XI

Aquellos dos sucesos ocurridos al mismo tiempo, el estallido de una nueva bomba y el descubrimiento de la hija Damián, el terrorista, en el interior de un tranvía, estuvieron a punto de trastornar el juicio del inspector López.

¡Era muy grande su desgracia! ¡Pasar días y días entregado en cuerpo y alma a la busca de la mujer amada, sufrir unas veces los embates de la desesperación, verse acariciado otras por las auras de la esperanza, estremecerse de rabia ante su impotencia, padecer, reír, llorar, blasfemar, todo para que en el momento preciso, cuando pudo creer llegado el término de sus angustias, la hora de sus alegrías, ver aumentarse aquéllas y esfumarse éstas, por culpa de la fatalidad que le llamó con estruendo horrísono al cumplimiento del ingrato deber, cuando se encontraba en las mismas puertas de la dicha!

Los jefes, excitando el celo del subordinado, a cuyo ingenio fiaban el buen éxito de los trabajos policíacos, y hablándole de registros, de pistas recientes, de sospechas, de anónimos, no consiguieron distraer al inspector de su hondísima pena. Viendo el silencio, la actitud dolorida del hombre, se creyera que todo era causa de la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir a los autores de los últimos atentados terroristas. Pensándolo así, los jefes se esforzaron en

animarle, en prometerle medios para el más fácil desempeño de su misión. Todo inútil: Claudio López no escuchaba las promesas, no se complacía con los aplausos, le tenían completamente sin cuidado las excitaciones; su atención estaba fija en una voz interior que le decía: «la tuviste al alcance de tu mano y la dejaste ir; tu desgracia es el pago merecido a tu torpeza».

En la lucha sostenida por López entre los deberes del cargo y las cuitas de su cariño, triunfaron las segundas. No dejó de causar esto cierta pena al atribulado inspector, y hasta le obligó a pensar en la conveniencia de renunciar un cargo que no desempeñaba con el celo y el entusiasmo debidos; pero se dijo también que, al desposeerse voluntariamente de las franquicias de su oficio, renunciaba a no pequeño número de facilidades para lograr la satisfacción de sus anhelos amorosos, ya que la autoridad de que se hallaba investido le daba derecho a llevar sus pesquisas a todas partes y a contar con coadyuvantes que inocentemente servían a sus propósitos, y este pensamiento egoísta le hizo desoír los gritos de la conciencia, para escuchar tan sólo los de su interés.

Siempre el despertar de los afligidos fue una embestida formidable de la pena; el de Claudio López, en el día que siguió al de su encuentro con la *Roja*, le causó los mismos efectos que si asomara a un abismo de desesperación. Para huir del fantasma de su amargura, se tiró de la cama, se vistió maquinalmente y se encamino despacio a la oficina, extraño por completo a los desbordamientos del vigor y de la vida por las calles todas de la ciudad.

En el momento de ocupar su sillón frente a la mesa de trabajo, y al pasear la mirada por los papeles revueltos sobre el tablero, se fijó en una hoja en la que había algunas líneas escritas por la propia mano del inspector.

– ¡Ah! sí -murmuró el hombre-. Las señas de aquella vieja que vino anoche a molestarme con la historia de aquel niño.

Sin darse cuenta de la persistencia de la idea en el cerebro, no cesó en toda la mañana de pensar en la pordiosera, como si ésta no fuera uno de tantos tipos que a diario distraen la atención de los agentes de la autoridad con pretensiones estrafalarias; y llegó la tarde sin que el recuerdo de la visitante de la víspera abandonara la memoria del inspector.

– ¡Qué tipo tan repugnante! -se dijo el hombre-. Haría un excelente hurón para la caza de tunantes y también para toda clase de averiguaciones.

Estuvo un rato pensativo y luego, como si contestara a una pregunta formulada con el pensamiento, añadió:

– ¿Y por qué no?

Se quedó de nuevo completamente ensimismado hasta que, haciendo un gesto de enérgica determinación, levantó la cabeza para exclamar en tono decidido:

– Iré; es cosa resuelta. Así como así me da lo mismo hacer indagaciones en un sitio que en otro. No tengo ni rastro de pista para encontrarla.

Decidido Claudio López a ponerse al habla con la *Cigüeña*, se le hizo un siglo el tiempo que tardó en llegar la hora del anochecer, la más a propósito para cierta clase de empresas, y cuando la disminución de la luz en su despacho le indicó que se acercaba el momento de ponerse en campaña, usando de la libertad que le daba el carácter especialísimo de sus servicios, dejó la oficina, se fue a su casa y cambió su traje flamante por otro que le permitiera recorrer con más desembarazo los barrios extremos de la ciudad. Antes de volver a la calle tuvo cuidado de asegurarse del perfecto funcionamiento de su revólver, precaución necesaria para

todo agente de policía, y más para nuestro héroe, quién, por su fama de implacable y afortunado perseguidor de los terroristas, podía verse a cada paso, y así se lo hicieron saber anónimas y frecuentes amenazas, en trances difíciles y en peligros gravísimos.

Era ya noche cerrada cuando el inspector López se apeó del tranvía en el centro del poblado de Horta. Sin preguntar a nadie, porque gustaba de poner a prueba su instinto de orientación, salió del caserío y se encontró al pie de las verdes montañas que se levantan a espaldas del poblado. Allí se detuvo, sacó la nota escrita en el despacho la noche anterior, la leyó al resplandor emitido por el cigarro merced a fuertes chupetones, levantó la cabeza, miró a su alrededor y avanzó decidido por uno de los senderos que se extendían delante de sus ojos hasta perderse en las frondosidades del bosque.

Aquellos lugares estaban completamente solitarios. Se escuchaba tan sólo el rumor causado por el estallido de los brotes, el deslizamiento de los reptiles y el canto tristón y monótono de las aves nocturnas. A lo lejos se veían las moles de las torres de lujo y alguna que otra masía, que denunciaba su presencia con débiles resplandores que se filtraban por las entreabiertas ventanas.

Claudio López caminó buen trecho, subiendo siempre, y ya se impacientaba, no descubriendo morada alguna que por su traza mereciera ser habitación de la *Cigüeña*, cuando la luna, asomándose a la cima del monte, le permitió ver una cabaña en la que coincidían todas las señas que el inspector llevaba escritas en el papel.

– Esa es, no hay duda -dijo el hombre.

Sin vacilar, con el paso seguro del que está falto de miedo y sobrado de afanes, se dirigió el hombre a la cabaña, y parándose ante la puerta dio dos ligeros golpecitos con los nudillos.

– ¿Quién es? -preguntó una voz hombruna y aguardentosa.

– ¿Vive aquí una mujer a la que llaman la *Cigüeña*? -preguntó López.

Se escuchó en el interior rumor de conversación sostenida en voces muy quedas, pasó algún tiempo, y ya el inspector, impacientándose, se disponía a repetir la llamada, cuando se abrió la puerta de la choza y apareció la vieja diciendo con tono fingidamente meloso:

– Pase usted, señor, pase usted; lo he conocido por la voz.

Claudio López pasó; con una sola mirada abarcó toda aquella pobreza, y al fijarla en un hombre derecho en el rincón más oscuro de la estancia, la detuvo un rato en el bulto, al mismo tiempo que urgaba inútilmente en su memoria. A si vez el hombre, al ver al visitante, se estremeció, pero más afortunado que éste no tuvo que hacer esfuerzo alguno para que el recuerdo respondiera a sus deseos.

– ¡Yo conozco a este tipo! -pensó el inspector.

– ¡El espía Bofarull! -se dijo el *Rifeño*.

– Siéntese, siéntese -habló la *Cigüeña*-. Ahí no, que está rota; en esa tampoco; esta silla es la única medianeja: tómela usted.

– En cualquier parte -dijo el visitante-. Siento mucho molestar.

– ¿Molestar? de ninguna manera; tenemos mucho gusto ¿verdad, *Rifeño*?

El aludido contestó con un murmurio de palabras ininteligibles.

Claudio López, sin agradecer aquel derroche de amabilidad, se sentó cuidando de no dar la espalda al compañero de la *Cigüeña*.

– ¿Y a qué debemos que se haya usted molestado en venir a este rincón? -preguntó la vieja.

– Pues por aquello de la desaparición del niño que usted me habló anoche.

– ¡Ah, sí! ¿Lo trae usted? ¿Sabe algo del bribón?

– Todavía no; necesito más detalles para que los agentes lo busquen.

– Bueno, pregunte usted.

Claudio López preguntó y la *Cigüeña* le contestó vacilante, con miedo; a la legua se conocía que estaba temerosa de comprometerse en sus contestaciones. El inspector, atento sólo al verdadero propósito que le llevó a la choza, no paró mientes en la actitud cobarde de su vieja interlocutora. El *Rifeño*, quieto como una estatua en el rincón más oscuro, no decía palabra, pero tampoco apartaba ojo de la faz rugosa de la mujer, como si quisiera reprimir en ésta todo imprudente desahogo.

La conversación se deslizaba con languidez, sin que Claudio López acertara a llevarla al terreno de su deseo, y ya el diálogo se iba haciendo difícil por no quedar punto de charla en el asunto del niño desaparecido, cuando el inspector, saltando por todo y decidido a terminar cuanto antes aquella ingrata visita, dijo:

– Ustedes buscan un niño y yo busco a una mujer.

– ¿Alguna *gatera* tal vez? -preguntó la *Cigüeña*.

– No, nada de eso; la mujer que yo busco no tiene que ver con la policía. Es cosa mía, sólo mía.

– Vamos, sí, algún enamoramiento -exclamó la taimada vieja, a la que bastaron los temblores de la voz del hombre para darse cuenta de la naturaleza de los sentimientos de éste.

– Acaso acierte usted -murmuró Claudio López comprendiendo la inutilidad de una negación absoluta.

– ¿Y se pueden saber las señas de esa dama?

– Es una mujer hermosa como ninguna.

– Estas señas las tienen muchas.

– Es alta, de cabellos rubios, casi rojos, ojazos inmensos, boca pequeña, nariz perfecta.

– ¿Y cómo se llama?

– María.

– Pocos detalles son estos. ¿Dónde vivía antes?

Claudio López vaciló un momento antes de contestar. Le daba miedo confiar su secreto a una mujeracha de la calaña de la *Cigüeña*. Era preciso, sin embargo, decidirse a ser un poco explícito si quería recoger algún fruto de la visita.

– ¿Dónde vivía, si se puede saber? -preguntó otra vez la vieja un tanto intrigada con el silencio de su visitante.

– Antes vivía en Montjuich -contestó el inspector.

– ¿Pero en qué parte de Montjuich? La es muy grande. Tal vez preguntando en la casa donde…

– Es inútil: de la casa donde vivió no queda rastro.

– Acaso un incendio…

– No.

– ¿Y no tiene parientes?

– Está sola en el mundo.

– Bueno; preguntaré a todos los conocidos; mi hombre me ayudará también; en fin, le prometo que se hará lo posible para servirle.

– Tome usted la cosa con empeño, en la seguridad de que, si me sirven bien, todo sacrificio me parecería pequeño.

– Le tira la chiquilla ¿verdad? -preguntó la *Cigüeña* con sorna.

– La quiero tanto que en encontrarla me va la vida -contestó Claudio López sin poder contener aquel desahogo de su corazón de enamorado.

– Pues la encontraremos -añadió la *Cigüeña* a guisa de consuelo-. En cambio usted encontrará a *Pacorro*.

– Lo encontraré -dijo el inspector-. Y como me figuro que las gestiones de ustedes pueden ocasionar algún gasto, ahí van estas monedas por adelantado.

La *Cigüeña*, adelantando la manaza abierta, hizo protestas de no recibir el obsequio.

– Ahora me retiro -habló López levantándose de su asiento-. Cualquier cosa que averiguaran o que sospechen ya saben donde estoy. Y no me olvidaré del chiquillo.

En el momento de salir de la cabaña fueron los ojos del visitante a posar la mirada sobre el *Rifeño*, que permanecía mudo e inmóvil en su sitio, y se dijo de nuevo:

– Yo conozco a este tipo.

Y haciendo esfuerzos inútiles para despertar los recuerdos en la memoria, se alejó por el sendero, mientras la *Cigüeña* se deshacía en cumplimientos desde la puerta de la choza.

– ¿Qué te parece de todo esto? -preguntó la vieja a su hombre entrando de nuevo en el mísero albergue.

– ¿A ti, que te parece? -dijo a su vez el *Rifeño*, quien no gustaba de adelantar nunca su opinión a la de su compañera.

– Pues me parece -contestó la taimada- que ese hombre es nuestro.

– ¿Y tú sabes quién es ese hombre?

– No.

– ¿No oíste hablar, a raíz de la explosión en Montjuich, de un tal Bofarrul, de un agente de policía que se fingió anarquista para descubrir los secretos de los compañeros?

– Sí.

– Pues ese canalla, ese Bofarull, y el inspector que se acaba de marchar de aquí son la misma persona.

– ¡Qué me dices!

– Lo que oyes.

– ¿Pero estás seguro?

– ¡Y tan seguro! ¡como que lo he visto más de veinte veces haciendo papeles de compañero en el centro de Sans!

– ¡Vaya un tío indecente! Menos mal que ahora le ha dado por enamorarse.

– No te fíes, tonta; todo eso son infundios.

– ¡Cá! Por ahí no paso; a nosotras, las mujeres, no se nos despintan algunas cosas. Te digo y te repito que el inspector está loco perdido por una mujer. En lo que no atino es en quien pueda ser esa mujer. Alta… el pelo rojo… de ojos grandes… sin familia… sin casa… vamos que no doy con ella.

– Sí será…

– ¿Quién?

– Imposible.

– Anda, hombre, habla; piensa en que este es un negocio que nos viene a la mano.

– Te digo que es imposible.

– ¿Pero el qué es imposible?

– Nada, una idea disparatada que me ha pasado por la cabeza.

En aquel momento se escuchó en el interior de la cabaña dos leves golpecitos dados en la puerta.

La *Cigüeña* y el *Rifeño* se miraron atónitos. Aquello eran ya demasiadas visitas para tan ruin habitación y para tan míseros inquilinos.

– Será el inspector que se olvido de algo -dijo la mujer en voz baja.

– Puede ser -respondió el hombre.

El importuno manifestó su impaciencia con otros dos golpes más fuertes, aplicados en el mismo sitio.

– ¿Quién va? -gritó el *Rifeño*.

– Abran ustedes -contestó una voz femenina, pero enérgica.

El *Rifeño* abrió.

En el dintel de la puerta, destacando su esbelta figura en fondo de luna, apareció una mujer alta, de cabellos rubios, casi rojos, ojazos inmensos, boca pequeña, nariz perfecta.

– ¿Quién es usted? -preguntó la *Cigüeña*.

– La hija de Damián, el terrorista -contestó la interpelada.

La pareja enmudeció de asombro.

CAPÍTULO XII

Cuando el inspector Claudio López, de regreso de su expedición nocturna, descendió del tranvía de Horta en la plaza de Urquinaona, se quedó quieto en mitad del arroyo, en la actitud indecisa de quien no sabe que hacer, acaso por exceso de cosas en que pensar. Le era lo mismo todo: ir a la oficina, meterse en el más próximo café, vagar como un sablista por las calles más céntricas, esconderse como un delincuente por pasadizos y rinconadas, encerrarse en su casa, tumbarse sobre un banco…; donde quiera que fuera sería víctima de iguales incertidumbres, de parecidas angustias; en ningún sitio le esperaba el descanso, en todos el desvelo y la agitación.

De una necesidad se dio López perfecta cuenta, de conceder a su pena la compensación del desahogo. ¿Pero a quién convertir en depósito de tan amargas cuitas? ¿dónde estaba el corazón amigo, capaz de comprender la hondura de tantas amarguras? ¿cómo llorar ante alguien sin que ese alguien se riera de sus lágrimas?

El atribulado inspector caminaba lentamente, mientras buscaba en su memoria la persona digna de tan íntima confidencia. Quién, conociendo al hombre, le hubiera visto avanzar torpemente, la cabeza baja, la mirada en el suelo, los brazos colgando, creyera que el inspector estaba discurriendo un nuevo plan de ataque a las ocultas guaridas del terrorismo barcelonés, y hasta admirara el valor y las energías de aquel guardián del orden que, esclavo del cumplimiento de su deber, descansaba peleando como el héroe manchego. ¡Eterno engaño de las apariencias!

Al llegar a la plaza de Cataluña, Claudio López aceleró el paso, como si en aquel momento hubiera encontrado rumbo. Tenía con quien hablar, a quien hacer confidente de sus penas, a quien convertir en depósito de sus lágrimas. Algo intempestiva le pareció la hora para llamar en

casa alguna, pues se acercaba la de la media noche, pero en casos extremos de pena no debe pararse mientes en impertinencia más o menos.

El inspector, con tanta prisa ahora, como desmayo antes, y con la misma agitación que si se tratara de un servicio importante y urgente, fuera Rambla abajo, excitando la curiosidad de sus subordinados, distribuidos por la amplia vía a la espera de los terroristas, como cazadores en ojeo.

Al llegar a la altura de la calle del Hospital, se entró el inspector por ella, y tomó luego por la del Robador, para detenerse frente a un portal de modesta pero populosa vivienda.

Llamó al vigilante con dos sonoras palmadas, acudió el hombre, miró al intruso, más por curiosidad que por recelo, abrió, dio al visitante un fósforo encendido, recibió en pago una moneda de diez céntimos, entró en la casa el noctámbulo y cerró de nuevo el guardián, mientras vomitaba malicias, según costumbre adquirida en su vivir penoso sembrado de involuntarias tercerías.

Claudio López subió algunos tramos de la escalera angosta y no muy limpia, y ya la llama del fósforo le calentaba las yemas de los dedos, cuando se detuvo en el más alto rellano y llamó medrosamente en una puerta.

Tardaron algún tiempo en contestar; se oyó en el interior de la habitación el leve rumor causado por el deslizamiento de pies descalzos, alguien se asomó a la mirilla, y no pudiendo distinguir, a causa de la oscuridad, rastro del visitante, preguntó con voz medrosa:

– ¿Quién es?

– Soy yo, Isabel, contestó el inspector.

– ¡D. Claudio! -dijo sorprendida la inquilina.

– El mismo.

– Voy a abrir al instante. Tendrá usted que esperar un momento; estoy casi desnuda.

– Esperaré.

La espera fue corta; duró el tiempo necesitado por la mujer para cubrir su cuerpo con algo que supliera las deficiencias de la camisa.

– Entre usted, entre usted, D. Claudio. ¡Qué sorpresa tan grande! ¡Y a estas horas! ¿Quién iba a esperarle tan tarde después de tantos y tantos días sin acordarse de mí?

– Tiene razón, Isabel, hora intempestiva es, pero sírvame de disculpa que no la elegí yo, la eligió mi pena.

– ¿Le pasa a usted algo? -preguntó la mujer intrigada por las palabras de su antiguo amigo.

Este no contestó, absorto en sus cavilaciones, y siguiendo a Isabel a una modesta habitación, pobremente amueblada, se sentó en una silla y se entregó con anchura a la contemplación de su dolor, que tomaba aspecto más negro alumbrado por la cobarde luz de quinqué de petróleo.

La mujer, que vio a su visitante en penoso éxtasis, se abismó a su vez en los recuerdos de las propias cuitas, y en un momento desfilaron por su memoria las angustias del pasado y las

amarguras del presente. Recordó los peligros y las estrecheces de su vida con el terrorista *Juanillo*, víctima de la explosión de la bomba en el pozo de Damián; el cruel abandono de que fue víctima; el encuentro con Claudio López; la esplendidez de éste premiaba con el cariño de la mujer; la sorpresa sufrida por ella cuando su protector, después del suceso de Montjuich, le confesó su verdadera naturaleza de individuo de la policía, y el buen comportamiento de López, colocando a los hijos de la abandonada en colegios gratuitos y poniendo a la madre en camino de ganarse la vida con trabajos de su sexo. Todo esto lo recordó la infeliz con gratitud, pero dentro de aquel nobilísimo sentimiento se escondía otro, secuela casi inevitable del primero, ya que siempre los favores desinteresados del hombre suelen despertar el amor en el corazón de la mujer.

Después de un rato de silencio levantó Claudio López la cabeza, y fijando la mirada en el cuerpo de la mujer, encogido para mejor cubrirse con la tela de una saya puesta a manera de mantón, le preguntó:

– ¿Qué tal te va, Isabel?

– Muy bien; gracias a las recomendaciones de usted no me niegan trabajo en los almacenes.

– ¿Y los chicos?

– Buenos. Ayer fui a verlos al Asilo. Adelantan mucho.

– Me alegro.

El inspector cesó de preguntar, y para hacer algo, paseó la mirada por los modestos trastos de la habitación. Todo aquello le era muy conocido, y le recordó aquella época durante la que, convertido en ferocísimo anarquista, por correr en busca de la gloria, encontró la pérdida de la tranquilidad. También Isabel, siguiendo el hilo de las miradas de su protector, se acordó de los tiempos en que, convertida en esclava del hombre que le recogió en la calle, anhelaba el ascenso a compañera ganado a fuerza de gratitud y de lealtad.

Aquel segundo paréntesis de silencio les agobiaba como losa de plomo. Los dos deseaban ponerle término, pero los dos también vacilaban, sin encontrar pretexto para reanudar el palique. Fue preciso que Claudio López, en presencia de aquel remedo de vida de familia, se sintiera víctima de una nueva acometida de la pena y se acordara entonces de que había ido a la casa de la amiga para algo más que pare recitar el monólogo de sus cavilaciones.

– ¡Isabel! -dijo el hombre.

– ¿Qué?

– ¿Eres amiga mía?

– Amiga, no; soy algo más, muchísimo más: una hermana, una hija, una madre; todo lo que se puede ser menos lo que usted no quiere que sea.

Claudio López no hizo caso alguno de la andanada amorosa de su amiga, y creyendo llegado el momento de las confidencias, dijo:

– Pues si todo eso eres, no te parecerá extraño que cuando se me coma la tristeza acuda a ti en busca de consuelo.

– ¿Qué le pasa a usted, D. Claudio? -preguntó la mujer, cada vez más intrigada.

– Me pasa una cosa que hace tiempo debí decirte, porque ustedes, las mujeres, tienen en estos asuntos mucho mejor criterio que los hombres, pero me callé; me callé por miedo, por vergüenza, por egoísmo, por… por lo que se calla en estos casos.

– ¿Y qué cosa es esa? Me figuro que no tendrá nada que ver con ello la nueva tanda de bombas; esto es muy natural que le disguste, pero no que le aflija.

– No se trata de bombas.

– ¿De qué se trata entonces?

– Te diré, Isabel, en dos palabras: Estoy enamorado.

Isabel hizo una mueca de pena. Había perdido por completo la esperanza de conquistar el corazón de su protector esgrimiendo las nobilísimas armas de la gratitud y la lealtad, pero el descubrimiento de que Claudio López había puesto los ojos en una mujer, le causó daño, mucho daño. Que no pensara en ella era triste, pero que pensara en otra era horriblemente doloroso. A tal extremo llegó el desencanto de la mísera que, olvidándose de los mandatos del pudor, dejó que la saya se desprendiera de los hombros, extendió las piernas encogidas bajo la camisa y puso de manifiesto ante los ojos y del inspector encantos que la quietud del cuerpo y el sosiego del espíritu habían hecho mucho más tentadores. Pero Claudio López no se fijó en las desnudeces de la carne y de la pena de su protegida. Egoísta, como buen enamorado, donde quiera que mirara sólo veía el fantasma de su propia angustia.

– Sí, Isabel -siguió hablando el cuitado- estoy loco por una mujer que busco por todas partes sin poder encontrarla.

– ¿Y quién es ella? -preguntó con miedo la compañera antigua de *Juanillo*.

– No lo adivinarías nunca.

– Lo creo ¡hay tantas mujeres en el mundo! Pero con seguridad que será la que menos merece el cariño de usted.

– ¿Por qué dices eso?

– Porque siempre sucede lo mismo. Los hombres suelen hacer con el cariño lo mismo que con el dinero: malgastarlo.

– No te diré que no; pero la cosa no tiene remedio. Me he vuelto loco, Isabel, completamente loco. Llevo mucho tiempo sin dormir, sin comer, siempre con el mismo nudo en el alma. Me he olvidado por completo de mi carrera, de mis deberes. Sólo pienso en ella.

– ¿Y quién es sella? -le preguntó otra vez.

– ¿No te acuerdas de que Damián, el terrorista, el cómplice de tu *Juanillo*, tenía una hija?

– Sí, la *Roja*; ya lo creo que lo recuerdo; como que *Juanillo* me abandonó por culpa de ella.

– ¿*Juanillo* era su amante? -bramó el inspector, sintiendo en el pecho un ahogo de rabia.

Isabel estuvo a punto de contestar afirmativamente, siguiendo las órdenes del despecho; pero había retratada en el rostro de su protector desesperación tan grande, que a mentira expiró en los labios, y se movieron éstos torpemente para decir:

– Su amante, no; su pretendiente.

El enamorado respiró con anchura.

– ¿Pero aquélla es…? -siguió hablando Isabel.

– Sí, aquélla; bajé a la sima donde se ocultaba su cabaña, la vi, y después de contemplarla un momento, abandoné aquel lugar nefasto, aquel refugio del crimen, aquel antro tenebroso, dejando en él sentidos, corazón, alegrías, vida…

– ¡Pobre D. Claudio!

– Cuando ocurrió la explosión estaba muy cerca del lugar del suceso, fui a él corriendo, lo registré en todos sus rincones. Trabajo inútil; de María, de la *Roja*, como tú la llamas, no encontré ni rastro. Había huido. ¿Cómo? ¿Dónde? Inútilmente busqué por todas partes; en vano he apelado a todos los medios que mi cargo procura… No la encuentro, no sé dónde se oculta, no sé como vive; y entretanto yo muero, muero lentamente, víctima de la más espantosa de las agonías.

– ¡Pobre D. Claudio! -volvió a decir Isabel sintiendo por su protector tanta lástima como por ella misma-. ¡Pobre D. Claudio!

– ¿Me compadeces?

– Mucho; sé por experiencia que es mal muy terrible el mal de amores.

– ¿Y no harás más que compadecerme?

– ¿Y qué quiere usted que haga, pobre de mí?

– Ayúdame a descubrirla, a encontrarla, tal vez a salvarla.

Isabel se estremeció ligeramente. Aquello era demasiado sacrificio para ella. No se atrevió sin embargo a negarse terminantemente.

– Pues en lo que pueda -dijo- ya sabe usted que puede mandarme como se manda a una esclava.

– Mandarte, no. Es preciso que discurras, que pienses, que preguntes, que busques. Las mujeres tienen más facilidad que los hombres para meterse por cualquier parte.

– Haré todo lo que usted desea, y más, mucho más.

– Sí, busquemos los dos.

– ¿Pero ha pensado usted en una cosa?

– ¿En qué?

– La *Roja* se ocultaba indudablemente ayudada por algún amigacho de su padre.

– Es posible.

– Para encontrarla usted será preciso que se acerque otra vez a los terroristas.

– Me acercaré.

– Estos, que ya saben a que atenerse respecto a usted por lo que han dicho los periódicos, deben guardarle un rencor espantoso.

– No me importa.

– Son gentes muy malas.

– Que lo sean.

– Se vengarán.

– Si pueden.

– Podrán, contando con el cebo de la *Roja*.

– Que me lo pongan; morderé sin vacilar en ese cebo, aunque me cueste la vida.

– ¡Cuánto la quiere! -murmuró Isabel con hondísima tristeza.

La luz del quinqué, menguando rápidamente por agotamiento del combustible, recordó a Claudio López que todas las visitas, hasta las que se hacen con miras egoístas, deben tener un término. Se levantó el hombre de su asiento; hizo lo mismo la mujer; se fijó el primero en la ligereza del traje de su amiga; se ruborizó ésta, cubriendo la carne del busto con la carne de los brazos cruzados a la altura de los pechos, y doblando las rodillas para perder en tamaño lo que ganaba la camisa en largura; y dijo el hombre:

– Estás guapa, Isabel.

– Eso mismo me decía *Juanillo* -contestó la mujer con amargura- y sin embargo le gustó más la *Roja*.

– Estás muy guapa -insistió Claudio López, haciendo caso omiso de la indirecta de su amiga-. La buena vida te prueba admirablemente.

– ¡Quiere Dios que dure!

– ¿Por qué dices eso?

– Porque me da el corazón que voy a perder muy pronto esta tranquilidad. Tengo miedo, miedo a no sé qué.

– ¡Tonterías! Ningún peligro te amenaza.

– Pero puede amenazarle a usted, lo que es muchísimo peor.

– Aprensiones, nada más que aprensiones. Vaya, me voy; es muy tarde.

– Sí, sí: váyase. ¡Y lo que son las cosas! quien le vea salir de mi casa a estas horas se figurará todo menos la verdad.

– Ese es el mundo, Isabel; siempre se juzga por las apariencias.

– ¡Siempre!

– No te olvides de lo que hemos hablado. Busca, pregunta, indaga. No te falta tiempo para ello. Y en cuanto averigües algo avísame sin perder un minuto.

– Así lo haré.

– Adiós, Isabel.

– Adiós, D. Claudio.

Cuando se apagó en la habitación de la protegida de López el ruido causado en la escalera por los pasos del hombre, se llevó la mujer las manos al pecho para contener los latidos violentos del corazón, y se cubrió después con ellas los ojos para que sirvieran de dique al torrente de las lágrimas.

Mucho tiempo estuvo llorando con desconsuelo, viendo la quiebra definitiva de sus ilusiones, y si consiguió que la fuente de sus ojos se secara y que volvieran las energías a su decaído espíritu, fue porque la idea del desengaño se vio sustituida por la idea de la venganza.

– ¡La *Roja*! -pensó la cuitada- ¡siempre la *Roja*!

Pensaba entonces en que la hija del terrorista Damián era la causa de sus dolores pasados y de sus angustias presentes. Ella le arrebató la compañía de *Juanillo*, ella le quitaba el cariño de Claudio López, por ella se veía sola, triste, despreciada. ¡Maldita mujer!

– La buscaré -se dijo Isabel- la buscaré y la encontraré. Sí, la encontraré para mi venganza y para la salvación de Claudio. No tengo la menor duda de que éste corre en peligro gravísimo, que él no ve porque el amor lo ciega. Lo salvaré y me vengaré.

CAPITULO XIII

– ¡La hija de Damián! -exclamaron a dúo la *Cigüeña* y el *Rifeño*.

– La misma -contestó la interesada y así diciendo avanzó majestuosamente en la alfombra de luna que cubría el suelo de la cabaña.

La vieja contempló con envidia a la recién llegada. El inspector no había exagerado. Era hermosa, espléndidamente hermosa, y su belleza tomaba en aquellos instantes caracteres más atractivos con las pinceladas de púrpura que la ira puso en las mejillas de la mujer.

– Cierre usted la puerta -dijo la *Roja* imperativamente, dirigiéndose al *Rifeño*.

El hombre obedeció. Su mente, anquilosada por la costumbre de holgar, no acertaba a coger el hilo en la madeja de aquellos sucesos estupendos.

La joven terrorista, buscando con rápida mirada la silla que ofrecía mayores garantías de limpieza y solidez, se sentó en ella, diciendo al mismo tiempo:

– Pueden evitarse el trabajo de buscarme; yo misma vengo a meterme en la boca del lobo. Avisen a ese tío al momento; corre, *Rifeño*, todavía estará cerca; que vuelva, que me detenga, que me lleve a la cárcel, luego a la audiencia, más tarde al palo. Así como así, la burguesía de Barcelona necesita sangre de pobre para que se le pase el susto.

– Pero que está usted diciendo, que estás diciendo -habló la *Cigüeña*- ¡Buscarte nosotros! ¡entregarte nosotros! y… ¡para que te enchiqueren! ¡para que te ahorquen! ¿Has oído, *Rifeño*?

– Déjala -gruñó el hombre-. La compañera no nos conoce.

– Además -siguió diciendo la vieja- que usted… que tú no sabes lo que hay.

– Lo sé todo.

– Me parece…

– Lo sé todo, porque todo lo he oído.

– Entonces sabrás que ese inspector te quiere como un loco.

– Ese inspector miente.

– ¡Que miente!...

– Miente como mintió antes, como mentirá después. Todo lo que dice es una comedia. Meses atrás se fingió compañero para producir mi desgracia, mi soledad, mi abandono; ahora se finge enamorado para causar mi perdición, mi muerte.

– ¡Será posible! -murmuró la *Cigüeña* sin dar crédito a lo que oía.

– ¿Será canalla? -bramó el *Rifeño*, apretando los dientes de rabia.

– ¡Y tan posible! ¡y tan canalla! -contestó la *Roja*-. Lo conozco bien y es capaz de todo por dar gusto a los ricos y acabar con los pobres.

– Pues no lo conseguirá -gritó el hombre-. Que vuelva, que vuelva pronto y yo te aseguro que le parto el corazón de una puñalada.

– Es muy poco -murmuró la *Roja*.

Los tres interlocutores enmudecieron para entregarse a la contemplación de sus propios pensamientos. En la cabaña no se oía más ruido que los causados por el chisporroteo de una vela y el deslizar cauteloso de las sabandijas en las paredes de tabla.

La *Cigüeña* fue la encargada de reanudar el palique al sentir el cosquilleo intolerable de la curiosidad.

– Oye -preguntó-. ¿Y qué es de tu vida? ¿cómo te salvaste de aquel estropicio de Montjuich? ¿dónde te metiste?

La *Roja* hizo breve relación de la catástrofe ocurrida en la cabaña de su padre y de la manera milagrosa con que salvó la vida. Respecto a las otras preguntas de la vieja las contestó con vaguedades, sin comprometerse con una confesión explícita, por no saber aún el grado de confianza que debían merecerle aquellos seres astrosos.

– ¿Quieres que te diga una cosa? -habló la *Cigüeña* cuando la *Roja* hubo concluido el relato de sus dedichas.

– ¿Qué cosa?

– Que con todo lo que tú me has dicho, y lo que yo he podido ver aquí mismo, no me convenzo de que ese inspector esté haciendo una comedia. Y si no, vamos a ver: ¿Por qué ese tío se ha callado tu nombre hasta el punto de que no ha salido en ninguno de los papeles que venden por las calles? ¿Qué se propone con buscarte él solo, después de no haberte comprometido en nada?

El argumento tenía una lógica aplastante, y la *Roja* se quedó pensativa; el *Rifeño* no se tomó la molestia de discurrir: esperaba, como siempre, que los demás pensaran por él.

– Además -siguió diciendo la vieja-. A mi no se me despintan ciertas cosas; yo también he sido joven y no mal parecida, aunque me esté mal el decirlo, y sé de estos negocios tanto como la primera. La cara de ese hombre, la manera de hablar, su facha de colegial, todos esos detalles no mienten. Si lo hubieran oído…

– Te dije que lo he oído.

– Pues si lo hubieras visto…

– También lo vi.

– No lo entiendo.

– Es muy fácil; metiendo los ojos y las orejas por una grieta de la pared.

– Pues si lo has oído y lo has visto comprenderás que tengo razón en sospechar que ese hombre será todo lo canalla que quieras, pero en esta ocasión no es un embustero.

La *Roja* se quedó de nuevo pensativa. De pronto en su rostro hermoso se dibujó un gesto de diabólica satisfacción; sus grandes ojos lanzaron relámpagos de alegría; su barbilla tembló de gusto.

– ¡Si acertaras!... -murmuró.

– Qué ¿te gustaría? -preguntó la *Cigüeña* socarronamente.

– Mucho más de lo que puedes creer.

– ¡A que todo acaba en boda! -dijo la vieja.

El *Rifeño* gruñó como fiera acorralada.

– En boda, te aseguro que no -contestó la *Roja*.

– Ha sido un decir; nosotras, las compañeras, no nos casamos. Pero es lo mismo.

– Si, lo mismo.

La joven terrorista contestaba maquinalmente. En su cabeza bullían las ideas como el agua en una caldera. No podía estarse quieta en su asiento.

– Es necesario, absolutamente necesario -dijo- que sepa a que atenerme respecto a los sentimientos que inspiró a ese hombre.

– ¡Tanta prisa te corre! -preguntó el *Rifeño* con voz sorda.

– Toda la que me puede correr.

– Está tan chalada como él -habló la vieja.

La paciencia de la *Roja* se acabó en aquel momento; se puso en pie con brusco ademán, rodó la silla por el suelo, y lentamente, pesando las palabras a una en la balanza de su odio, dijo:

– Imbéciles, ¿no comprenden que si me gusta que ese hombre se haya enamorado de mí, si deseo estar segura de ello, es porque así conviene a mis propósitos de venganza? Si ese canalla, ese espía, ese traidor ha puesto los ojos en estos ojos, yo les aseguro que cegará para siempre; dolor por dolor, vergüenza por vergüenza, pena por pena; tal es mi sentencia.

El *Rifeño* olfateó como los caballos de guerra cuando huelen la pólvora; la *Cigüeña* se quedó con un palmo de boca abierta contemplando a la *Roja*, que estaba magnífica, derecha en el centro de la estancia, relampagueante, manoteando en el aire, convertida por obra de la ira en imagen de la venganza.

– ¿De modo -preguntó la *Cigüeña*- que tu alegría es broma?

– Broma, no. ¿Te parece razón pequeña para alegrarme, la idea de que ese hombre, al que aborrezco con toda mi alma, es mío; y no mío para el carió, sino para el castigo, para la justicia? Por fin ha sonado mi hora, mejor dicho, nuestra hora, porque también ustedes son sus víctimas, también a ustedes los ha perseguido como fieras, también tiene hambre de su dicha, sed de su sangre.

– Tienes razón, compañera -gritó el *Rifeño*-. Aquí estamos, ordena y te obedecemos sin chistar. ¿Qué mandas?

– La *Roja* se quedó pensativa. Torturaba su mente para que buscara una venganza lenta, larga, pero horrible, sangrienta, digna por su duración y su intensidad de la magnitud del daño y de la ofensa. Después de algunos momentos de meditación, sus ojos tomaron un brillo inusitado, sus mejillas se colorearon, su pecho se dilató; era indudable que en el cerebro de la hermosa terrorista había brotado la idea perseguida; así lo daban también a entender los monosílabos que salían de su boca como respuestas satisfactorias a preguntas mentales.

El *Rifeño* y la *Cigüeña* la contemplaban mudos y atentos, como mira al cazador el perro que espera el más pequeño azuzamiento para lanzarse sobre la pieza.

– Eso es -dijo la *Roja* en alta voz.

– ¡Qué! -preguntó la pareja ansiosamente.

– Tú -habló la joven dirigiéndose a la vieja- vas mañana temprano en busca de ese hombre y le dices que has encontrado mi rastro. Procura que venga aquí en las primeras horas de la tarde, y cuando llegue a esta cabaña lo mandas al merendero de *Rap* con encargo de que pregunte por el dueño.

– ¿Dónde está ese merendero? -preguntó la bruja.

– ¿No lo han oído nombrar?

– Eso sí; pero como nosotros no tenemos el vicio de merendar…

– Pues siguiendo este sendero, en la primera hondonada de la montaña; no tiene pierde. ¿Has comprendido bien?

– Perfectamente.

– ¿Y yo que hago? -preguntó el *Rifeño*, deseando saber su papel en el drama que se avecinaba.

– Tú, esperas; no te impacientes, que no te faltará trabajo.

– ¿Y eso es todo? -dijo la *Cigüeña*, la que reventaba por saber algo más de lo que bullía en la mente de la vengativa terrorista.

– Por ahora, sí -contestó la interpelada-. Les advierto además que, si tardan algunos días en verme, no se impacienten; espérenme hasta por egoísmo, que si buenos frutos esperaban de sus servicios al inspector, acaso los obtengan mejores de mi ayuda.

La *Roja* hizo ademán de marcharse, y en aquel instante se acordó de Carlitos, de las cuitas del niño, de que el objeto principal que la llevó a la cabaña del *Rifeño* fue adquirir antecedentes que aclararan en todo o en parte el misterio que rodeaba al rapaz; pero comprendiendo que la agitación de su espíritu no le permitía aventurarse con probabilidades de buen éxito en el campo de las investigaciones, decidió dejar este asunto para momento más oportuno.

– Quedamos conformes -dijo la *Roja* al tiempo de marcharse-. Primero traigan ese canalla aquí y luego mándenlo al merendero de *Rap*; pero a él solo.

– Pierde cuidado -contestaron a dúo el *Rifeño* y la *Cigüeña*.

Se fue la terrorista, volviendo de cuando en cuando la cabeza para asegurarse de que no era seguida por nadie, y quedó sola la pareja de bergantes, comentando los sucesos ocurridos dos momentos antes en la cabaña.

– ¡Es toda una mujer! -exclamó el hombre entusiasmado-. No le arriendo la ganancia al soplón.

– ¿Bueno, y nosotros qué vamos ganando con esto? -preguntó la mujer.

– Aunque perdamos lo que perdamos, que poco tiene que ser, nuestra obligación es ayudar a la compañera. Acuérdate de los infelices que ese tío habrá llevado a la cárcel y al palo; piensa en los que murieron en la explosión de Montjuich; piensa en la rabia con que nos perseguirá a nosotros si no creyera que le hacemos falta…

– Es verdad.

Mientras así departían los secuestradores de Carlitos, llegaba la *Roja* al merendero y calmaba con su presencia la inquietud de *Rap*, a quien tan largo eclipse de su amiga le hizo temer una desgracia.

– ¿Y Carlitos? -preguntó la mujer.

– El pobrecillo, cansado de esperar, se ha dormido.

– Mejor; así no se enterará de nada.

En aquel instante se fijó *Rap* en el rostro pletórico de felicidad que mostraba su compañera, y pensó que alguna nueva interesantísima era causa de aquel derroche de satisfacción.

– ¡Estás muy contenta! -habló el fenómeno con miedo.

– ¡Ya lo creo que lo estoy! y me sobra motivo para ello.

– Pues ¿qué pasa?

– Ahí es nada: que lo he visto.

– ¿A quién? -preguntó *Rap* crispando los puños.

– ¡A quién ha de ser! Al inspector Claudio López.

– ¿Él…?

– El mismo. Y no sólo lo he visto hoy, sino que le hablaré mañana.

– ¿Dónde?

– Aquí.

– ¡Aquí!

– Sí.

– Tú me engañas.

– No te engaño. Vendrá, hablaremos, nos entenderemos…

La *Roja* se detuvo al ver la palidez espantosa que se apoderaba del rostro feísimo de su compañero. Se dio cuenta al punto de la naturaleza de los sentimientos que habían producido tan hondo quebranto en el espíritu de *Rap*, y con ánimo de tranquilizarlo le dijo:

– Sí, amigo mío; ha llegado mi hora, la de mi venganza, la de cobrarme de ese canalla la deuda de abandono, de traición, de embustes, de sangre, de lágrimas. Dime si tengo razón para estar contenta y para reír. Mañana, *Rap*, mañana…

La *Roja*, hablando así, estaba imponente, magnifica y acaso más hermosa que nunca; el fuego de la ira prestó a sus ojos brillo deslumbrador, el coraje coloreó sus mejillas hasta el extremo de convertirlas en ascuas, sus labios temblaban ligeramente, sus senos ondulaban al compás marcado por los violentos latidos del corazón.

Rap contemplaba absorto; la agitación del primer instante sucedió una placidez halagadora; se había curado del horrible mal de los celos ¿qué más quería?

– Mañana -habló la *Roja*- te irás de aquí con Carlitos, diciendo a éste que lo llevas a su palacio.

– ¿Y tú?

– Yo necesito quedarme sola.

– ¡Sola! -murmuró el fenómeno con miedo.

– No temas, aquí tengo un compañero.

Así hablando se dirigió a un armario empotrado en la pared de la choza, sacó el puñal caído de las manos de *Rap* cuando su primer encuentro en la cueva de Montjuich, y mostrándolo al hombre, le dijo:

– ¿Lo conoces?

– Sí -contestó *Rap* con miedo.

– El me defenderá mejor que nadie -añadió la terrorista al mismo tiempo que escondía el arma debajo del corpiño-. Ya ahora basta de conversación; mañana tenemos que trabajar mucho. Tú, a dormir; yo a recrearme con la certeza de mi próxima venganza.

CAPÍTULO XIV

El inspector Claudio López, los codos sobre la mesa de trabajo de su oficina, la cabeza apoyada en las palmas de las manos, los ojos cerrados, los oídos atentos al bullir de las ideas en el cerebro, medita. Los subalternos que, al cruzar por el pasillo al que se abre la puerta del despacho, miran al interior con involuntaria curiosidad, moderan el paso para ni distraer al funcionario, y piensan que alguna nueva pista encontrada en el tenebroso asunto del terrorismo barcelonés es la causa que motiva el ensimismamiento del hombre. Sobre la mesa, en pintoresco desorden, se ven útiles de escribir, oficios abiertos, reglamentos impresos, algunos libros y varias armas secuestradas en reciente cacheo.

Claudio López vulva de su éxtasis requerido por su ordenanza, que llama con los nudillos en la puerta abierta.

– Señor inspector -dice el sirviente- señor inspector.

– ¿Qué pasa?

– Una vieja, la misma que estuvo la otra noche, desea ver a usted con urgencia.

– Que pase, que pase al momento.

El hombre no tuvo apenas tiempo para reponerse de la sorpresa, porque ya la *Cigüeña*, fingiendo una sonrisa con su boca desdentada, entraba en el despacho y se colocaba delante del funcionario con la libertad y desparpajo de quien es portador de buenas noticias.

– ¿Qué hay de nuevo? -preguntó Claudio.

– Mucho, señor; ya está usted servido.

– ¡Cómo! -exclamó el enamorado no acertando a dar crédito a lo que oía.

– Sí, señor, servido por completo. Sé dónde está la joven.

Claudio López se levantó en actitud de marcha.

– Espere usted -añadió la mujer-. Luego… esta tarde.

– ¿A qué hora?

– A las dos.

– ¿Dónde?

– En mi casa.

– ¡En su casa!

– Sí; allí nos reuniremos y le diré a usted el sitio en que se esconde.

– Bueno.

– ¿No faltará usted?

– No faltaré.

Se fue la bruja y quedó sólo Claudio López, convertido en otro hombre. No podía estarse quieto; salió y entró cien veces en su despacho; hizo cincuenta viajes sin motivo a todos los departamentos de la oficina; habló con sus compañeros con más locuacidad que nunca, llegando a tal extremo en sus demostraciones de contento, que todos creyeron seguro que se avecinaba algún suceso que diera al traste con el misterio que rodeaba a los atentados terroristas.

Al sonar la hora del mediodía llegó al colmo la nerviosidad del inspector, y cuando se escuchó la seca campanada de la una en el reloj de la Bolsa, fue Claudio López el primero que se fue de la oficina, contestando a los que le preguntaron por la causa de tanta prisa que tenía que desempeñar un servicio importantísimo y urgente.

– Cosa de las bombas ¡eh! -le decían con misterio.

El sonreía como dando a entender que la prudencia le prohibía contestar afirmativamente.

En la primera taberna que encontró a su paso por las calles, hizo engaño al hambre, bebiendo un ponche de un solo trago, y con el caminar más rápido de sus nerviosas piernas se dirigió a la plaza de Urquinaona para tomar en tranvía de Horta.

El largo trayecto que separa la ciudad de aquella barriada le pareció interminable. Cada detención del carruaje era recibida por el viajero con un crispamiento de cólera. Tentaciones tuvo de hacer valer su autoridad para obligar al conductor a que no obedeciera más órdenes que las dictadas por la impaciencia del enamorado.

Por fin el tranvía se detuvo en el centro del poblado. Bajó el hombre del vehículo y se lanzó como un loco por las calles que llevaban a las afueras.

Claudio López caminaba en derechura, sin volver una sola vez la cabeza, como si sintiera desprecio profundo por todo lo que quedaba atrás en su rápida carrera.

A esa abstracción absoluta del ánimo del hombre debió no descubrir que no iba solo por el camino estrecho que se perdía en la falda montañosa; que a pocos pasos, y buscando defensas para su espionaje en los árboles y tapias del camino, lo seguía un bulto; que ese bulto era una mujer y que esa mujer era Isabel.

Era Isabel que, firme en su propósito de defender a su protector del grave peligro que se escondía en el cariño hacia la *Roja*, se propuso convertirse en la sombra del hombre, siguiéndole en sus quijotescas andanzas por los suburbios de la ciudad; era la Isabel agradecida, la Isabel enamorada, la Isabel celosa, ya que todo esto, el amor, la gratitud, la rabia, tenían igual parte en los afanes del corazón herido de la infeliz.

El reloj del héroe marcaba las dos cuando el hombre llamaba a la cabaña de la *Cigüeña*.

– ¡Adelante! -dijo la vieja.

Claudio entró.

– Así me gustan los hombres, puntuales -añadió la *Cigüeña* con sorna no exenta de envidia.

– Bueno ¿y qué? -preguntó él, saliéndosele el alma por la boca.

– Pues mire usted, salgamos fuera y le daré las señas. No tiene pierde.

Salieron al exterior y allí, apuntando con el brazo descarnado hacia a la montaña, indicó la mujer a Claudio López la dirección del merendero de *Rap*.

– Cuando llegue al merendero pregunte por el dueño y nada más.

– Pero ¿y ella?

– Vaya usted, hombre, vaya usted y no sea posma; hasta puede ser que lo esperen.

El enamorado no quiso oír más. Sin despedirse de la vieja emprendió la caminata sendero adelante, y cuando en una revuelta se ofreció a sus ojos la pobrísima fábrica del merendero, se detuvo un momento para sujetar el corazón, que parecía querer saltársele del pecho para llegar antes que la carne al paraíso de su dicha.

Después de brevísima detención, Claudio López se dirigió resueltamente a la vivienda de *Rap*; entró en el cobertizo y se paró un momento para escuchar. No se oía el más pequeño ruido; cualquiera pensara que la cabaña estaba inhabilitada; el hombre tembló.

En la pared había una puerta; fue López hacia ella; la empujó; miró al interior; de la boca del hombre se escapó un grito de suprema alegría, y con impulso irresistible penetró en la estancia para caer a los pies de la *Roja*, diciendo con ternura inefable:

– ¡Por fin!

La *Roja* estaba bellísima; con satánica coquetería se había esmerado en aderezar su natural hermosura, apelando a todos los recursos que le procuró el instinto femenino.

Al ver a su amor de un día, a su odio de toda la vida rendido a sus pies, se dibujó en sus labios una sonrisa de triunfo.

– ¡Por fin! -siguió tartamudeando Claudio López-. Por fin te encuentro, María, mi bien, mi dicha…

– ¿Acaso me buscabas? -preguntó la mujer.

– ¿Y lo dudas?

– No lo dudo; tu deber era ese: buscarme, como buscaste a los otros, como buscaste a mi padre.

– ¡María! ¡Qué recuerdos más horribles!

– Muy horribles.

– ¿Acaso sabes…?

– Lo sé todo.

– ¿Y me guardas rencor? No, dime que no. Es cierto que te mentí, que te engañé, pero también lo es que te quise entonces, que te quiero ahora, que te querré siempre. ¡Si supieras, María! Mi vida entera está consagrada a ti; te he buscado durante días y días por todas partes; todos mis deseos, todas mis ansias se han reducido a un deseo solo, a una ansia única, a buscarte, a hacerte mía, a no separarme más de ti. Porque no nos separáramos nunca ¿no es verdad, María?

– Nos separáramos -dijo sordamente la *Roja*-. Nos separáramos… para no volvernos a ver.

– ¡Horror! -exclamó López-. ¿Acaso me has olvidado? ¿Acaso no me quieres? ¿Acaso me aborreces?

– Tal vez.

– ¿Por qué?

– Nos separa un charco de sangre.

El cuitado se dejó caer sobre una silla, presa del mayor de los desalientos. La mujer, derecha, en actitud de estatua, puso la mirada en el techo, dejando ver abierto de par en par el abismo de sus ojos. De pronto el inspector se levantó, se acercó a la *Roja*, cogió entre sus manos una de las de la mujer, y balbuciente, agotó el repertorio de las ternuras, de las súplicas, de las quejas; procuró sincerarse de todos los cargos que pudieran influir en el ánimo de la requerida, y cuando no quedaba palabra por pronunciar de su léxico de enamorado, dijo con miedo:

– ¿Y ahora me odiarás aún?

La *Roja* fingió vacilar; aquella vacilación la tomó Claudio por señal de próximo asentimiento, y para llegar cuanto antes al instante de la dicha, dio un repaso rápido a su tierno alegato, terminándolo con firme promesa de convertirse en esclavo de la mujer amada.

– Haré cuanto tú quieras, alma mía.

– ¿Todo? -preguntó la *Roja* con retintín.

– Todo.

– ¿También ayudarme en mi obra?

– ¿En qué obra?

– En la de mi venganza.

– No entiendo… -murmuró Claudio López con miedo.

– Mi padre muerto se levanta todos los días de su tumba para ordenarme que continúe su obra.

– ¡Tú! -gritó el inspector estremeciéndose violentamente con la estupenda revelación.

– ¡Eres tú!... ¡Tú!... ¡Horror!

Así exclamando se llevó el hombre las manos a la cara para ocultar su espanto.

Al verlo la *Roja* en aquella actitud, se separó de él, diciendo con desprecio:

– Ya lo sabes todo: ahora cumple con tu deber; entrégame a la justicia; yo estoy muy tranquila porque cumplo con el mío.

Hubo un intervalo de silencio, sólo interrumpido por los sollozos de Claudio López. Aquel hombre, acostumbrado al roce con todos los dolores, padecía entonces los embates de una pena cuya existencia no pudo sospechar siquiera. Los sufrimientos del infierno le parecieron dichas inefables comparados con los que despedazaban su corazón y convertían sus ojos en cataratas de llanto.

– ¡Cumplir con mi deber! ¡entregarte! -murmuró el triste-. ¿Y dónde está mi deber? ¿Cómo entregar mi propia vida?

Después de unos momentos de vacilación, se acercó Claudio López a la *Roja* y le habló con voz temblona:

– ¡María, mi alma, mi todo! Aún es tiempo, arrepiéntete, a mi lado serás buena.

– ¡Arrepentirme! -dijo la mujer-. ¿De qué? ¿No te he dicho antes que no hago más que cumplir con mi deber?

El inspector derrochó el caudal de su elocuencia para persuadir a la terrorista de la necesidad de cambiar de vida, de darse por cobrada en sus ansias de venganza con el daño hecho, con la sangre vertida, con el terror causado; todo inútil; las palabras, las súplicas del enamorado se estrellaban como en un muro en la fiereza de la hermosa mujer. Y fue de advertir que, cuanto más indigna de su cariño la veía el hombre, cuanto más implacable se presentaba a sus ojos, cuanto más alardeaba de su odio inexplicable, más la quería el cuitado.

– ¡Hazlo por mi cariño! -dijo el hombre como resumen de sus ruegos.

– ¡Por tu cariño! -murmuró la mujer-. ¡Y qué me importa a mí de tu cariño!

– ¡María!

– Yo necesito el cariño de un hombre, no de una hembra; de un compañero, no de un burgués; de uno que odie, no de uno que olvide; de uno que me ayude, no de uno que me aconseje.

– De manera que yo…

– Tú… tú no me sirves.

Aquel insulto causó en el ánimo de López el efecto de un latigazo brutal.

– ¿Qué no te sirvo?

– No, tú no odias como yo, no estás herido como yo, no tienes tanto corazón como yo. Y sobre todo, tú no me quieres como yo necesito, porque si me quisieras tanto como dices, lejos de temblar como un cobarde, me ayudarías en mi obra de justicia. Pero lo que tú no haces otro lo hará, y para él serán mis caricias, mis besos, mi cariño…

– Eso no, jamás; calla, calla, por piedad; ¡de otro hombre tus caricias, tus besos, tu cariño!... ¡primero la muerte!

Claudio López se puso a dar vueltas, como fiera enjaulada, por la pequeña estancia; la *Roja* le acompañaba con la mirada fija, ardiente, hipnótica, como sigue el domador con los ojos a la bestia selvática. El cuitado recitaba el monólogo de sus cuitas, de sus tormentos, de sus vacilaciones, interrumpido con ayes frecuentes, salidos de lo profundo del alma. La mujer iba poco a poco acentuando en su boca la sonrisa del triunfo.

De pronto el hombre se detuvo delante de la *Roja*; su rostro estaba demudado, su respiración era fatigosa, como la del que descansa después de un viaje largo y accidentado. Miró a la mujer en los hermosos ojos, que se abrieron desmesuradamente para tragarse la víctima, consumando la obra de la embriaguez de amor, y le preguntó con tono resuelto y voz sorda:

– Si te ayudo ¿serás mía?

– Tuya.

– ¿Y me querrás?

– Con toda mi alma.

– Mándame ¿qué he de hacer?

– Mira.

El hombre buscó con la mirada el punto señalado por el brazo de la mujer extendido.

Aquel bulto era un recipiente de hierro herméticamente cerrado, en cuya preparación emplearon la mañana entera la *Roja* y *Rap*.

– ¿Qué es eso? -preguntó Claudio López sin poder disimular un movimiento de terror.

– Una bomba -contestó la mujer fríamente.

– ¿Para qué?

– Para que la coloque en el centro de la ciudad el que pretenda como premio la posesión de mi cuerpo.

El enamorado bajó la cabeza; otra vez su corazón y su cerebro fueron teatro de cruentísima batalla; pero sintió cerca de su boca el aliento tibio de la mujer, percibía el olor a belleza desprendido del cuerpo de su amada, y otra vez triunfo el cariño, el frenesí, la locura.

– ¿Y serás mía? -preguntó el mísero.

– Nada más que tuya -contestó la *Roja*, procurando envolver sus palabras en la mayor ternura.

– ¿Cuándo?

– Al regreso: esta noche.

– ¿Aquí?

– Aquí mismo.

– ¿Y para siempre?

– Para siempre.

El hombre se dirigió con decisión al sitio donde estaba la bomba, y la cogió resueltamente con las manos trémulas.

– Con cuidado -dijo la mujer-. No la vuelvas hasta el momento oportuno: es de inversión.

Claudio López envolvió el artefacto con dos periódicos que le dio la terrorista y se dispuso a salir del merendero, llevando debajo del brazo el mortífero paquete. En el momento de dirigirse a la puerta, lo detuvo la mujer.

– ¿No me pides nada por adelantado? -le preguntó.

Así hablando, acercó su cara bellísima al rostro desencajado de su víctima, y ésta estampó en la boca de su amada un beso largo, fuerte, ruidoso, que se acercaba más al mordisco que al ósculo.

– Hasta luego -gritó el hombre, y se alejó del merendero saboreando con delicia el néctar del beso.

– Hasta luego -le contestó la *Roja*, contemplando con los ojos preñados de satánica alegría como se alejaba el hábil perseguidor de los terroristas, y luego añadió con sorna-: Ahora empieza mi venganza.

Cuando Claudio López desapareció en una revuelta del sendero, entró la *Roja* en la cabaña, y se puso a hacer preparativos de marcha para cumplir la segunda parte de su plan vengativo: el abandono del merendero. La tarde estaba muy adelantada, y Carlitos y *Rap* se impacientarían esperando a su amiga. Esta hizo un pequeño lío con la media docena de prendas de ropa que merecían ser conservadas, dirigió una mirada triste a las paredes aquellas que le dieron abrigo durante algún tiempo, abrió la puerta, y en el momento de salir al exterior, se quedó sorprendida al descubrir que en el cobertizo había una mujer.

– ¿Qué se le ofrece? -preguntó la *Roja*, deseando poner pronto término a la curiosidad de la intrusa.

– Hablar con usted dos palabras -contestó la aparecida en ese tonillo impertinente empleado por las hembras bravías al dar comienzo a sus peleas.

– No le conozco a usted -dijo al terrorista.

– Se engaña.

– ¡Lo querrá usted saber mejor que yo!

– ¡Claro que lo sé! No me conoce de vista, pero si de oídas. Soy la compañera de *Juanillo*.

– ¡Isabel!

– La misma.

– ¿Y qué se le ofrece? -dijo la *Roja*, dulcificando algo la voz al saber la condición de su visitante.

– Pues se me ofrece pedirle a usted un favor: el favor de que no se ponga en mi camino, porque a este paso no habrá hombre para mí en el mundo. Primero *Juanillo*, ahora Claudio.

– ¿De manera que usted…?

– Sí, yo quiero a ese hombre que se acaba de marchar de aquí…

– ¿A ese espía? ¿a ese…?

– Sí, a ese.

– Pues, hija, se lo regalo.

– De modo que usted no lo quiere.

– Lo quiero y no lo quiero.

– No lo entiendo.

– Lo quiero para la venganza.

– ¿Para la venganza?

– Sí; luego tendrá usted noticias de él; es todo un hombre; se lo recomiendo si algún día le estorba alguien.

– ¿Qué quiere usted decir? -preguntó Isabel temblando de miedo.

– Nada; es tarde y tengo prisa.

– Usted se va, y se va con un paquete debajo del brazo, como quien no piensa volver.

– ¿Y a usted que le importa?

– Más de lo que cree; me importa tanto que desde este momento me convierto en la sombra de usted; de lo que le sucede a Claudio López me responde usted.

Aquello era demasiada impertinencia, y además un peligro con el que no contaba la *Roja*. Descubierta y vigilada por la intrusa, no podía escapar a las investigaciones de Claudio López si éste salía sin quebranto de su criminal aventura. No tenía más remedio que alejar a Isabel, costara lo que costara. Dejó la *Roja* el paquete en el suelo y dijo a su rival:

– Mire usted, lo mejor es que sigamos cada una su camino. No olvidemos que somos compañeras.

– ¡Yo compañera de usted! -contestó Isabel-. ¡Qué disparate! Aquí estoy y aquí me quedo, o tras usted voy, hasta que sepa que a Claudio no le ha pasado nada malo.

– Pues ni se queda usted ni me sigue usted -gritó la *Roja* montando en cólera.

– Pues veamos como me lo impide -replicó Isabel poniendo los brazos en jarra.

La situación era gravísima; aquel inesperado accidente amenazaba trastornar los planes de la *Roja*; el tiempo pasaba; urgía tomar un partido.

– Váyase usted -dijo la terrorista con voz seca y ademán resuelto.

– No me voy.

La *Roja*, los ojos inyectados en irá, las manos crispadas, avanzó hacia su rival.

– ¡Qué se vaya usted!

– He dicho que no.

La iracunda dueña del merendero se llevó las manos al pecho para contener los latidos del corazón, que golpeaba de rabia en las paredes de carne; sus dedos tropezaron con un objeto duro: aquel objeto era el puñal allí escondido como defensa contra los posibles desmanes de Claudio.

– Por última vez ¿te vas?

– No, y no.

Rápida como el pensamiento sacó la *Roja* su mano derecha armada con el puñal, levantó el brazo y hundió el arma en el corazón de Isabel, que se desplomó en el cobertizo sin lanzar un solo grito.

Al ver caída a su víctima, la matadora fue en busca del paquete, metió en él el puñal ensangrentado, y se disponía a huir del lugar del crimen cuando un pensamiento diabólico se aferró a su mente. Sin la menor vacilación cogió una pierna del cadáver, lo arrastró hasta meterlo en el interior de la vivienda, echó sobre él todos los objetos de madera que había en la choza, vació en el montón el contenido de una botella de petróleo, encendió un fósforo, acercó la llama al líquido, y cuando empezó a humear aquella improvisada hoguera, se fue de la casa con tranquilidad de una Tosca y tomó con paso rápido el camino de la ciudad, volviendo de tarde en tarde la cabeza para contemplar el sitio donde se levantaba el mísero merendero de *Rap*.

CAPÍTULO XV

Llevaban Carlitos y *Rap* muchas horas de espera en el lugar designado para el encuentro con la *Roja*, y ya la impaciencia se traducía en sordos gruñidos del monstruo y en incesantes quejas del niño, cuando la despierta mirada del segundo, fija en el horizonte para descubrir a su protegida, se animó de pronto con brillo inusitado.

– Por allí viene -gritó, y se precipitó al encuentro de su amiga, seguido penosamente por el fenómeno, cuyas piernas cortas y torcidas protestaban de tales apresuramientos.

– ¡Cuánto has tardado! -dijo Carlitos al reunirse con la *Roja*.

– No he podido venir antes -contestó la mujer con el tono más natural del mundo, y como si la tardanza no fuera fruto de los espantosos crímenes cometidos por ella horas antes en el incendiado merendero.

– Ahora iremos al palacio ¿verdad? -preguntó el niño.

– Sí, ahora mismo.

– ¡Qué gusto!

– Pero no entraremos por la puerta principal.

– ¿Por qué no?

– Porque el portero nos cerraría el paso.

– ¡Se guardará muy bien! -dijo el rapaz cándidamente indignado.

– Como se guardó el día que te escapaste.

– Es verdad.

– Entraremos por la puerta del jardín. Esperaremos a que no pase nadie; *Rap* nos abrirá la puerta, y una vez dentro ya pensaremos lo que conviene hacer.

El original tercero llegó a la amplía vía donde se levantaba el palacio del Duque de Montebajo. En el portal espléndido, y cómodamente sentado en una silla, el portero, sin librea y con anchura de quien está lejos de la mirada impertinente del dueño, leía un periódico. Los balcones cerrados daban a conocer la soledad del inmueble.

La *Roja* y sus acompañantes dieron la vuelta a la finca, y bordeando el inmenso parque, se vieron junto a la verja, en el lugar donde se abría la puerta excusada que daba acceso al jardín. Mientras la mujer y el niño cuidaban de que nadie descubriera la maniobra, *Rap*, con gran destreza y valiéndose por toda herramienta de un hierro doblado en la punta, violentó la cerradura, y a los pocos momentos se cerraba de nuevo la puerta, después de haber dado paso a los moradores del merendero.

Cuando el rapaz se vio en el teatro de sus correrías infantiles no pudo ocultar su satisfacción.

– Por aquí, por aquí -dijo.

La *Roja* y *Rap* lo siguieron. Bastaba ver la seguridad con que el niño caminaba por aquellos lugares para persuadirse de la verdad de todas sus aseveraciones. Indudablemente Carlitos era el heredero del Duque de Montebajo y dueño por tanto de la espléndida mansión.

Después de recorrer el parque de extremo a extremo, se vieron al pie de la fachada posterior del edificio. Allí *Rap* tuvo que lucir de nuevo sus habilidades como violentador de puertas, y abierta la que daba paso al interior de la casa, entraron en ésta y se dispusieron la *Roja* y *Rap* a seguir los pasos de Carlitos.

Entonces empezó la sorda irritación de la mujer y el pasmo del fenómeno. Aquellas escaleras amplias y alfombradas, en cuyo suelo desaparecían los pies; aquellos salones lujosísimos con estalactitas de arañas, muebles magníficos y paredes que desaparecían bajo cuadros y tapices; aquel alarde de comodidades; aquel derroche de lo superfluo, le parecieron a la *Roja* un insulto a la pobreza, una bofetada en el rostro del que se sienta en el suelo y duerme a la intemperie. Recordó las predicaciones de los compañeros de su padre y se dijo que tenían razón, mucha razón. Decididamente en el mundo reinaba la injusticia. Para unos, los menos, la indigestión de la riqueza; para otros, los más, el hartazgo de la miseria.

– Este es mi cuarta -dijo Carlitos.

Un cuarto bonísimo, con vistas a la calle. En el centro una cama magnífica; sillas bajas, ricamente tapizadas, repartidas en desorden; un armario de luna soberbio; lavabo de mármol…

El niño se miró en el espejo del armario, y al verse cubierto con los harapos que le dejó *Pacorro* y que remendó la *Roja* de mala manera, lanzó un grito de horror.

– ¡Yo no quiero llevar más esto! -dijo.

Así hablando abrió a revolver los cajones en busca de la ropa de su uso. Pronto sobre la cama se veían una porción de prendas nuevas confeccionadas con ricas telas.

– Ayúdame a vestirme -dijo a la mujer.

La terrorista, instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacía, atenta sólo a lo que pensaba, respondió a los deseos del niño.

Cuando éste cambio los harapos por ricas vestiduras, se miró de nuevo al espejo y lanzó un suspiro de satisfacción.

– Ahora ustedes -dijo-. Vamos al cuarto de papá; allí encontraremos vestidos para *Rap*.

La *Roja* desarrugó el ceño para recibir con ruidosa carcajada la ocurrencia del niño; se figuró al monstruo vestido con el traje de un duque, y aquella visión le hizo reír.

– Y también tú -siguió hablando Carlitos-. Si registramos bien encontraremos algo para ti. Verás que guapa estás bien vestida.

La última observación del niño, estuvo a punto de hacer efecto en el ánimo de la terrorista. ¡Al fin mujer! prueba de ello es que, sin darse cuenta, se acercó al espejo, donde por primera vez en su vida pudo contemplarse de cuerpo entero, y después de un examen detenido de sus facciones, se encontró guapa, soberanamente guapa.

– ¡Vamos, vamos! -dijo el rapaz-. ¿En qué piensas?

– No, Carlitos -contestó la *Roja*- aquí no hemos venido a disfrazarnos, sino a convencernos de que era verdad cuanto decías. Ahora que no tenemos la menor duda de que eres tú el burgués de esta casa, te dejaremos en ella, y tú te las compongas con tus riquezas; nosotros no queremos nada de los explotadores.

– ¿Pero se quieren ir? -preguntó el niño asustado.

– Si.

– ¿Y me dejarán solo?

– Sí. Vestido como estás, cuando nosotros nos hayamos marchado, llama, grita, haz valer tus derechos…

– No, no; yo no me quedo, no llamo, no hago valer nada; me voy también, los seguiré. Ustedes me tuvieron en su casa sin conocerme, justo es que yo les reciba en la mía conociéndolos.

– Las casas de los pobres son para todo el mundo; no se cierran, no hay porteros, a veces no hay ni puertas… Las casas de los ricos son… para los ricos nada más.

– Pero si yo parto con ustedes lo que tengo serán tan ricos como yo.

– ¿Y para qué queremos nosotros esa riqueza?

– ¿Para qué? Muchas veces te he oído decir que en el mundo era todo una injusticia, hablabas de no sé qué venganzas que necesitabas satisfacer: pues para eso sirve el dinero.

Aquella observación de Carlitos hizo meditar a la *Roja*. La mujer se contempló nuevamente en le espejo y otra vez se encontró guapa; luego paseó la mirada por los espléndidos muebles repartidos por la estancia, por el techo artesonado, por las paredes tapizadas, y sus ojos se cerraron para retener una visión tentadora.

– ¿Qué decides? -preguntó Carlitos.

La *Roja* no contestó; se acercó a una magnífica marquesina forrada de raso, y acomodando su cuerpo en el mullido asiento, se puso a pensar en dádivas, en repartos, en justicias, en venganzas. Mientras la mujer pensaba, *Rap* iba de admiración en admiración; con el asombro de un salvaje en la cámara del primer buque que llegaba a su isla, el fenómeno contemplaba cuadros, muebles, chucherías, haciendo verdaderos esfuerzos para que sus manos se contuvieran en los límites del respeto. Pero el tiempo pasaba; la tarde concluía; ya las luces artificiales encendidas en los faroles del alumbrado público reñían la cotidiana batalla con los últimos resplandores del día; era preciso tomar una determinación.

– ¿Qué decides? -volvió a preguntar el niño.

La *Roja* se estremeció como si despertara de un sueño.

En aquel momento se oyó en la calle el ruido causado por el rodar de un carruaje; luego el ruido cesó por haberse detenido el vehículo en la puerta del palacio. La curiosidad hizo que Carlitos se asomara al balcón.

– Es mi tía, mi tía -dijo el niño volviendo a la estancia y palmoteando de júbilo.

– ¿Quién? -preguntó la *Roja* incorporándose rápidamente.

– La marquesa de Buendía.

– ¿Y quién más?

– Mi tío, el marqués.

– ¿Y quién más?

– Nadie más.

– ¿Y el chiquillo con el que cambiaste el traje?

– No sé.

– ¡Es extraño! Pero sea esto lo que quiera, vámonos, *Rap*, vámonos antes de que suban. Aún podremos salir sin que nos vean.

– ¡Salir ustedes! -dijo Carlitos-. ¡Qué disparate! Den un paso y grito para que vengan.

– ¡Pero niño…!

– Estamos en nuestra casa.

Para dar a entender sus derechos de propietario de la señoril vivienda, se acercó Carlitos a la pared, tocó un resorte y se iluminó la estancia con un torrente de claridad deslumbradora. Después el niño se puso delante de su amiga para evitar todo intento de fuga. Entre tanto *Rap* se acurrucó en un rincón, temblando de miedo ante tanta grandeza.

A los pocos momentos se oyó rumor de voces en la amplia escalera, ruido de puertas, de pasos, de faldas planchadas…

Una boca femenina dijo:

– ¡Cosa más rara! En ese cuarto hay luz.

De pronto se abrió la puerta de la estancia de Carlitos; una dama lujosamente vestida asomó su rostro profundamente asombrado; la dama miró al interior; puso la mirada en el niño, e intensa palidez se apoderó de sus mejillas.

– ¡Imposible! -balbuceó.

– ¡Tía! ¡tía! -gritó Carlitos.

La dama, para no caer, tuvo que apoyarse en los brazos de un caballero, que a sus espaldas era víctima de parecido pavor.

– ¡Imposible! -dijo a su vez el hombre. Luego preguntó en alta voz-: ¿Cómo has vuelto a Barcelona?

– Yo no he salido nunca de aquí -contestó Carlitos.

– Entonces, el otro… -balbuceó la marquesa.

– El otro niño -dijo la *Roja*- no es el hijo del Duque de Montebajo.

– Pues ¿quién es?

– Es el hijo de ustedes: el que cayó del tren en marcha y que ustedes creyeron sorbido por las olas.

– ¡Horror! -gritaron a la vez los marqueses.

Pero al punto se desprendió la dama de los brazos de su marido, y presa de la mayor desesperación gritó:

– Corramos; el coche está aún abajo; que nos pongan un tren especial; tal vez sea tiempo. Corramos.

Los marqueses se precipitaron escalera abajo, y a los pocos momentos se escuchó el rodar de un carruaje arrastrado por el más rápido trote de dos briosos caballos.

– ¿Y ahora, me dejarán solo? -preguntó Carlitos a la *Roja*.

– No, ahora nos quedamos -contestó la mujer.

– ¿Y el merendero? -dijo *Rap* saliendo del rincón donde había escondido su deformidad durante la breve visita de los marqueses-. ¿Y el merendero?

– El merendero ya no existe -respondió la *Roja* sordamente.

Entre tanto, el carruaje que conducía a los tíos de Carlitos, desempedraba las calles en su rápida carrera hacia la estación de Francia.

– Ahora comprendo muchas cosas que me parecían inexplicables, entre ellas la falta de memoria del niño -habló el marqués.

– ¡Justicia de Dios! -murmuró la dama-. Hemos cometido un crimen inútil ¡el abandonado en aquellos ventisqueros es nuestro hijo!

– ¡Quién sabe! -dijo el hombre-. Acaso se haya salvado. Y cuando no, recogeremos su cadáver.

– ¡Hijo de mi alma! ¡Víctima de la codicia de sus padres! -clamó la dama con profunda desesperación.

En la mente de la marquesa se desarrolló con rapidez fantástica la película de su último viaje a los paisajes alpinos, en compañía del niño, que ella creyera heredero del duque de Montebajo. Se vio devorando distancias en magnífico automóvil, discurriendo con su marido en los despilfarros pasados y en las estrecheces presentes, y en el medio de solventar el número incalculable de deudas que les abrumaban con urgentísimos requerimientos de pago. Se acordó de la primera idea pecaminosa que brotó en el cerebro del marqués, al pensar que la desaparición del niño les convertía en herederos forzosos del Duque; de la repugnancia de la marquesa hacia los criminales propósitos del marido; de las continuas insinuaciones de éste, ayudadas por la visión de próxima e inevitable ruina; del triunfo del hombre sobre los escrúpulos de la mujer; de la llegada de los viajeros a un pueblecillo italiano, situado en la falda de las montañas alpinas; de la ascensión a siempre nevado pico, atravesando mares de hielo, salvando precipicios profundos, soledades espantosas; del refugio provisional en un albergue pastoril abierto en las rocas; del profundo sueño del infante, prólogo de la muerte en tan

inaccesibles lugares; de la rápida fuga de los inhumanos marqueses, dejando al niño solo, en poder del frío, del hambre, de la tristeza, de la desesperación. Y aquel niño no era el heredero del Duque de Montebajo, sino el hijo único de los marqueses de Buendía, el que la dama lloró con amargura inenarrable, el que buscaron vivo o muerto durante muchos días en la playa arenosa, vecina del Llobregat y teatro del malhadado accidente… Y al niño aquel lo abandonó su propia madre, y lo abandonó por ambición, por codicia, por maldad…

El coche de los marqueses de Buendía bajaba en aquel momento por la Rambla. La anchurosa vía era un hormiguero humano. Los arroyos laterales estaban convertidos en arterias de vida. Los vehículos se veían precisados a deslizarse lentamente, mezclándose en pintoresca confusión coches de lujo con camiones, tranvías y automóviles, carretones y ómnibus.

La marquesa disgustada por el lento avance del coche, se asomó a la ventanilla para ordenar al cochero que acelerara la marcha. El auriga se encogió de hombros, como dando a entender la imposibilidad absoluta de obedecer los mandatos de la dama.

Al llegar frente al teatro Principal la vía estaba más despejada, y viendo el camino libre, el cochero castigó a los caballos, al mismo tiempo que una detonación seca, espantosa, que venía de una de las calles que desembocan en la Rambla, sembraba el espanto y la indignación entre los transeúntes.

– ¡Otra bomba! -gritó una voz.

– ¡Otra bomba! -gritaron mil veces.

Los marqueses de Buendía no oyeron el estallido, o si lo oyeron no les causó el menor efecto, atentos como estaban a los alaridos de sus conciencias manchadas con horrible e inútil crimen.

El coche avanzó rápidamente por el paseo de Colón, recorrió el de la Aduana y se detuvo frente a las grandes puertas de la estación de Francia.

El marqués se dirigió a una taquilla abierta.

– ¿A qué hora sale el primer tren para Francia? -preguntó.

– Mañana a las cinco.

– Es muy tarde -murmuró el prócer.

– No puede ser antes -contestó con sorna el taquillero.

La marquesa acababa de reunirse con su marido.

– Hablemos al jefe -dijo-. Que nos pongan un tren especial, cueste lo que cueste.

– Vamos.

Entraron en el andén, tuvieron breve entrevista con alto empleado de la compañía, y por órdenes de éste se formó un convoy extraordinario, compuesto de una máquina con ténder y un coche.

– ¿Escapan ustedes del terrorismo? -preguntó el jefe-. Hacen bien.

– El terror lo llevamos nosotros dentro de nuestros pechos -pensaron los aludidos.

Mientras se preparaba el tren especial, llegaron a la estación detalles del último atentado. Este había sido horrible, espantoso. Muchos infelices, inocentes hormigas en el inmenso taller de la ciudad, purgaban con dolores cruentos con bárbaras amputaciones, el delito de ser ciudadanos en una urbe espléndida, convertida en refugio de criminales. El pueblo pedía a gritos venganza, justicia, castigo; exigía paz, sosiego, tranquilidad; reclamaba el disfrute del más elemental de los derechos: El derecho a la vida.

CAPÍTULO XVI

Al doblar Claudio López el recodo del camino que ocultaba la vista del merendero de *Rap*, se detuvo un momento y dirigió una mirada al cobertizo para dirigir el último adiós a la hermosa mujer, que le despedía agitando la mano derecha y moviendo los labios, como si quisieran prometer al hombre delicias inefables en pago a la más horrible de las complicidades.

El inspector apresuró el paso, llegó al caserío de Horta, lo recorrió de extremo a extremo, y sin advertir la vecindad del *Rifeño*, que lo seguía desde que pasó por las cercanías de la cabaña de la *Cigüeña*, llegó a la original fábrica que ha de ser con el tiempo templo hermosísimo levantado para el culta a la Sagrada Familia. Allí, en un bloque de mármol, se sentó el hombre, dejando a sus pies el mortífero paquete.

Claudio López meditó. Ante sus ojos se abrieron dos caminos: el del sosiego y la gloria; el del amor y el crimen. Le bastaba para recorrer el primero salvar a buen paso la distancia que lo separaba de la mansión de la justicia y hacer relato detallado de su descubrimiento al representante de la ley; era necesario para seguir el segundo convertirse, no sólo en cómplice, sino también en autor del más espantoso de los delitos, sacrificando honor, carrera, tranquilidad… ¿Qué hacer?

El cuidado siguió meditando. Al cumplir con su deber se convertía en verdugo de su amor: se figuró a la *Roja* en poder de la justicia, víctima de los malos tratos de una prisión interminable, expuesta a las burlas sangrientas de la curiosidad pública en el calvario de un largo proceso, y por último condenada, puesta en capilla, ejecutada en vil garrote… ¡Qué horror! ¡Cómo él, que diera la vida por poseerla, iba a procurarle la más espantosa de las muertes! Imposible; todo antes que denunciarla.

Le quedaba el recurso de callar, de retorcerse el corazón, de hacer renuncia a los apetitos de su amor; pero el silencio era tanto como la complicidad, porque la *Roja* seguiría desarrollando sus horribles planes de venganza; además, conocía que tanto sacrificio era superior a sus fuerzas, porque necesitaba a la mujer aquella, la necesitaba como necesitan aire los pulmones y luz los ojos, y empeñarse en poner dique a los desbordamientos de su cariño fuera tanto como pretender refrenar la marcha de un tren con el esfuerzo de la manecita de un niño.

En aquella horrible lucha amenazaba desequilibrarse el juicio del infeliz. Sentado en la dura piedra, destinada a servir de cimiento a un templo, dirigía miradas de profunda desesperación al azul del cielo, como si esperara de la altura un rayo de luz que disipara las tinieblas del espantoso caos de su mente. Pero a falta de rayo de luz, el infierno, que siempre se halla dispuesto a procurar combustible que alimente la llama en las hogueras de la pasión, procuró al cuitado un rayo de fuego que le abrasó el alma en los ardores de la lujuria.

¡El beso de la *Roja*! Recordando la caricia sintió el hombre que una oleada de ternura inefable invadía su espíritu; aquellos labios tiernos, húmedos, sabrosos, que él mordió en un ósculo largo, de imponderable voluptuosidad, pedían otro beso, un millón de besos… ¡Y como darlos sin antes cumplir la condición espantosa, puesta para el disfrute del goce, por la dueña de la tentadora boca!

Un momento de valor, de despreocupación, de olvido de sus deberes de hombre, de sus obligaciones de funcionario, y se convertía en dueño de la belleza apetecida. Después vendría el arrepentimiento propio, y también el de la mujer amada: dos existencias consagradas al bien podían borrar muy pronto las huellas del delito en las conciencias.

Claudio López se levantó, cogió el paquete, cuidando de no moverlo de su primitiva posición, y se encaminó al centro de la ciudad, yendo siempre por el centro del arroyo para evitar todo tropiezo con los transeúntes. Al llegar a la Gran-Vía, escuchó a sus espaldas ese siseo característico que hace volver siempre la cabeza a los que caminan distraídos. El inspector volvió la suya, y se sorprendió desagradablemente al verse en presencia de un amigo.

– ¿Hacía dónde vas? -le preguntó el inoportuno.

– A un servicio urgente -dijo el interrogado por contestar algo.

– Siempre a vueltas con el terrorismo.

– Siempre.

– Ahora parece que se ha aumentado la vigilancia. Entre guardia civil, policía, municipales, hombres de la secreta y que sé yo cuanta gente más, son más lo que vigilan que los que pasean.

Claudio López se estremeció ligeramente.

– ¿Y tú, que llevas ahí con tanto cuidado? -le preguntó de pronto el compañero.

– Nada; un encargo. Y adiós porque tengo mucha prisa.

– Adiós y buena suerte.

– ¡Buena suerte! -se dijo Claudio López, mientras caminaba por la amplia vía, entregándose de nuevo al machaqueo de sus cavilaciones.

El encuentro con el compañero le puso de manifiesto la horrible fealdad de su conducta. Pensó que él, guardián del orden, instrumento de la justicia, brazo de la ley, iba a convertirse en causante del desasosiego público, en cómplice de la maldad, en órgano del terror. La vergüenza que tal cambio le produjo le hizo pensar en la conveniencia de desposeerse de su carácter de funcionario antes de poner los pies en los linderos del crimen, y firme en este propósito, aceleró el paso para dirigirse a su vivienda.

Moraba Claudio López en concepto de huésped en modesta casa situada en una de las calles que desembocaban en la Rambla, y no fue empresa fácil para el hombre abrirse paso por el macizo de transeúntes que a tales horas, últimas de la tarde, llenaba por completo el hueco de las vías céntricas, y más llevando el infeliz debajo del brazo el envoltorio aquel, que le abrumaba tanto por lo que tenía de peso como por lo que le sobraba de crimen, y que le obligaba a poner exquisito cuidado en la evitación de todo tropiezo.

Por fin se vio frente al portal de su vivienda, subió los escalones que llevaban al último piso, entró en la habitación, se encerró en su cuarto, y después de dejar el bulto sobre una silla, se sentó ante modesta mesa, en la que se veían distribuidos en desorden algunos útiles de escribir.

Como hombre que ha meditado durante mucho tiempo una determinación extrema, Claudio López, sin vacilar, con la prisa requerida por la misma gravedad del caso, cogió un pliego de papel blanco y con mano nerviosa redactó su dimisión del cargo de Inspector, fundándola en razones de salud, que son las que se alegan siempre a falta de otras de mayor solidez. Y fue de advertir que, cuando el enamorado de la *Roja* dejó la pluma, después de haber garrapateado la firma en el papel, del pecho del hombre se escapó ese suspiro de satisfacción que sigue siempre al cumplimiento de los deberes penosos.

– Ahora estaré más tranquilo -se dijo-. Ya no es el funcionario el que delinque.

Claudio López miró al balcón; le pareció demasiado temprano: había demasiada luz.

La cabeza le ardía, le daba sordos martillazos; aquello era parecido a un corazón que latiera dentro de un cerebro. Sintió la necesidad de algo frío que refrescara sus sienes calenturientas, y para buscarlo abrió el balcón y se asomó a la calle.

Eran los momentos del crepúsculo, los de más vida en las grandes ciudades, porque en ellos se unen en un mismo deseo de placer el vicio que empieza y el trabajo que concluye. La angosta calle resultaba estrecha para contener el gentío que por ella circulaba; los grades focos de luz eléctrica parpadeaban antes de derramar torrentes de luz; los escaparates empezaban a repartir cuadros iluminados en el arroyo; los coches iban en fila, avanzando despacio para evitar los atropellos.

– Esa gente -pensó Claudio López- se entrega confiadamente al disfrute de la vía pública sin sospechar que la muerte los acecha, sin suponer que la vida de algunos de ellos es el precio puesto a la satisfacción de un amor; todos ríen porque se creen felices, todos se apresuran para llegar antes; ¡para llegar!! ¡cómo si alguien supiera donde está el término de su viaje!

La aparición del busto de una mujer en próxima ventana llevó al pensamiento de López el recuerdo de la mujer amada. Ésta era más hermosa que aquélla, más que todas las que circulaban por las calles dejando rastros de perfumes y de tentaciones, más que todas las mujeres del mundo. Y sobre todo, la boca, aquella boca que besó o mordió, aquella boca cuyo aliento era el más vigorizante de los aromas… No; la llamaba cuando debiera llamarla cielo… Y ese cielo se abriría de par en par para él, sólo para él…

El hombre miró al cielo: el manto azul se había trocado en velo ceniciento. Miró a la tierra: la calle estaba convertida en un río de luz.

El enamorado de la *Roja* volvió al interior de la habitación, y sentándose delante de la mesa y apoyando la calenturienta cabeza en el respaldo de la silla, se formuló una pregunta horrible.

– ¿Dónde?... Ha de ser en sitio céntrico… Así me lo ha ordenado ella.

Se levantó otra vez, recorrió la estancia a grandes pasos, se detuvo y volvió a su galopar nervioso por aquel circo embaldosado.

– ¿Y si la dejara en un sitio escondido, donde fuera difícil que ocasionara desgracias? No, imposible; sería darle pretexto para nuevos aplazamientos. Vale más concluir de una vez.

Adoptada la terrible resolución, cogió el pliego escrito, lo encerró en un sobre, se metió éste en el bolsillo, se dirigió a la silla que sustentaba el artefacto, y después de asegurar el envoltorio debajo del brazo, salió de la habitación y se lanzó escaleras abajo y en busca de la calle.

Al llegar al patio largo y estrecho, le sorprendió su oscuridad, contrastando con el cuadro de luz que, como vista de estereoscopio, se descubría en su término.

En aquel instante una idea cruzó como un relámpago por la mente de López.

– ¿Por qué no? -se dijo.

Avanzó lentamente por el patio, y ya cerca de la puerta y aprovechando un momento en que no podía ser visto por nadie, se agachó y depositó el envoltorio en el suelo, invirtiéndolo al mismo tiempo. Hecha ya la criminal maniobra, salió a la calle y se mezcló a la muchedumbre que por ella circulaba.

Al llegar a la Rambla se detuvo. Le pereció que una fuerza misteriosa le impedía dar un paso de avance. Sintió la necesidad de volver atrás, de situarse en el dintel de su puerta para avisar a la gente que huyera de aquellos lugares, porque allí estaba la muerte, la destrucción, el terror. Creyó también que los transeúntes se detenían para mirarle, para señalarle con el dedo, para gritar iracundos ¡a ese! ¡a ese! Y se vio perseguido como un perro rabioso, como una fiera escapada de su jaula, como se persigue todo lo que ofende, lo que estorba, lo que repugna.

El roce con una dama vistosa, que iba levantando a su paso murmullos de admiración ganándose las miradas de todos los hombres y la envidia de muchas mujeres, llevó el pensamiento de Claudio López al rincón de la montaña de Horta, donde le esperaba el premio que había de servirle de menguada compensación a la pérdida de su tranquilidad, de su carrera, de su honra. Aquella idea halagadora le dio ánimos para desoír las voces de la conciencia, y avanzó algunos pasos para alejarse del centro de la ciudad y escapar del teatro de su crimen; pero otra vez el freno misterioso, que ponía trabas a su voluntad, le clavó en le suelo de la Rambla; nuevamente le pareció que en su rostro convergían las miradas de todos los transeúntes, los odios de todos los hombres, los desprecios de todas las mujeres; estuvo a punto de gritar, de pedir socorro, de pregonar a voces su crimen, y fue preciso que otra vez acudiera en su auxilio el recuerdo del ser amado para librarle de aquella terrible pesadilla, que amenazaba acabar con la razón y las fuerzas del mísero.

Entonces, al desmayo, a la turbación, a la inmovilidad, sucedió un desbordamiento de los nervios. El hombre corrió Rambla abajo como un loco, como corriera tiempos atrás en persecución de los terroristas, a cuya busca consagró todas las energías de su alma. Al verle correr de aquella manera, los que lo conocían temblaron de miedo, los que no lo conocían le miraron con lástima. Cerca de Atarazanas una pareja de orden público salió a su encuentro.

– ¿Ocurre algo, señor inspector? -le preguntó un guardia.

– Nada; déjame estar -contestó López secamente.

Y siguió corriendo hasta que las brisas del mar, refrescando la frente del fugitivo en la soledad del paseo de Colón, le dieron ánimos para detenerse.

En aquel momento el ruido sordo, causado por la caída de un bulto en el cercano muelle, le causó un estremecimiento brutal.

– No, todavía no -se dijo; y luego, como si buscara un asidero para salvarse en el naufragio de la honra, añadió-: ¡Si no estallara!

Aquella esperanza le dio ánimo para seguir andando, y se encaminó al edificio donde se hallaba instalado el Gobierno Civil de Barcelona. En la puerta del caserón un guardia contemplaba distraídamente los reflejos de los focos eléctricos en los rieles del tranvía. Al ver a su jefe adoptó una actitud correcta.

Claudio López, volviendo la cara para disimular su turbación ante el subordinado, se dirigió a su despacho, dispuesto a dar curso al oficio en el que renunciaba al cargo, y ya delante de su mesa buscaba en los bolsillos el pliego del sacrificio, cuando sus ojos se fijaron en un sobre oficial a él dirigido, y en el que, escrito con letra oficinesca, se leía la palabra «Urgente».

El inspector sonrió con amargura.

– Aquí me encomiendan con seguridad un servicio -dijo tristemente-. ¡A buena hora!

Claudio López cogió el sobre, y al tenerlo en la mano sintió una sensación extraña. Su condición de exfuncionario le recomendaba que no rompiera la virginidad del pliego; su curiosidad le instigaba a enterarse de su contenido. Breve rato estuvo vacilante, indeciso. Por fin, en aquella batalla de egoísmos encontrados, triunfó el que satisfacía sus instintos policíacos.

– Por ser el último lo abriré -dijo.

Y lo abrió.

Decía el pliego:

«Sírvase usted personarse inmediatamente en las afueras de Horta, sitio desconocido, en una casa sin número, conocida con el nombre de *Merendero de Rap*…»

Una nube se interpuso entre los ojos del lector y el papel; quiso continuar leyendo y no pudo; se acercó el pliego a la cara, parpadeó, se restregó las pestañas; a costa de muchos esfuerzos sólo pudo deletrear una palabra, una sola, pero terrible en su laconismo, elocuentísima en su brevedad…

– ¡Un incendio! -bramó el cuitado.

Se lanzó a la calle y echó a correr en dirección al paseo de San Juan. Algunos guardias, conociéndole, le siguieron para prestarle auxilio. Los escasos transeúntes se detenían temerosos al paso de aquel pequeño ejército del orden, y ni los guardias ni el público acertaban a explicarse aquella carrera desenfrenada, cuando estaba todo tranquilo y silencioso, con el silencio plácido de las primeras horas de una noche espléndida.

Sin embargo, aquel silencio, aquella quietud, iban a ser turbados muy pronto. Al llegar Claudio López y sus seguidores al Arco de Triunfo, una detonación tremenda, que procedía del centro de la ciudad, alteró la tranquilidad del ambiente. Al escucharla se detuvieron todos: el jefe por mandato del terror, los subordinados obedeciendo a la sorpresa.

– ¡Otra bomba! -dijo un guardia.

– ¡Otra bomba! -añadieron los demás a coro.

Los guardias miraron a Claudio López esperando órdenes; el hombre, blanco como la cera, temblando cual si tiritara de frío, los brazos caídos, las piernas dobladas, fija la vista en el suelo, clavados los pies a la tierra, parecía el símbolo del dolor arrancado de un cuadro dantesco.

– ¿Qué hacemos, señor inspector? -preguntó un guardia.

El interrogado no contestó; es verdad que tampoco había oído la pregunta; todas las voces de la humanidad reunidas en un solo grito no bastaran para volverle de su absoluta inhibición y ensimismamiento. Aquel estruendo horrible, que alteró el silencio del ambiente, seguía repitiéndose en el cerebro de Claudio López como eco de montañas. No era una bomba sola; eran dos bombas, tres bombas, muchas bombas las que, una tras otra, estallaban en el interior del hombre.

Fue preciso que el guardia asiera por el brazo a su jefe para preguntarle nuevamente:

– ¿Qué hacemos, señor inspector?

El inspector hizo un gesto como si despertara de una pesadilla; el abatimiento se convirtió en energía, el miedo en acometividad, el silencio en cólera.

– Váyanse de aquí -gritó-. Déjenme. ¿No han oído una bomba, dos bombas, una barbaridad de bombas? Pronto… corran… márchense. Quiero estar solo… completamente solo.

Los guardias se miraron con extrañeza, vacilaron, se estuvieron quietos; pero viendo que la indignación se asomaba cada vez más violenta a los ojos de su jefe, haciendo un gesto de pasiva obediencia, dieron medio vuelta y se dirigieron con paso precipitado al interior de la ciudad.

– A este pobre inspector lo han vuelto loco los terroristas -dijo el más parlanchín de los del orden.

Estaba muy lejos el hablador de suponer que había dicho una gran verdad.

Cuando Claudio López se vio solo, siguió su camino andando cabizbajo y sin prisa de ningún género; tenía miedo de ir a Horta, miedo a volver a la ciudad, miedo a estarse quieto. Suerte fue para el hombre que su cerebro, fatigado de trabajar a la tensión más alta, reclamó algunos momentos de descanso, y que el corazón herido por el latir sin freno se convirtió en máquina. Así llegó el mísero al templo de la Sagrada Familia, tras de cuyas altas agujas jugaba la luna al escondite. En la misma piedra donde horas antes se permitió unos instantes de reposo, se sentó de nuevo para restaurar las fuerzas agotadas por largas horas de bárbaras impresiones. Pero el mármol le pareció espantosamente duro, la sombra que sobre aquel sitio derramaba la mole de la iglesia en construcción le dio miedo, el titileo de las estrellas le hizo efecto de guiños burlescos. Se levantó y siguió su camino.

Poco a poco la proximidad del ser amado, causante de todas sus desgracias, pero promesa tierna y halagadora de imponderables delicias, borró en su mente la imagen del delito; el ruido sordo y aterrador de la bomba sucedieron en su cerebro rumores de besos: aspiraba el aroma de la mujer querida. Aquello fue tan sólo una oleada de placidez que se convirtió al momento en tempestad deshecha.

– ¡El incendio! -murmuró sordamente-. La infeliz, sin casa, vagando por los campos, esperándome sobre las ruinas de su vivienda, acaso llamándome…

Aquel pensar en las desgracias de la *Roja* hizo las veces de espuela para el quebrantado cuerpo de Claudio López. Aceleró el paso, recorriendo calles y más calles, sin permitirse un momento de sosiego, pero escapando siempre de la gente, evitando todo contacto con los transeúntes, prescindiendo de los tranvías que pasaban a su lado timbreteando con furia; y procedía de aquella manera por miedo a la luz, al hombre, al contento de los demás, a todo.

Llegó por fin a Horta, atravesó de extremo a extremo el poblado y salió al campo. Frente a sus ojos se levantaba la montaña como mancha oscura de tonos verdosos; los rayos de la luna se filtraban hasta el suelo por el tamiz de los árboles; el silencio del ambiente no era turbado ni por el más leve rumor. El hombre procuraba pisar blando para no hacerse miedo.

Al llegar a la cabaña del *Rifeño* la miró distraídamente; en ella no se advertía señal de habitante; sus moradores acaso anduvieran a la hora aquella dedicándose a la industria del merodeo en los mercados o de la rebusca en los estercoleros.

Pronto el enamorado de la *Roja* tendría el merendero de *Rap* al alcance de su vista; ya el sendero se perdía en brusca curva al abrigo de un montículo; ya doblaba el recodo; ya…

El hombre se detuvo; en el lugar donde se levantaba la vivienda de la mujer amada no se veía rastro de edificio; algunos bultos se movían de un lado para otro agitando antorchas encendidas, que esparcían resplandores lúgubres; aquello despedía olores a cosa quemada, a tristeza, a catástrofe…

La detención fue corta. En cuatro saltos llegó al merendero; a codazos apartó a los curiosos que le impedían el paso; un hombre contemplaba con rostro impasible el montón de escombros humeantes, otro hombre escribía, los demás miraban.

– Señor Juez ¿qué ha pasado? -preguntó Claudio López.

– Poca cosa -dijo el funcionario-. Un incendio en una choza.

– ¿Y la mujer?

– Ahí está, completamente carbonizada.

Claudio lanzó un grito espantoso, y fuera de sí, echó a correr hacia el bosque, que le ofrecía sus negruras como único consuelo para la pena.

– ¡María! ¡muerta! -gritaba el mísero con voces desgarradoras-. ¡Muerta! ¡muerta!

Aquellos lamentos se perdían en el silencio abrumador del ambiente, sin producir en el suelo implacable ni una sola arruga de compasión.

En loca carrera salvó barrancos, subió pendientes, traspasó simas, hasta que tropezando en las raíces de un árbol, extendidas como serpientes al ras de la tierra, cayó de bruces, gritando siempre:

– ¡María! ¡María! ¡muerta! ¡muerta!

Un hombre que había seguido al cuitado en su fuga sin rumbo por los vericuetos del monte, se acercó al caído para procurar levantarlo.

– Ten ánimo -le dijo- y arriba. Ahora no hay *bolets* en el bosque. Levanta y vamos a casa.

Aquel hombre era el *Rifeño*.

– ¿Quién eres tú? -sollozó Claudio López sin mirar a su interlocutor.

El interrogado sonrió maliciosamente.

– ¿Qué quién soy yo? -contestó-. Antes un enemigo tuyo; ahora un compañero.

FIN